

BBC

DOCTOR WHO

REBELIÓN DEL EDÉN

ABI FALASE



Abi Falase

REBELIÓN DEL EDÉN



Índice

SOBRE LA AUTORA.....	7
CAPÍTULO UNO.....	8
CAPÍTULO DOS.....	15
CAPÍTULO TRES.....	18
CAPÍTULO CUATRO.....	34
CAPÍTULO CINCO.....	56
CAPÍTULO SEIS.....	64
CAPÍTULO SIETE.....	79
CAPÍTULO OCHO.....	86
CAPÍTULO NUEVE.....	96
CAPÍTULO DIEZ.....	110
CAPÍTULO ONCE.....	130
CAPÍTULO DOCE.....	138
AGRADECIMIENTOS.....	142



CRÉDITOS DE LA TRADUCCIÓN

- Traducido por Dani Lestrage.
- Maquetado por Miri.
- Portada por Marijou.

Declaración

AudioWho es una iniciativa **sin ánimo de lucro** dedicada a traducir audios, libros y cómics del universo expandido de Doctor Who. Su propósito es que este contenido sea accesible para los whovians hispanohablantes sin la barrera idiomática del inglés.

Todos los colaboradores de AudioWho invierten su tiempo en esta tarea de forma completamente voluntaria y sin remuneración. Cualquier persona puede unirse para colaborar con el proyecto.

Toda la acreditación de este trabajo es para los creadores del contenido original, la BBC y las empresas y autores que se encargan de crear el material. Esta comunidad respeta sus derechos de autor, ya que no se lucra con sus trabajos. Doctor Who es una marca registrada perteneciente a la BBC.

Todas nuestras traducciones pueden descargarse gratuitamente en nuestra web. AudioWho se mantiene gracias a sus colaboradores, por lo que no hay publicidad, no recibe donaciones y no se obtiene ningún beneficio con esta web y sus traducciones.

Estos trabajos pueden compartirse en webs o foros siempre que se respeten las acreditaciones de esta web, sus traductores y demás colaboradores, además de no comercializar o lucrarse con ellas. Prohibida la venta o cualquier tipo de actividad con fines lucrativos de estos trabajos.

Esperamos que todas estas obras nos lleguen en español algún día de forma oficial.

Más novelas, cómics y transcripciones de audios en <http://audiowho.com/>

Dos cosas eran seguras todos los sábados cuando era niña: pancakes para desayunar y esconderme detrás de una almohada contigo a las 19 h. Gracias, mamá.

SOBRE LA AUTORA

Abi Falase es una escritora y directora británica negra que reinventa conceptos sociales fundamentales en mundos nuevos e innovadores. Abi ha escrito y dirigido varias obras, entre ellas The Village y Rush con el Almedia Theatre, así como Rift para Immediate Theatre y fue preseleccionada para el concurso de guiones «A Thousand Stories» de BBC Scriptworks en 2021.

CAPÍTULO UNO

La TARDIS: tiempo y dimensión relativa en el espacio, la nave espacial más poderosa del universo conocido. Un símbolo de esperanza para todos los que la conocieron. Inactiva y actualmente deshabitada, sus motores vibraban pacíficamente como si la ausencia del Doctor les diera su único tiempo de inactividad real. Un suave eco rebotó en las paredes blancas y resonó suavemente por la sala de control de la TARDIS.

¡BUM!

Las puertas de la TARDIS se abrieron con gran fuerza y Ruby y el Doctor entraron. Cerraron las puertas dobles de golpe tras ellos y ambos presionaron firmemente sus espaldas contra la fría madera por si acaso.

Visiblemente conmovida, Ruby se quedó quieta por un momento; el único movimiento perceptible era el de subir y bajar de su pecho mientras intentaba regular su respiración agitada. Abrumada por el agotamiento, se deslizó lentamente hasta el suelo. Después de un momento, el Doctor se sentó a su lado. Su expresión coincidía con la de ella, una mezcla casi idéntica de miedo y preocupación. Cuando desvió la mirada ligeramente para encontrar los ojos de Ruby, su rostro se fundió de inmediato en su característica sonrisa tranquilizadora, que fue seguida rápidamente por el sonido de una risa estridente.

Antes de que pudiera procesar por completo lo que podría haber sido gracioso, Ruby se encontró riendo también. La energía del Doctor era contagiosa y eso le encantaba de él. Sin importar la situación, ya fueran langostas gigantes empeñadas en dominar el mundo, *cosplayers* alienígenas o patios de juegos con seres sensibles atendidos por niños robot, su sonrisa siempre era un consuelo para ella.

De su bolsillo, sacó un pequeño paño blanco y un espejo de bolsillo y se los entregó.

—Tú, querida, eres preciosa, un diez sobre diez, me dejas sin notas. Y probablemente podrías llevar cualquier cosa. Dicho esto, la combinación de barro, sudor y hollín no le funciona a nadie. Es muy... Dickensiana—bromeó, señalando vagamente su rostro con ambos dedos índice.

—¡Oye! —le dio un puñetazo juguetón en el brazo y luego abrió el estuche. Descubrió que, en efecto, parecía una niña de la calle de la época victoriana, y no tenía

buena pinta. Tenía la cara sucia y el barro en el pelo hacía que pareciera que se había hecho mechas marrones.

—Un gran hombre, Dickens... —el Doctor se detuvo de repente y abrió mucho los ojos como si estuviera reviviendo un recuerdo traumático—. Pero Grip era pura maldad —se estremeció.

—Ay, pobrecito, ¿el señor malo te hizo pupita? —bromeó Ruby mientras terminaba de limpiarse la cara.

—En primer lugar, qué borde—se rio—. Y, en segundo lugar, Grip era el nombre de su cuervo mascota y, como suele ser el caso de los cuervos, era un poco malo. Eso sí, Grip II era un pájaro majestuoso. Una educación total. Muy inteligente. También es un gran jugador de póquer.

—¿Has jugado al póquer... con el cuervo mascota de Charles Dickens? —Ruby apenas podía creer lo que estaba oyendo, pero había experimentado tanta aleatoriedad y asombro en sus viajes con el Doctor que esta historia en particular no parecía tan inverosímil—. Te voy a creer.

El Doctor sonrió y asintió con la cabeza con indiferencia.

—Sí, también he hecho algo de cazafantasmas con él... —se quedó en silencio. Había vislumbrado algo que hizo que su sonrisa desapareciera por completo, junto con su hilo de pensamiento. El dobladillo de su mono negro azabache de pierna recta con una capa de gasa había sido mordido. Jadeó horrorizado—. Este era mi favorito —gritó, cruzándose de brazos con la frustración desafiante de un niño pequeño al que le acaban de decir “no” por primera vez.

Ruby le sonrió con simpatía a su amigo y luego miró por casualidad sus propios tejanos. Habían corrido la misma suerte.

—Los míos también—gimió mientras se llevaba el pie derecho a la cara para inspeccionarlo más de cerca.

El Doctor negó con la cabeza, su frustración se convirtió en decepción.

—Es una pena que la ropa no pueda regenerarse—hizo una pausa por un segundo—. ¿O tal vez sí? Supongo que todo es posible. ¡Todo es posible! —frunció el ceño, frunció los labios y concentró con mucha fuerza, con la energía regenerativa deseada, en su andrajoso atuendo...

Nada.

—No, eso es una tontería —concluyó, un poco decepcionado.

Ruby sonrió, divertida por su extravagancia espontánea y su excentricidad a la carta. El Doctor a menudo hablaba de una manera que no tenía sentido para ella, pero esto realmente se le había escapado. Tener un extraterrestre como nuevo mejor amigo nunca había estado en su lista de deseos de vida, pero no podría haber estado más emocionada. Había tanto que aprender, tanto que experimentar; había viajado a través del espacio y el tiempo y había descubierto que el universo fuera de su apartamento en Londres era infinito.

Antes de que ella pudiera hacer preguntas aclaratorias, el Doctor se puso de pie de un salto y se dirigió a la consola de la TARDIS. Entonces sacó rápidamente su destornillador destornillador sónico (un pequeño y elegante detalle de curvas plateadas y azules) y lo apuntó hacia la máquina de discos.

—“*Baby Cakes, you just don’t know!*”¹—cantó con una sonrisa antes de volverse hacia su amiga—. Yo diría que eso es una victoria, ¿no crees?

—Por supuesto —respondió Ruby. Reunió toda la fuerza que su cuerpo dolorido podía reunir y se puso de pie. Lo siguió hasta la consola y luego se apoyó contra la barandilla.

—Puede que casi nos haya costado las cejas y algunos *outfits* excelentes, pero ahora todos los cabritillos cyborg tienen su programación original y han vuelto a masticar cortinas y saltar sobre láminas de metal.

Chocaron los cinco.

—Y puedo tachar de mi lista de cosas por hacer “ordeñar un cyborg” —dijo Ruby, levantando el pulgar con confianza hacia el Doctor.

Ella lo observó mientras bailaba sin esfuerzo alrededor de la consola de la TARDIS al son de la música *garage* de la vieja escuela que sonaba a todo volumen en la máquina de discos, presionando y apretando botones, moviendo y girando dispositivos al ritmo de la música. Era un verdadero director virtuoso y la consola era su orquesta sinfónica.

La admiración de Ruby por el Doctor se vio interrumpida por un pensamiento

1 N del T.: es la primera frase de la letra de “Baby Cakes” (2004) de las 3 of a Kind, un grupo de música electrónica 2-garage británico. Se traduciría como algo así “¡Bombón, tú ni lo sabes!”.

repentino. Se levantó de la silla con dificultad y, como una niña incapaz de conceptualizar el significado del espacio personal, se inclinó hacia él y examinó con fiereza su piel eterna. Ni una sola gota de sudor.

—¿Cómo es que no estás agotado? —cada vez que exhalaba, le dolía el cuerpo. Le recordaba la vez que ella y sus colegas decidieron empezar a correr como propósito de Año Nuevo. No había durado mucho porque, después de la primera sesión, nadie podía caminar derecho durante una semana. Su amiga Trudy incluso había acabado con tendinitis. Se rio para sí misma, reviviendo el recuerdo en su cabeza. Aunque le dolía reír, esta vez el dolor era cálido y difuso.

A ella le encantaba viajar con el Doctor, pero a veces echaba mucho de menos su casa.

El Doctor se apartó de su mirada analítica con un gesto elegante. Este era su tema de conversación favorito en ese momento.

—¡Biología de los Señores del Tiempo, nena! Es realmente maravillosa—adoptó una pose, que mantuvo el tiempo suficiente para asegurarse de que Ruby hubiera comprendido por completo lo genial que parecía. La imagen solo se vio ligeramente socavada por la vista de sus tobillos asomando involuntariamente a través de sus dobladillos mordisqueados—. No sé qué estaba haciendo el universo cuando diseñó a los humanos, pero se perdió algunos trucos, eso te lo puedo asegurar. Quiero decir... ¿solo un corazón? Nunca podría ser yo. Bueno. Una vez lo fui, más o menos...

Ruby se giró lentamente, preparándose mentalmente para el largo y doloroso camino de regreso al reconfortante abrazo de su silla.

—Entonces, ¿adónde vamos ahora? —preguntó el Doctor.

Se detuvo a medio paso.

—¿Ahora? Apenas me he recuperado de jugar a ser perro ovejero toda la mañana. ¿Perro ovejero? Eso no puede ser cierto, estábamos pastoreando cabras, no ovejas. ¿Perro cabrero? No, eso no es mejor...

—¡Vamos! ¡Tienes diecinueve años y eres una renacuaja! —el Doctor dio un salto alrededor de la consola para encontrarse cara a cara con su amiga—. ¡Tengo justo lo que necesitas!

Se apartó de ella y desapareció por la escalera de caracol y por el pasillo. La

TARDIS era enorme y el Doctor era un acaparador, así que Ruby concluyó que, fuera lo que fuese, esta tarea podría llevar entre medio minuto y varias horas. Cojeó lentamente hasta su silla, se reclinó y respiró profundamente.

Antes de que pudiera exhalar por completo, el Doctor había regresado, sosteniendo un dodecaedro de metal brillante en ambas manos.

—¡Tachán! —exclamó con entusiasmo. Como un mago, agitó la mano sobre el dispositivo en un intento de añadir una sensación de asombro y misterio a la experiencia.

—Brillante... —Ruby, un poco desencantada, inspeccionó el instrumento. Para ella, solo parecía una forma tridimensional brillante y simple—. ¿Qué es?

—¡TACHÁN! —repitió el Doctor con, de alguna manera, aún mayor entusiasmo. Al no recibir la energía recíproca deseada, frunció el ceño—. Turistificadores Agenciados Cuentan con Hacer Amplias vacacioNes.

—Ah... —Ruby asintió lentamente, fingiendo comprensión.

—Aún no tienes ni idea, ¿verdad?

—Ni de lejos—admitió con seguridad.

—TACHÁN. Turistificadores Agenciados Cuentan con Hacer Amplias vacacioNes. ¡TACHÁN! Es básicamente una agencia de viajes de lujo. La gané en un partido de bádminton contra unos vikingos espaciales. Está programada para recopilar, sugerir y proyectar los mejores complejos turísticos del universo conocido. ¡En todos los universos!

Ruby se animó, la adrenalina de la emoción actuó como una cura temporal para su cuerpo enfermo.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

Nada era lo que parecía con el Doctor, así que había descubierto que era mejor comprobarlo de vez en cuando.

Él asintió con entusiasmo.

—Sí, ¡nos vamos de vacaciones como es debido!

—¿Sin carreras?

—¡Sin carreras! —el Doctor tomó un dedo índice, cruzó ambos corazones y luego se volvió hacia Ruby—. No puedo usarlo muy a menudo, porque alguien se pone celosa —

susurró con la comisura de la boca, señalando discretamente la consola de la TARDIS.

—Está bien—pensó Ruby, simpatizando con la TARDIS. La TACHÁN parecía ser el equivalente a una caja de autoservicio, y ella siempre había preferido la interacción humana.

—Mi último intento por llegar a Ibiza me hizo resolver acertijos de un panal de abejas consciente en Melissa Majoria—el Doctor se inclinó para acercarse—. Estoy convencido de que me escuchó mal a propósito—puso el dispositivo en modo aleatorio y lo colocó en el suelo. En un instante, el pentágono que estaba mirando hacia arriba se replegó sobre sí mismo y una brillante explosión de energía púrpura se elevó en cascada y salió del TACHÁN, llenando el volumen de la sala de control.

—Vaya... —susurró Ruby, paralizada por la masa amorfa de luz violeta que flotaba sobre su cabeza. Cuando levantó un dedo inquisitivo para tocarla, la energía tomó una forma decisiva. Observó cómo se formaban baños, fuentes, bustos y mosaicos. El púrpura se desvaneció y los colores se filtraron. De repente, Ruby estaba parada en medio de un spa de aspecto romano que se había manifestado dentro de la TARDIS. Había visitado Bath en una excursión escolar una vez, pero eso no podía compararse.

—¿Eso se supone que debería estar ahí? —se rio, señalando la consola familiar que había atravesado el filtro de percepción para fusionarse con una fuente cercana.

El Doctor inclinó la cabeza.

—Es muy territorial—dijo—. Roma, ya he estado ahí.

Rápidamente sacó su destornillador sónico y lo apuntó al TACHÁN. En un abrir y cerrar de ojos, el spa desapareció y Ruby estaba de pie en una playa con arena negra como el ónice bajo sus pies. Podía sentirla entre los dedos, aunque llevaba zapatos. Cálida y granulada.

Antes de que pudiera levantar la vista para contemplar el resto de su entorno, la playa había desaparecido, reemplazada por barro carmesí y cuatro soles en el cielo. Esa visión también se desvaneció cuando una cinta transportadora de destinos de lujo pasó a toda velocidad frente a su rostro. Todo fue tan rápido que apenas podía seguir el ritmo. Había probado la realidad virtual antes, pero este era un mundo completamente nuevo... literalmente. ¡Varios mundos nuevos! Vislumbres de piscinas, montañas y palmeras pasaron ante sus ojos. Era emocionante. Momentos después, sintió un suave empujón en el costado.

—Vamos—dijo el Doctor—. ¡Grita “basta”!

Respiró profundamente y gritó con todas sus fuerzas:

—¡¡¡BASTA!!! —el carrusel se detuvo de repente y la TARDIS se sacudió. Comenzó a temblar violentamente, derribando a la TACHÁN. Al colapsar, la energía violeta volvió a su forma amorfa anterior y fue absorbida de inmediato por el dispositivo.

—Ups—el Doctor corrió hacia la consola—. He debido configurar accidentalmente el enlace entre la TARDIS y la TACHÁN en piloto automático—el Doctor estabilizó el temblor y sonrió—. Bueno, supongo que ahora estamos en camino.

—Pero ¿adónde? —preguntó Ruby. Todavía sentía las secuelas de la turbulencia en las piernas, así que se agarró a la barandilla por si acaso.

—A la galaxia Chimandra, Yewa, los Jardines de Kubuntu: el Lugar de Descanso de los Eternos. Dice aquí, el más lugar más pacífico del universo —dijo el Doctor, leyendo atentamente la pantalla de la consola—. Aún no hemos aterrizado, pero...

Sin dudarlo, Ruby corrió hacia las puertas y las abrió. Sabía que el oxígeno y las burbujas de gravedad que rodeaban la TARDIS la mantendrían a salvo, así que salió y se encontró flotando en el espacio entre dos planetas idénticos de color azul helado.

Bajó la mirada hacia sus pies. Estaba de pie sobre una nube de cristal color naranja quemado y carmesí. Actuaba como una especie de puente entre los dos planetas. —Guau...—suspiró. Una palabra le vino a la cabeza: «Sublime». No sabía por qué, pero eso era todo. Era sublime, iba más allá de la mera belleza. La abrumadora sensación de inmensidad y magnitud dejó una impresión en su alma.

El Doctor asomó la cabeza.

—¡Vamos, prepara el equipaje, he hecho una reserva!

CAPÍTULO DOS

Poco después, Ruby se encontraba ante las puertas de la TARDIS, llena de la impaciencia de un niño que se dirigía a Chessington² por primera vez. A sus pies había cuatro maletas pequeñas, alineadas como si estuvieran haciendo cola para salir con ella.

¿Qué nos espera más allá de esas puertas?, pensó. ¡Maravillas sin fin!

Golpeó el suelo con el pie rítmicamente, mientras se le agotaba la paciencia. Miró un reloj imaginario que llevaba en la muñeca.

Entonces dejó escapar un largo y exasperado suspiro y echó la cabeza hacia atrás:

—¡Doctooooooooooooooooor! —se quejó.

Antes de que pudiera manifestar el resto de su impaciencia, apareció el Doctor, luciendo un mono veraniego estampado y sosteniendo un bolso de mano a juego. Adoptó una pose, blandiendo su bolso como si fuera un abanico de flamenco español.

—¡Sí lo digo, es un *s/*ay total! —aplaudió Ruby en apoyo incondicional de esta exhibición de elegancia, gracia y estilo.

Mientras el Doctor se acercaba a ella, ella se fijó en los tonos rojo quemado, rosa apagado y azul profundo de sus prendas. Su ropa daba testimonio del espectro de su personalidad. Era tan brillante y vívido que rebosaba de color y profundidad desde adentro hacia afuera.

El Doctor sonrió.

—Esto es lo que me encanta—se detuvo, ofendido por el conjunto de maletas de Ruby. La miró y luego volvió a mirar su fila de maletas—. ¿Te vas a mudar?

—¿Eso es todo lo que vas a llevar? —respondió Ruby, señalando con la cabeza el bolso, sorprendida de que alguien con el gusto del Doctor hubiera llevado tan poco.

—¡Te informo que tengo aquí *outfits* despampanantes maravillosas para tres semanas!

Ruby recordó que todo lo que rodeaba al Doctor era más grande por dentro: su nave, sus bolsos, sus bolsillos.

2 N. del T.: el parque temático que hay en el área metropolitana del Gran Londres.

—Bueno, no todos tenemos cosas transdimensionales.

—Estoy seguro de que tengo una riñonera dimensionalmente trascendental por aquí en alguna parte—se aseguró de enfatizar las palabras “dimensionalmente” y “trascendental”, como una forma de educación ligera.

Ruby sonrió al pensar en llevar una riñonera en las vacaciones, y se reimaginó como un padre con camisa hawaiana que había arrastrado a su renuente familia a la playa para una sesión de unión. Se rio para sí misma, imaginando el atuendo completo: sandalias, pantalones cargo y una visera.

—Me arriesgaré con las maletas. Una para cada estación, por si acaso—inclinó la cabeza con curiosidad—. ¿Has mirado cómo es el clima?

El Doctor pasó por encima de las maletas y se dirigió hacia las puertas.

—No, las lecturas estaban desbordadas. Muy extrañas. La buena noticia es que la atmósfera es respirable, así que dejemos todo eso aquí y examinemos el paisaje—mientras ponía la mano en la cerradura de la puerta, una idea se formó en su cabeza. Ruby se dio cuenta, siempre sabía cuando él tenía una idea porque sus ojos se iluminaron—. O mejor aún, ¡vamos a buscar algunas prendas locales!

—Me encantan las prendas locales—la emoción de Ruby se transformó rápidamente en preocupación—. ¿Pero no es como una apropiación cultural?

El Doctor le puso una mano en el hombro.

—Cuando estás en un sitio, hay que integrarse. Ahora bien, si te llevas la ropa a Londres y la vendes en Portobello Road, eso serían unas *vibes* muy malas... —levantó la vista, con una nueva idea—. Otra posibilidad es que esta gente sea una cultura de nudistas y nuestras preocupaciones sean irrelevantes. De todos modos, aparentemente tienen todos los tratamientos de spa que existen. Y nena, te lo aseguro, no has vivido hasta que te has hecho un masaje de tejido profundo venusiano.

Los dos amigos se quedaron paralizados por un momento. La energía de la posibilidad infinita de una nueva experiencia se acumuló en sus dedos de los pies y se extendió por sus piernas y luego hacia arriba hasta que sus cuerpos ya no pudieron contenerla. Se agarraron de las manos y compartieron un pequeño baile de emoción, dando brincos en círculos y riendo a carcajadas.

Finalmente, se recompusieron y recuperaron la compostura. El Doctor sonrió y luego

extendió la mano hacia la cerradura.

Hizo una pausa, una pequeña vacilación expectante, antes de abrir la puerta.

CAPÍTULO TRES

La TARDIS había aterrizado en un callejón sin salida vacío que daba a la calle principal. Ruby podía ver el mercado en el cruce. Alrededor de la calle circular había casas idénticas, perfectamente cuidadas, cada una con un jardín delantero meticulosamente cuidado.

—Hmm... —reflexionó el Doctor mientras sus ojos recorrían las casas que lo rodeaban—. ¿Por qué tener una maceta sin plantas?

Ruby miró a su alrededor. Efectivamente, todas las macetas relucientes y los macizos de flores inmaculados estaban vacíos.

—Qué raro—dijo ella.

—Espero que no se trate de otro caso como el del estanque de patos—murmuró el Doctor—. No sería nada gracioso.

—¿Estanque de patos?

—Ignorame—sonrió.

Los ojos de Ruby tardaron unos momentos en adaptarse a la fría luz blanca del sol yewano. El cielo era una vasta extensión de color lavanda que se extendía sin fin hasta el horizonte. No había nubes, solo varios remolinos de tonos púrpura. Le recordaba a un pastel de mármol. Atravesando la atmósfera sobre ella se encontraba el puente celestial en el que había estado antes, una banda etérea de luz brillante que se arqueaba elegantemente a través del cielo, conectando a Yewa con su planeta hermano. Era tan hermoso mirarlo desde arriba como lo había sido mirarlo desde abajo. Y a lo lejos, Bia, con su forma masiva ocupando tanto espacio como el sol mismo, proyectando un resplandor difuso, ligeramente dorado sobre el callejón sin salida.

La mirada de Ruby se detuvo. Inhaló intencionadamente, permitiendo que la sensación, una mezcla de asombro y maravilla, la invadiera. Se volvió hacia el Doctor, que ahora estaba en uno de los jardines, con expresión distante y contemplativa.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, rompiendo el silencio con su voz.

El Doctor miró hacia el suelo y dio un par de pequeños saltos inquisitivos. Inhaló profundamente, inhalando de forma prolongada y deliberada.

—Hay algo... desconcertante. Bajo mis pies. ¿Puedes sentirlo? Esa energía... un campo telepático de bajo nivel—volvió a saltar—. Helado, pero no frío, firme pero no inflexible, además de la telepatía. Probablemente no sea hielo en absoluto.

Se tumbó boca abajo para inspeccionar el suelo.

—Sí, no es hielo, son cristales—dijo cuando Ruby se unió a él—. Mira, la luz está formada por ondas electromagnéticas de varias longitudes de onda. Cuando la luz incide en un objeto, algunas longitudes de onda se absorben y otras se reflejan. Ahora bien, las longitudes de onda reflejadas son lo que percibimos como color. La luz blanca es una combinación de todas las longitudes de onda de la luz visible. Incluye todos los colores del espectro: rojo, naranja, amarillo, verde, azul, índigo y violeta.

Ruby miró atentamente. Podía verlos a todos y eso cambió ligeramente su perspectiva: para algo tan simple... y tan básico como el color blanco estar compuesto por todos los demás colores del espectro era de alguna manera hermoso.

El Doctor se puso de pie de un salto.

—Hay algo más bajo la superficie. Sospecho que son túneles —saltó de nuevo—. Oh, o catacumbas... muy bonito—olfateó el aire repetidamente—. Este lugar es viejo, antiguo, incluso. Definitivamente son catacumbas.

Mientras Ruby se ponía de pie, un joven apareció de la nada, pasó a toda velocidad junto a ellos y la hizo perder el equilibrio antes de desaparecer en una de las casas cercanas. Mientras Ruby intentaba encontrar el equilibrio, resbaló en el hielo. Era una de esas caídas en las que toda tu vida pasa ante tus ojos en los segundos que tarda la gravedad en hacer lo que le ordena. Por suerte, antes de que pudiera averiguar a qué sabía la tierra glacial y alienígena, el Doctor la atrapó.

—¡Cuidado! —gritó sin dirigirse a nadie en particular—. ¡Mira por dónde caminas! —Levantó a su amiga y le sacudió el polvo—. ¿Estás bien?

-Sí, estoy bien.

—¡Ni siquiera se ha parado! —el Doctor se giró y gritó en dirección al hombre—. ¡Qué borde! —pero ya se había ido hacía rato.

—Estoy bien, Doctor, pasa—Ruby lo tomó de la mano y lo arrastró hacia la calle principal—. Vamos, ese TACHÁN dice que hay una mesa de masajes personal esperándome.

Observó cómo el Doctor hacía un esfuerzo deliberado para no dejar que su frustración arruinara sus vacaciones. Se sacudió la frustración.

Del brazo salieron a la calle donde se encontraba el mercado principal. Ruby miró a su alrededor con asombro, sus sentidos inmediatamente se llenaron de un caleidoscopio de sonidos relajantes y aromas deliciosos.

Mientras caminaban, pasaban junto a textiles de tonos cálidos y vivos que ondeaban suavemente con la suave brisa, creando un mosaico conmovedor de patrones y texturas. Las risas y las charlas alegres llenaban el aire, mezclándose con el tintineo rítmico de los frascos de vidrio.

Pasaron por un puesto tras otro, repletos de frutas y verduras exuberantes. Todas tenían formas irregulares, nada era redondo ni perfecto, lo que las hacía extrañamente perfectas. El intenso, dulce y ácido aroma de frutas cítricas frescas se mezclaba con sutiles toques de pan recién horneado y especias exóticas que flotaban en el aire, acogedor y cálido.

A Ruby se le había formado una lágrima en el ojo. La dejó caer por su mejilla y luego se la secó. No estaba segura de por qué lloraba; no estaba triste y había estado en planetas alienígenas antes. Pero este planeta se sentía diferente, como si se estuviera comunicando con ella directamente. Vibraba suavemente su alma. Miró al Doctor y descubrió que también se le había formado una lágrima en el ojo.

—El lugar más pacífico del universo... no mentían —dijo Ruby, secándose la cara.

—Vamos, Ruby —dijo el Doctor suavemente—. Kubuntu está por aquí.

—¿Cómo sabes eso?

—Los Jardines de Kubuntu son uno de los 700 jardines antiguos maravillas del universo. Están situadas en el punto más central del polo sur del eje de Yewa, que es... — se metió el dedo en la boca y luego lo señaló hacia el cielo— ¡por allí! ¡A la izquierda! Es uno de mis trucos de fiestas: dame cualquier planeta y puedo encontrar el ecuador, el polo norte y el polo sur. ¡Mi brújula interna está en el punto correcto! —sonrió de orgullo.

Llegaron a una bifurcación en la calle y giraron a la izquierda, encontrándose en medio de un festival local. La energía era un poco diferente en esa esquina. La tranquilidad inicial que Ruby había experimentado todavía estaba en el centro, pero ahora estaba rodeada de un murmullo de emoción. El aire estaba lleno de una sinfonía: el

zumbido melódico del transporte en movimiento, los ritmos de los instrumentos de percusión y algo más, algo menos tangible pero no completamente intangible. ¿Qué era? Buena voluntad, buena energía, positividad.

El mercado estaba repleto de colores vivos y de trajes elaborados que contrastaban agresivamente con el ambiente frío y glacial del lugar. A lo lejos, en las afueras del mercado, se había formado una multitud.

—Me pregunto de qué se trata todo esto—preguntó, señalando hacia la reunión—. ¡Vamos a echar un vistazo! De todos modos, el check-in no será hasta dentro de un par de horas.

Mientras saltaban hacia la multitud en el claro, Ruby contempló el vibrante mosaico de puestos de comida y puestos flotantes de varios niveles que bordeaban la calle. Estaban hechas de metales que se movían y brillaban cuando la luz blanca del sol se reflejaba en los picos helados. Cuando Ruby lo asimiló, se dio cuenta de todo. Todos sus sentidos se habían agudizado desde que dejó la TARDIS.

Su primera observación: la gente de Yewa era inusualmente alta; incluso los niños pequeños parecían grandes para su edad. Observó su piel; estaban bronceados como la arcilla de terracota sin cocer. Cada persona, incluso los niños, tenía tatuajes brillantes y bioluminiscentes que decoraban todo su cuerpo. Se encontró mirándolos de nuevo; siempre le habían enseñado que eso era de mala educación, pero no pudo evitarlo. Cada yewano era tan único e individual, pero familiar en apariencia. Los remanentes de vida en Yewa aparecieron ante ellos mientras viajaban a través del mercado hacia la multitud en el claro. La gente participaba en animadas conversaciones y chismes; los comerciantes negociaban ruidosamente con los clientes; los niños corrían por las calles con molinos de viento de juguete y cometas.

—La gente de la Tierra ya no vuela cometas, ¿verdad? Es una pena—el Doctor sacudió la cabeza en señal de duelo por la desaparición de esa forma de arte.

—O quizás nunca lo hicieron y *Mary Poppins* era simplemente una ilusión óptica muy efectiva que se pasaba con demasiada frecuencia en las vacaciones escolares—respondió Ruby—. Ya sabes, eso es lo que ves algo una vez y luego no puedes dejar de verlo. Tal vez la gente nunca volaba cometas en esa época; simplemente creemos que lo hacían por la película.

—Ah, entonces el aumento de la frecuencia percibida no se debe a un aumento real

de la aparición de la palabra o concepto, sino a una mayor conciencia y atención selectiva... interesante. Puede que tengas razón. Después de esto, haremos un viaje al Londres de 1910 y veremos qué pasa.

El Doctor asintió, completamente impresionado por el nivel de pensamiento crítico de Ruby.

—No creo que pueda superar esto nunca —suspiró Ruby—. Me recuerda a casa. ¿Es raro? Estoy a mil millones de kilómetros de distancia y me siento como en casa.

—Piénsalo de esta manera. Hay infinitas conexiones entre el universo y los humanos. Todo lo que existe en el universo surgió de la supernova de una estrella hace miles de millones de años. El final de la vida de una estrella se parece mucho al nacimiento de una célula humana. La compleja red de neuronas que hay dentro de tu cerebro se refleja en la red cósmica de galaxias que componen ese mismo universo. Dentro de ese maravilloso cerebro humano que tienes, hay un nivel incomprensible de complejidad y autoorganización que refleja la mecánica interna del propio universo. Ahora bien, si yo diseñara el universo y hubiera creado algo tan imposiblemente perfecto, me aseguraría de que toda la vida tuviera una muestra de ello.

Ruby volvió a llorar y, mientras olfateaba, percibió aromas que flotaban en el aire, una mezcla embriagadora de fragancias que le hacían cosquillas en la nariz. Su vientre gruñó de forma audible.

El Doctor sonrió.

—¿Tienes hambre? —Ruby asintió con entusiasmo—. ¡Yo también!

Se detuvieron en el primer camión de comida que vieron. Un alegre hombre yewano apareció en la ventana del camión. Su gran figura ocupaba la mayor parte del espacio abierto.

—Holaaa, soy Tamotah. Que os bendigan y altamente favorezcan los Jardines de Kubuntu y os coronen con la luz del sol de vuestros antepasados—sonrió y sus tatuajes brillaron.

—Hola, yo soy el Doctor y ella es Ruby.

La sonrisa de Tamotah se desvaneció levemente, al igual que sus tatuajes, pero el Doctor continuó, seguro de sí mismo.

—Que seas bendecido y altamente favorecido por los Jardines de Kubuntu y

coronado con la luz del sol de tus antepasados— dijo.

Tamotah se animó de nuevo.

—Gratis—dijo mientras les entregaba dos brochetas de fruta seca con especias—. Debéis estar aquí por el complejo turístico. Aprecio que os toméis el tiempo de respetar nuestras costumbres. Pero tened cuidado. No a todos los que están aquí les gustan los extraterrestres—Tamotah levantó una mano—. ¡Disfrutad del festival! El primer Kaloa en 200 años.

—¿En cuánto tiempo? —empezó a decir el Doctor. Luego hizo una pausa, aparentemente incapaz de seguir insistiendo con su línea de preguntas.

Ruby lo percibió de inmediato: lo había interrumpido la misma sensación que ella estaba experimentando. Era un miedo creciente, tan poderoso que la hacía sentir náuseas.

Tamotah frunció el ceño y habló con urgencia:

—Los yewanos creen que hay sentidos superiores a la mayoría de los cinco básicos del universo. El instinto es el más poderoso. Idos de la calle, algo malvado se avecina.

Como si fuera una señal, el sonido de una escaramuza resonó detrás de ellos. El Doctor se dio la vuelta y vio a un grupo de tres hombres de pie junto a un joven yewano.

La banda no se parecía a los demás yewanos. Eran más bajos y delgados, con el mismo tono de piel naranja, pero un poco más pálidos y sin los tatuajes característicos. Se movían con una coordinación y una sincronía enérgicas, empujando y tirando al hombre yewano al suelo.

Una madre yewana se separó de sus hijos, que estaban jugando con un pequeño oso polar como mascota. Agarró a uno de los hombres por el hombro y lo obligó a alejarse.

Debajo de su ropa, el hombre sacó un arma y disparó dos rayos láser blancos cerca de sus pies.

—No te acerques—le dijo—, o tus hijos serán testigos de la muerte de su madre.

Una ola de terror se apoderó de los lugareños. Algunos se encogieron, clavados en el suelo por el miedo, mientras que otros huyeron. Uno de los atacantes volcó el puesto de mercado de la madre yewana como medida disuasoria adicional. La evaluó, pero ella

no se conmovió. Se mantuvo erguida y valiente. Así que le escupió y luego volvió a centrar su atención en el hombre que estaba en el suelo.

La energía colectiva de los agresores era palpable. Ruby casi podía sentir su odio en sus propias extremidades, paralizándola. Pero el Doctor le entregó su pincho a Ruby y siguió adelante.

—¡Eh! ¡Eh! —gritó—. ¡Dejadlos en paz! —se abrió paso entre los frenéticos asistentes al mercado, algunos intentando escapar de la violencia y otros empeñados en ignorar el problema por completo.

Ruby obligó a sus piernas a trabajar y siguió al Doctor, ansiosa por no separarse de su amiga. Cuando llegó, los atacantes se habían dispersado y no vio señales de ellos. El Doctor estaba ayudando al hombre yewano a levantarse del suelo.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien—respondió el hombre. Se veía bien, no tenía ni un solo moretón ni corte.

—Yo soy el Doctor, ella es Ruby.

—Que seas bendecido y altamente favorecido por los Jardines de Kubuntu y coronado con la luz del sol de tus antepasados—dijo Ruby con una sonrisa.

—Soy Mo—el joven se movió torpemente y luego inclinó la cabeza para evitar el contacto visual—. Lo siento.

—¿Por qué? —preguntó el Doctor desconcertado.

Mo se volvió hacia Ruby.

—Te he hecho caer. Estaba tratando de alejarme de ellos. No es propio de mí ser tan borde. Simplemente no me dejaban en paz.

—Ah—Ruby se dio cuenta de que Mo era el hombre que casi la había derribado antes—. Te perdono —dijo, y sonrió al verlo contener una sonrisa—. ¿Por qué te estaban atacando?

Mo bostezó.

—Así son los Bia.

—¿Los Bia?

—Vecinos de su planeta hermano —le informó el Doctor.

Ruby asintió.

—Ah, los que están al otro lado del puente espacial. ¡Ya lo pilló! —le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba. Mo inclinó la cabeza, como si no estuviera seguro de lo que significaba ese gesto.

—¿Y qué pasa con la policía? —continuó Ruby—. Esos Bia no pueden andar por ahí disparando sus bocas y pistolas láser sin...

—Lo mejor es dejarlo así. Tengo que irme, llego tarde. Hay gente esperándome— Mo levantó ambas manos hacia Ruby y el Doctor.

Una vez que lo imitaron, presionó sus palmas contra las de ellos y envolvió su pulgar alrededor del dorso de sus manos.

—¡Qué bonito! ¡Es como un abrazo! Es adorable —dijo el Doctor—. ¿Estás seguro de que no podemos ayudarte con...?

—No, no pasa nada—dijo Mo y luego salió corriendo, desapareciendo entre la masa de cuerpos yewanos.

El Doctor tenía esa mirada en su rostro otra vez.

—¿Qué? —preguntó Ruby.

—Era un poco... disperso. Ya sabes, conoces a gente y tratas de no juzgarla ni encasillarla, pero... —el Doctor intentó elegir sus palabras con cuidado—. No encajaba del todo. Era brusco, torpe, sonriente, se disculpaba. El carácter es consistente y Mo es... bueno...

El Doctor miró a su alrededor; todo había vuelto a la normalidad, como si nada hubiera pasado.

—Y otra cosa, ¿adónde han ido?

—¿Quiénes? —dijo Ruby.

—Los Bia, ¿adónde han ido? —el Doctor frunció el ceño—. Hay líneas de visión claras desde este punto, y simplemente se han desvanecido.

—¿Deben haber desaparecido entre la multitud?

Sumido en sus pensamientos, el Doctor olfateó el aire. Percibió un olor metálico, a quemado, tenue pero inconfundible, y asintió. ¿Teletransportación térmica? Tal vez por eso hacía tanto calor en este planeta de aspecto helado con un sol blanco y frío: la conversión de energía térmica en energía para teletransportarse. Eso explicaría cómo la gente de aquí podía moverse tan rápido.

Aun así, le había prometido a Ruby que no correrían y no estaba dispuesto a romper promesas. Sintió que la paz se apoderaba de ellos, suave como la nieve, pero de repente no confió en ella. Era como si el lugar lo instara a no hacer preguntas.

Pero tengo preguntas, pensó el Doctor.

Podía ver cómo se formaban las piezas de un rompecabezas, pero no tenía suficientes para unirlos. Podía sentir que su control del tiempo también se le escapaba un poco. Finalmente, su espiral de conciencia se vio interrumpida por un dulce aroma. Volvió a la realidad y allí estaba Ruby, sonriendo, sosteniendo su brocheta bajo su nariz y la de ella en sus labios.

El Doctor tomó la brocheta de manos de su amiga y nuevamente fue recibido por el olor de especias de una galaxia lejana. Él y Ruby se miraron a los ojos y cada uno tomó un bocado de su fruta.

—¡Mmm! —el Doctor se deleitó con la explosión de sabor—. ¡Magnífico!

Ruby asintió, prácticamente engullendo el resto de la brocheta.

El Doctor cogió su palo y lo dejó caer junto con el suyo en una papelera mientras se ponía en marcha de nuevo con Ruby a su lado. Pero sólo habían logrado dar unos pocos pasos cuando ambos se detuvieron simultáneamente.

—Doctor ...

—Ruby...

De repente, se echaron a reír. Era una risa interminable, incontrolable, involuntaria y dolorosa en el mejor sentido de la palabra. Les salía de lo más profundo del estómago.

El Doctor podía sentir literalmente los niveles elevados de dopamina que se disparaban por sus troncos cerebrales. Vio que los ojos de Ruby se habían dilatado. Sus dos corazones latían tan fuerte que pensó que iban a ceder. El izquierdo había alcanzado al derecho y luego lo había superado. Se sentía desequilibrado.

—Es una fruta muy buena—declaró Ruby—. Me siento como si pudiera luchar literalmente con un oso y ganar.

—¿El monte Everest? Veinte minutos de trote, máximo —bromeó el Doctor—. De todos modos, estamos de vacaciones, así que quizá deberíamos tomárnoslo con más calma...

Los efectos secundarios de su ataque de hambre desaparecieron pronto y los dos emprendieron la marcha de nuevo, como siempre. Bueno, casi.

—Eso es una pasada—dijo Ruby—. Ya no me duele ni la mitad de lo que me dolía antes.

—¿Tienes energía en tu caminar? —El Doctor asintió con la cabeza en señal de aprobación—. Sí, yo también.

Se integraron en el público reunido en el patio, donde la música era embriagadora, lo que explicaba por qué nadie parecía afectado por la conmoción anterior: era envolvente. Unos patrones rítmicos entrelazados, con tambores y otros instrumentos de percusión, se superponían para crear un ritmo enérgico. Un ritmo repetitivo formó la base para una melodía similar al trance de instrumentos de viento y metal, que tocaban una pegadiza llamada y respuesta.

Al otro lado del espacio, sobre una plataforma elevada, detrás de un velo de tul rosa intenso, una silueta oscura se balanceaba al ritmo de la música. En el centro, un grupo de bailarines de máscaras estaba actuando. Aunque se movían con perfecta uniformidad, la vestimenta de cada uno de ellos era diferente. Llevaban trajes elaborados y máscaras hechas de cristal tallado. Los rasgos faciales de las máscaras eran exagerados y expresivos, con ojos agrandados, bocas abiertas y los característicos tatuajes bioluminiscentes.

Mientras los bailarines se movían al son de los tambores, el mar de colores vibrantes, patrones intrincados y diseños simbólicos que componían sus trajes nublaba la visión de Ruby. Había tantas telas, cuentas, conchas y plumas que sus ojos apenas podían seguir el ritmo. Los rostros de los personajes eran inanimados, Ruby sintió que podía sentir las cualidades espirituales de la máscara de cada uno, como si le estuvieran comunicando quiénes eran y cómo se sentían.

El Doctor sintió un golpecito en el hombro y se giró para encontrar a una mujer alegre a su lado que sonreía, revelando una hilera de rejillas doradas, cada diente engastado con pequeñas gemas brillantes que reflejaban la luz.

—El diseño de cada máscara lleva un mensaje simbólico de los espíritus ancestrales yewanos. Ese de ahí es Kubuntu, la primera antepasada—dijo—. ¿Sois extranjeros? Parecéis extranjeros—continuó con una sonrisa.

El Doctor notó que Ruby se movía levemente y le puso una mano tranquilizadora en el brazo.

—No es una mala palabra en todas partes.

Ruby asintió, aparentemente más a gusto.

—¡Oh, eso sí que es un *outfit*! —exclamó.

Ruby siguió el dedo del Doctor hasta llegar a una bailarina andrógina con velo. Las puntas de sus dedos y de sus pies estaban teñidas de un amarillo mostaza intenso y estaban adornadas de pies a cabeza con joyas. Tobilleras, anillos y cadenas de plata tintineaban mientras bailaban. Alrededor de su cuello había un collar con cinco piedras preciosas: dos diamantes, dos amatistas y, en el centro, la piedra lunar más perfecta.

La alegre mujer les hizo un gesto de despedida y se colocó en el centro para relatar el mensaje y el significado de la danza. Era una mujer mayor de porte majestuoso, con el cabello plateado cuidadosamente trenzado y adornado. Con pequeñas cuentas que brillaban a la luz. Vestía una túnica suelta de color índigo oscuro, bordada con intrincados patrones dorados que brillaban cuando se movía. Su voz, profunda, rica y melódica, captó la atención de la audiencia cautiva mientras les deleitaba con la historia, y los bailarines volvieron a contar la historia de Yewa y Bia a través de sus elegantes movimientos.

—*Al principio de los tiempos, cuando el universo era vasto y nada a la vez, nació Chimandra.*

Una diminuta galaxia en el borde del universo, Chimandra a su vez dio a luz a Kubuntu, y Kubuntu fue la primera vida y la luna fue su alma. Durante milenios, Kubuntu existió en pacífica soledad y su corazón se llenó de creatividad y su mente se desbordó de una imaginación inimaginable. Kubuntu jugó con muchas formas de vida, pero ninguna encontró su favor y todas se desvanecieron en un Imperio de Perdidos y Condenados.

Un día, Kubuntu sacó un cristal de su propio ser y dio forma a dos planetas a su

imagen. Y así nacieron Yewa y Bia de la trama de su existencia. Kubuntu le regaló a Bia riqueza, fuerza y laboriosidad, y luego descendió para regalarle a Yewa equilibrio, belleza y gentileza.

A medida que los planetas florecían y sus descendientes se multiplicaban, Kubuntu envejecía y se retiró a Yewa y plantó su Jardín, el lugar de descanso de toda belleza y, a su vez, su lugar de descanso final. Había dado vida y existido bien durante muchos años, pero todas las cosas deben terminar.

Con su último aliento, conectó nuestros dos planetas, utilizando su espíritu como un puente celestial, uniendo su prosperidad por toda la eternidad. El último deseo de Kubuntu fue que cada año, el heredero de Yewa y el heredero de Bia renovaran su vínculo espiritual en el Ijoa, en el Jardín de Kubuntu, para recordarnos que nuestra conexión y armonía mutua son el adhesivo que une nuestro cosmos.

Hubo un tiempo en el que, una vez al año, el Festival Kaloa celebraba nuestra unión y honraba el acto de sacrificio de Kubuntu, arrancando el Cristal de su ser para darnos vida a todos. Pero el Cristal ha estado perdido durante mucho tiempo y el Kaloa ha estado pausado, aunque nadie puede decir por qué. Sin embargo, hoy renace nuestra alegría. Este será nuestro primer Kaloa en incontables años y damos gracias a los antepasados por reconectar a esta generación con nuestros mayores.

—¿Nadie sabe por qué ha estado pausado? —el Doctor no se sentía satisfecho con esa idea. Nadie lo sabía, y parecía que todos estaban contentos con eso—. Entonces, una parte intrínseca de su cultura no ha sucedido en 200 años, eso son 200 veces. Yo estaría haciendo preguntas después de la tercera, ¿no?

—Tal vez lo importante sea que esto esté sucediendo ahora—dijo Ruby—. Es un nuevo comienzo.

Era un punto excelente, pero algo le molestaba al Doctor. El instinto. Sus sentimientos estaban por todas partes. Se sentía en paz, pero tenía preguntas; todo le parecía contradictorio.

—El Cirque du Soleil no tiene nada que envidiarles a estos bailarines—dijo Ruby, asombrada por los bailarines que realizaban acrobacias que desafiaban la gravedad: giros y volteretas a raudales en una exhibición enfática de agilidad y fuerza. La gente de Yewa también bailaba. La coreografía era enérgica y dinámica: pasos rápidos, saltos y piruetas.

A pesar de la energía, la composición del baile de máscaras era fluida y elegante.

Todos los presentes se movían al unísono y el Doctor y Ruby se encontraron moviéndose con los lugareños en perfecta sincronía.

—No recuerdo haber aprendido esto en Educación Física—pensó Ruby.

Un artista salió y se dirigió a la gente.

—Recordad que nuestra danza es una ofrenda a nuestros antepasados, nuestra danza es una ofrenda a Kubuntu. Bailad con gratitud, bailad con vitalidad, bailad para celebrar vuestra fuerza vital—dijo antes de volver a bailar. Se movieron como si sus vidas dependieran de ello. A medida que los tambores iban aumentando y el baile se intensificaba, una ola de nueva emoción invadió al Doctor.

Se sintió liberado, sin preocupaciones, sin cargas.

A su debido tiempo, la música se detuvo y el baile terminó.

—¿Cómo lo hemos pillado? —dijo Ruby sin aliento—. No es que lleve esos pendientes psíquicos, así que...

—¡No lo sé! —el Doctor se encogió de hombros con una sonrisa—. ¡Eso ha sido increíble! —no era propio de él no tener una respuesta súper detallada y compleja, mezclada con jerga científica. Ella apenas podía entender, pero Ruby pensó que él se había sumergido en el espíritu festivo y decidió no gafarlo con más preguntas.

Los intérpretes se volvieron hacia el público y se inclinaron. Luego se volvieron hacia el velo de tul rosa. La silueta se levantó y descorrió las cortinas. Era cautivadora, una mezcla hipnótica de elegancia etérea y encanto diáfano. Los tatuajes nacarados de su piel impecable brillaban suavemente bajo la fría luz del sol de Yewa. Sus ojos reflejaban los tonos del cielo celestial, una mezcla de amatista y azul que reflejaba la naturaleza misma de su planeta natal. Sus miembros alargados y la fluidez de sus movimientos eran casi hipnóticos. Sonrió y aplaudió majestuosamente. La bailarina que había interpretado a Kubuntu bajó el velo para dirigirse a la mujer en el pedestal.

—Nazari, heredera de Kubuntu, nuestro antepasado original, ¿bailarás para tu pueblo?

La multitud estalló en vítores alentadores. Nazari sonrió. Se puso de pie lentamente y se dirigió desde el trono hasta el suelo, animada por la ovación de su pueblo. A medida que descendía, el ritmo de los tambores se mezclaba con el aplauso desenfrenado de tal

manera que Ruby pudo sentirlo en su pecho y su corazón lo recibía con gusto. Tan pronto como el pie de Nazari tocó el suelo, el tambor cesó. La multitud escuchó atentamente con silenciosa anticipación. Se podría haber oído hasta una aguja caer.

Nazari hizo una humilde reverencia.

—Bailo para servir a mi pueblo —dijo con una sonrisa—. Bailo para...

De repente, el sonido de los tambores se reanudó. Nazari miró a los instrumentistas, confusa. Lo mismo hizo Ruby.

Los músicos no tocaban. ¿De dónde provenía entonces el ruido de la percusión?

El Doctor miró a su alrededor en busca del origen del ruido. Venía de debajo de sus pies.

El suelo empezó a temblar violentamente, los objetos se desprendieron de los puestos y chocaron con el suelo de cristal. La gente luchaba por mantenerse en pie, agarrándose a todo lo que podía: puestos, farolas e incluso unos a otros.

—¿Un terremoto? —preguntó Ruby.

El Doctor se volvió hacia ella y le agarró la mano, escaneando el suelo debajo de él con su destornillador destornillador sónico. Resopló.

—Eso no es posible, los terremotos son causados por la fricción entre los bordes de las placas tectónicas. Cuando la tensión en el borde de una placa se supera con la fricción, eso libera energía en ondas que viajan a través de la superficie del planeta, lo que causa el temblor que sentimos.

—¿Entonces...?

—Entonces... según el destornillador, Yewa existe sobre una placa tectónica enorme. No hay límites entre placas.

—Entonces, ¿qué está causando el temblor?

El sonido y el temblor de otras tres explosiones subterráneas se escucharon en rápida sucesión. La fuerza de las detonaciones hizo que los bailarines de máscaras cayeran al suelo y los lanzaran hacia la multitud. Se desató un caos cuando la gente volvió a dispersarse en un intento de ponerse a salvo.

Una vez que el Doctor se calmó de su sorpresa y desorientación inicial, se orientó

en el espeso velo de humo que se elevaba desde el suelo. El Doctor examinó a Ruby, quien asintió con la cabeza para indicar que estaba bien, y luego también examinó a la multitud con el destornillador sónico.

El pánico se agravó cuando un nuevo sonido atravesó el bullicio: el agudo zumbido de las armas disparando, el sonido del peligro y la muerte.

Sin dudarle un segundo, el Doctor corrió hacia él a través del humo.

Encontró a tres individuos enmascarados sobre tablas de snowboard motorizadas, dando vueltas alrededor de Nazari y disparando sus armas al suelo, cerca de sus pies. ¿Intimidación?, se preguntó. ¿O son sólo disparos de fogeo?

Bailando y contorsionándose, Nazari esquivaba el fuego opresivo lo mejor que podía, pero pronto fue empujada contra el pedestal del que había descendido.

Antes de que las figuras enmascaradas pudieran continuar con su ataque, el Doctor volvió a apuntar con su destornillador sónico. Desactivó la fuente de energía de las tablas de snowboard y los hombres se estrellaron contra el suelo. Antes de que pudieran montar un nuevo ataque, los artistas de la mascarada yewanos se alinearon como jugadores de rugby listos para un saque de banda y lanzaron a un bailarín al aire. El bailarín chocó con el hombre más cercano a Nazari, tirándolo al suelo justo cuando se había puesto de pie y luchaba por quitarle el arma de la mano. La artista que interpretaba a Kubuntu arañó a otro de los Atacantes, quitándole la máscara a la fuerza. Era uno de los tres hombres Bia de antes, los que habían atacado a Mo.

El Doctor miró a su alrededor para ver si podía encontrar a Nazari. Por la forma en que los Bia la habían rodeado, ella claramente había sido el objetivo del ataque; tenía que asegurarse de que estuviera a salvo. Pero no estaba por ningún lado.

¿Se había escabullido en medio de todo el caos o los Bia la habían tomado como rehén?

Volvió a centrar su atención en el lugar donde los bailarines de máscaras habían estado luchando contra los Bia, pero ahora estaban solos en el claro, los enemigos habían desaparecido. El Doctor se acercó a los artistas, pero cuando lo hizo, se estremecieron y huyeron hacia el mercado. Miró a su alrededor y vio que todos los espectadores e instrumentistas también se habían dispersado. Ruby, que ahora estaba sola, se encogió de hombros. El mercado, que antes estaba lleno de vida y alegría pura, se había convertido en un pueblo fantasma.

—Vamos —dijo el Doctor—, te llevaremos al complejo turístico.

Ya había tomado una decisión: tenía que llevar a Ruby a un lugar seguro y luego volver para averiguar qué estaba pasando. En ese momento, simplemente no tenía ningún sentido.

Él sonrió. Esa era la mejor parte.

CAPÍTULO CUATRO

El Doctor sólo llevaba una hora en Yewa, pero tenía un millón de preguntas. ¿Por qué estaban tan enfadados los Bia? «Son así» era una excusa; debían querer algo. ¿Qué querían? ¿Intimidar, pero no asesinar? ¿Pero por qué? ¿Con qué fin? ¿Mo? Había algo en él; no encajaba del todo. No, eso no era justo, mal Doctor. Sabía que no debía juzgar. Él y Ruby continuaron su caminata, una vez más del brazo.

—Oh, ese palito de fruta está perdiendo todo su efecto —gruñó Ruby. El Doctor podía sentir que el cansancio regresaba a su cuerpo cuando se encontró brindándole apoyo adicional mientras salían del mercado—. ¡Lo único que me mantiene en pie es la idea de estar envuelta en esa ropa de cama blanca y nítida del hotel... y tú, por supuesto!

El Doctor inclinó la cabeza ligeramente, agradecido por el reconocimiento.

Finalmente llegaron a una llanura en el límite del centro de la ciudad. Al otro lado de la superficie plana de cristal impecable, a poca distancia, se alzaba un complejo de jardines con terrazas cristalinas que se elevaban sobre ellos. Las terrazas del jardín estaban adornadas con una flora vibrante y luminiscente que brillaba suavemente, arrojando una luz relajante. El agua caía en cascada suavemente por los escalones de cristal y el sonido de la lluvia ligera llenaba el aire. El sol había adquirido un tono dorado que se refractaba a través del agua y rebotaba en la superficie cristalina, creando un espectáculo deslumbrante de colores en constante cambio.

—Oh, guau...—dijeron con asombro simultáneo.

El Doctor miró hacia arriba encantado.

—Bienvenidos a los Jardines del Complejo Turístico y Spa Kubuntu—se sintió aliviado al ver una variedad de árboles, plantas y arbustos colgantes multicolores que se derramaban por los costados en abundancia.

Bueno, es bueno saberlo, pensó para sí mismo. Una cosa menos de la que preocuparse: había plantas en Yewa. Hasta ahora no había visto ni una sola; se habría quedado estupefacto si hubiera llegado a un jardín y no hubiera visto ni una sola hoja.

El complejo se había construido con una serie de terrazas ascendentes, como enormes escalones de varios niveles, y cada nivel albergaba un exuberante jardín. Le recordaban a las pirámides aztecas; sin embargo, estas estaban dispuestas al revés de

manera llamativa.

Ruby señaló el nivel inferior, que era el más pequeño de todos.

—¿Cómo está en equilibrio? —preguntó.

—Física cuántica inversa—el Doctor respiró hondo, preparándose para una larga explicación, y luego sonrió—. Lo siento, estás oficialmente de vacaciones. No más clases científicas complicadas para ti, por favor y gracias.

A medida que se acercaban a los jardines, los detalles más finos se volvían más claros. El Doctor se maravilló de su sistema de riego: una red compleja de canales y bombas que traían agua del cristalino río azul Ratehs que fluía junto a las puertas del Jardín.

¡Las puertas! El Doctor había estado tan absorto en la mecánica interna del sistema de riego que no se había dado cuenta de lo que estaba sucediendo en las puertas. Algo había cambiado, algo en el aire había cambiado. Había una pequeña multitud enérgica en las puertas. Pero el bullicio no era el mismo, no era buena voluntad ni energía positiva, en absoluto. Era una manifestación. Un pequeño grupo de unos quince yewanos, gritando y burlándose de una mujer que se interponía entre ellos y los jardines. Los dirigía otra mujer.

—Exigimos acceso a los Jardines. ¡No nos lo podéis negar! Somos los Marcados a Fuego y nos escucharéis.

Ruby se dirigió hacia el frente de la multitud enfurecida, ansiosa por ver de qué se trataba todo ese alboroto. No había estado en Yewa por mucho tiempo, pero para un lugar que se jactaba de ser “el lugar más relajante del universo conocido”, en realidad no había estado a la altura de las expectativas.

Mientras se abría paso entre la jungla de puños furiosos, podía sentir el agravio compartido entre los manifestantes. La pasión y la convicción encendidas dentro de ellos retumbaban en sus huesos. La hacían sentir confusa, pero no de una manera agradable, más bien como si los bordes de su propio ser se hubieran mezclado con los de esos extraños enojados. Estaba mareada de ira, pero luchó por permanecer erguida.

La mujer que encabezaba la turba era más pequeña que la media de los yewanos y su piel estaba cubierta de tatuajes. Ella era más un tatuaje que otra cosa. Su voz resonaba y silenciaba a la multitud enfurecida, que estaba pendiente de cada una de sus

palabras. Ruby notó que la mayoría de los presentes, incluida la mujer, habían estado entre el público del festival en el momento de los ataques.

El Doctor pasó junto a ella para dirigirse a la multitud.

—Oigan, oigan, oigan, ¿qué está pasando? —le preguntó a la líder con una sonrisa amistosa y en un tono que debió haber diseñado específicamente para calmar situaciones intensas.

La mujer se volvió hacia él, lo miró de arriba abajo y volvió a centrar su atención en los manifestantes. El Doctor se quedó boquiabierto, incrédulo, y Ruby no podía culparlo. Normalmente, la gente le contaba todo; tenía una de esas caras. Los genios malvados no podían evitarlo: simplemente soltaban sus planes completos, a veces sin que él siquiera les preguntara.

—Durante demasiado tiempo, el pueblo yewano ha sufrido en silencio mientras los “de alta cuna” disfrutaban a sus expensas—dijo la mujer—. ¡Y ahora los Jardines son un santuario para quienes atacan al pueblo yewano en la tierra yewana! ¡Decimos que se acabó! ¡Viviremos en la nueva era de la liberación violenta!

El Doctor aguzó el oído.

—Liberación violenta, lo entiendo. ¡Excelente! ¿Qué tal si...?

Otra mujer amazónica dio un paso adelante, lo único que se interponía entre los manifestantes y los Jardines del complejo.

—Fala—dijo con voz suave—, si no te vas, Sabes lo que sucederá y sabes que no se puede detener una vez activado.

Fala se apartó rápidamente de sus seguidores para enfrentarse a ella.

—¡Y tú! No me hagas hablar de ti, Mya. Trabajas para ellos. Sabemos que los Bia están aquí y que vienen más por los Ijoa. Saca a los fugitivos para que se enfrenten a la justicia o entraremos y nos vengaremos. Respiramos aire reciclado y no podemos ofrecer sacrificios a los antepasados en el santuario interior. No podemos curar a los enfermos, pero eso te parece bien porque al menos los hombres ricos pueden tomar una sauna y bañarse en nuestra leche y miel.

Mya sacudió la cabeza, aparentemente decepcionada.

—Fala, por favor, tengo que advertirte...

—Mya, tengo que advertirte yo a ti—Fala echó los hombros hacia atrás, sacó pecho y dio un paso adelante. Ante este movimiento, el resto de los Marcados a Fuego se pusieron firmes. Aunque parecían un grupo heterogéneo, en su mayoría se movían con precisión y dirección.

Mya dio un paso adelante y miró a Fala a los ojos. Al mirarlos, su expresión de resistencia cambió y una mirada de compasión se desvaneció. Puso su mano sobre la mejilla de Fala, acunando su rostro con suavidad.

—Has cambiado. ¿Qué te ha pasado?

Fala, impasible, apartó la mano de Mya de su rostro.

—Soy hija de mi entorno. Saquen a los paganos o los tomaremos por la fuerza.

—No lo repetiré dos veces, Fala. Los Bia que buscas no están aquí.

—¿Podría intervenir...? —una vez más, antes de que el Doctor pudiera terminar su frase, Fala se había retirado y había regresado con sus seguidores. Entonces comenzó el tamborileo. Rítmico, pulsante, urgente.

Ruby podía sentir un cambio de energía mientras los cánticos de Marcados a Fuego acompañaban a los tambores. El ritmo seguía creciendo, alimentado por la frustración, la ira y la esperanza. Sostenido por la solidaridad. Había una sensación de urgencia y determinación, una atmósfera eléctrica palpitando. Ruby se sentó, su cabeza se agitaba con oleadas de emoción. Emociones que eran suyas, pero al mismo tiempo no eran suyas. Este lugar estaba jugando seriamente con su cabeza.

El Doctor corrió a su lado con una expresión de preocupación en su rostro.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ruby lo miró mientras él ponía su mano sobre su hombro.

—¡Guau!

—¿Qué?

—Es solo que... ¿estás bien? Es como... bueno, es raro.

No sabía cómo lo sabía ni cómo decírselo, pero podía sentir el sabor de su culpa. Era un sabor a roble, maduro y amargo. Se chasqueó la lengua contra el paladar, tratando de apartar el sabor de la antigua culpa. Lo miró a los ojos y sintió un escozor detrás de los

suyos. Esta culpa la había dejado obsoleta hacía mucho tiempo y podía sentir cuánto pesaba sobre él. Mejor no, pensó antes de apartarse suavemente.

Cuando rompió el contacto, se sintió mucho más ligera, ya no compartía sus sentimientos.

—No te preocupes por mí—dijo—. ¡Resuelve esto!

El Doctor se tomó un momento para evaluar su entorno. Desde que había aterrizado en Yewa, se había sentido un poco a la defensiva, un paso atrás, y la verdad era que lo disfrutaba. Por eso viajaba, para sorprenderse, para ser tomado por sorpresa. Le encantaba la complejidad de todo. Lo hacía sentir cálido, como una sopa caliente en un día frío. Apretó los pies en los zapatos, enderezó la espalda y frunció los labios.

—¡Hola, hola! —gritó, cortando todo el ruido. Se detuvo en un instante—. Soy el Doctor. ¡Que seáis bendecidos y altamente favorecidos por los Jardines de Kubuntu y coronados con la luz del sol de vuestros antepasados! —sonrió y levantó la mano, doblando el pulgar como Mo le había mostrado antes. Después de responder apropiadamente al unísono, Fala, Marcados a Fuego y Mya también levantaron las manos.

—¡Maravilloso! Ahora, me gusta la liberación, soy un gran fanático de ella, de hecho, he hecho bastante por liberarme, pero la violencia, la violencia no es lo mío. Ahora vosotros, los Yewanos. Sois todos un solo pueblo, vuestra cultura es vibrante y vívida. ¡Tan vívida! La alegría contenida en esta tierra me ha dado sinestesia—suspiró aliviado. Había vuelto, procesando con normalidad... bueno, casi—. Sí. Todos mis sentidos se han activado al unísono. De hecho, puedo saborear los sentimientos. ¿Qué es eso? ¿Telequinesis empática intensificada por la topografía cristalina del planeta que crea un circuito de retroalimentación a través de las sinapsis que conectan el tacto, el gusto, el olfato, la vista y el oído? Oh... intensificada por la proximidad a los Jardines tal vez, el centro de la vida en Yewa—se descubrió a sí mismo en una posición neutral con Mya y los Jardines a su derecha y Fala, Ruby y los Marcados a Fuego a su izquierda.

Todos lo seguían mirando. Bien. Mientras lo mirasen, no se atacarían entre sí. Todavía no.

—He vivido mucho tiempo, muchísimo tiempo, y lo he visto todo. Millones de comienzos y finales. Y esta situación acaba de una manera. La violencia sólo conduce a más violencia, y todo esto quedará destruido—señaló la belleza de los jardines que tenía

ante sí—. El medio ambiente es una víctima olvidada de la guerra. Ahora, estoy seguro de que todos queremos una resolución pacífica de este conflicto...

Fala se burló.

—La “Paz” es la propaganda de nuestros opresores. Queremos libertad, queremos justicia —dijo, rompiendo filas una vez más para invadir el perímetro del Jardín—. Mya, si no dejas de albergar a esos fugitivos, no nos dejas otra opción. La violencia es el único lenguaje que entienden. Acaban de atacar el Kaloa, el festival sagrado. Justo ahora, Mya. Han rodeado a tu preciosa Nazari como hienas. ¿Y quieres albergar a más de ellos?

El Doctor pensó en hacer un chiste sobre *El Rey León* para aligerar el ambiente. Momento y lugar, Doctor, momento y lugar.

Mya estaba furiosa.

—Si haces esto, Fala, provocarás una guerra. ¿Es eso lo que quieres? ¿Manchas de sangre diplomática? ¿Has consultado a tus antepasados? ¿Eso los haría sentir orgullosos?

La expresión desafiante de Fala se convirtió en una de furia pura. Escupió a los pies de Mya.

—No te atrevas. Mis... antepasados sufrieron a manos de los Bia durante muchas generaciones.

Mya suspiró.

—Ningún planeta puede permitirse esto. Te aseguro que los atacantes que buscas no están aquí...

—¡Destruiré este lugar hasta los cimientos para obtener la justicia que quiero! —gritó Fala.

El Doctor se acercó a Fala con cautela. No sabía qué pensar de ella. ¿Cuánto daño podría hacer una persona con un ejército de veinte? Podía ver mucho de sí mismo en Fala, su sentido de convicción moral, su moralismo, su rabia. Sabía que cualquier daño era demasiado y sabía cómo terminaba esta historia y no quería volver a vivirla.

—Hablemos—dijo—. Dime exactamente lo que quieres. Tiene que haber una manera de resolver esto sin derramamiento de sangre.

—Muéstramelo —exigió Fala—. ¡Muéstramelo, Doctor!

El Doctor estaba helado hasta los huesos. Sintió su furia. Era al rojo vivo y lo abrumó con un frío paradójico. Algo había cambiado de nuevo. Estaba más que acostumbrado a tener un sentido de conciencia agudizado y su defecto era absorber voluntariamente todos los detalles de su entorno. Pero hoy había una hipersensibilidad incluso a lo intangible que se convirtió en una distracción. Había tanto ruido, tanta sensación, tanta textura.

—No nos moverán—afirmó Fala desafiante.

RAT-A-TAT-TAT, RAT-A-TAT-TAT, RAT-A-TAT-TAT. Los tambores empezaron a sonar de nuevo.

Desde atrás, un joven manifestante yewano gritó:

—Moriré antes de que me muevan.

El Doctor reconoció al recién llegado.

—Mo —suspiró Ruby mientras los yewanos se abrían paso entre las fuerzas fortificadas de los Marcados a Fuego y disparaban un arma al cielo.

—¡Moriré antes de que me muevan! —gritó de nuevo.

Por primera vez, la temperatura del aire coincidía con la apariencia gélida del planeta que los rodeaba. Ruby miró hacia abajo: podía ver su aliento. Observó cómo el vapor salía de su boca y cómo las moléculas disminuían su velocidad y se acercaban para formar diminutos cristales de hielo.

—¿Qué demonios? —murmuró para sí misma.

De repente, del éter aparecieron tres criaturas malévolas y espectrales, envueltas en oscuridad.

—¿Veis lo que habéis hecho? —gritó Mya—. ¡Sabes que no se puede detener a los Espectros! ¡Corre! ¡Corred ahora!

Etéreas y fantasmales, las figuras sombrías de los Espectros pasaban desapareciendo en una neblina negra y reapareciendo en otro lugar en un instante. Cada nueva aparición iba acompañada de susurros escalofriantes en un idioma antiguo que Ruby no podía descifrar, lo que seguramente significaba que la TARDIS tampoco podía descifrarlo.

Ella tenía una abrumadora sensación de peligro y saltó para correr hacia el Doctor,

pero fue confrontada por una de las figuras, deteniéndola en seco.

Ruby se obligó a moverse, pero no pudo. Sus piernas no le permitían moverse.

Un millón de despedidas no dichas pasaron por su cabeza en los segundos que tardó el Espectro en comunicarse con ella.

Ruby sintió dolores punzantes en la parte baja de la espalda y en las palmas de las manos. Estaba en el suelo. Alguien la había salvado, empujándola para que no corriera peligro. Levantó la vista y vio a Mo de pie frente al Espectro. Extendió los brazos en señal de aceptación de su destino y sonrió.

—Me convierto en mis antepasados.

Ruby observó impotente cómo el dedo largo y extendido del Espectro tocaba la frente de Mo. El proceso duró un segundo, pero Ruby de alguna manera experimentó cada detalle grotesco como si le estuviera sucediendo a ella.

Primero, sintió que todo el color de su cuerpo se drenaba, sus tatuajes desaparecían y su piel, una vez naranja vibrante, se volvía pálida por la deshidratación.

Entonces sintió que los tejidos de su cuerpo se encogían violentamente y colapsaban sobre sí mismos.

Ruby se puso de pie de un salto justo cuando el Espectro se giró para mirarla de nuevo.

—¡Ruby! ¡Por aquí! —gritó el Doctor, intentando abrirse paso entre la tormenta de manifestantes. Pero ahora, rayos láser blancos atravesaban el aire mientras los manifestantes abrían fuego contra los Espectros. Al no encontrar la manera de atravesar la tormenta de fuego láser, se volvió hacia Mya—. ¡Apagad a los Espectros! ¡Apagadlos ahora mismo!

—¡No puedo, las defensas están automatizadas! —Mya se retorció las manos—. Se activan cuando detectan cualquier amenaza violenta a los Jardines. ¡Ese joven las ha activado cuando disparó su fáser!

El Doctor sacó su destornillador sónico y apuntó al cielo, intentando bloquear la frecuencia del sistema de seguridad.

Nada.

Lo intentó de nuevo, decidido a no perder a su amiga. Intentó bloquear la frecuencia

de las armas de los Marcados a Fuego, con la esperanza de protegerla de un fuego cruzado involuntario.

—No puedo solucionarlo—murmuró, golpeando el dispositivo contra su mano con frustración.

Ruby ahora estaba cara a cara con un Espectro.

Justo cuando su dedo extendido tocó la frente de Ruby, Fala la agarró de la mano, se la llevó y le disparó al Espectro de un solo golpe. Desapareció en la niebla y luego reapareció detrás del Doctor.

Lo sintió detrás de él y se giró para mirarlo. El espectro no tenía rasgos faciales visibles; era como mirar fijamente un agujero negro.

Vacío. Sin luz, sin vida, sin nada.

—¡No me gusta este comportamiento! —le dijo el Doctor al Espectro mientras su largo dedo huesudo se dirigía hacia su frente—. ¿Por qué no puedo encontrarte? ¿Por qué el sistema del destornillador sónico no puede reconocerte? Hay tanto ruido...

El Espectro pareció dudar. Bajó el dedo y abrió su mortaja, envolviendo al Doctor y a Mya. El Doctor cerró los ojos.

Cuando los abrió de nuevo, Mya y él estaban detrás de las puertas del complejo. Sintió calor... Un teletransporte térmico, pensó para sí mismo. Extraño, pero no había tiempo para eso ahora.

Se quedó mirando a través de las puertas mientras el caos que se desataba más allá continuaba. Fala estaba señalando a Ruby.

—¡Llévala!

Con precisión militar, los seguidores de Fala formaron un círculo protector alrededor de Ruby y dispararon a los Espectros cuando aparecían y desaparecían a una velocidad increíble. Fala le dio un golpe en el costado a uno y este se derrumbó frente a ellos.

De inmediato, los espectros restantes se detuvieron, se fijaron firmemente en la realidad y luego se dividieron en dos. Ahora eran cuatro los que rodeaban a Ruby, Fala y sus seguidores. Uno por uno, abrieron sus mortajas y echaron la cabeza hacia atrás.

—¡Cúbrete los oídos! —ordenó Fala. Sin dudarlo, sus seguidores lo hicieron. Se volvió hacia Ruby y repitió con énfasis: —¡Cúbrete los oídos!

Ruby obedeció justo a tiempo. Un chillido ensordecedor de alta frecuencia comenzó a resonar entre los Espectros.

Impotente, el Doctor observó cómo resonaban gritos torturados de Ruby y el resto de los manifestantes.

—¡Ruby! —gritó, tirando desesperadamente de las puertas de metal una y otra vez. Ruby se retorció de dolor. No podía hacer nada.

Vio que Fala agarraba a Ruby por la cintura y la acercaba. Ella sostenía algo, un pequeño disco. Lo presionó y apareció un agujero debajo de ellas. ¡Vuuu! En un instante, Ruby y Fala desaparecieron a través del hielo. Uno por uno, los demás manifestantes siguieron su ejemplo, desapareciendo a través de portales en el suelo.

Deben ser teletransportes, pensó el Doctor. Transportadores de corto alcance que llevan a Ruby... ¿adónde?

De nuevo, tiró de las puertas, deseando que se abrieran con todas sus fuerzas. No se movieron, y se volvió hacia Mya.

—¡Ábrelas, ábrelas ahora mismo!

—Lo siento, Doctor, no está en mis manos. Las puertas están bloqueadas después de que se activaron los sistemas de los Espectros. Todo el perímetro del complejo está bloqueado.

Se giró para encarar al espectro que los había llevado a él y a Mya detrás de las puertas.

—¡Traed a Ruby de vuelta! —exigió.

El Espectro, con su rostro, si es que tenía uno, perdido en la sombra, se rio del Doctor. Podía oírlo en su mente, no en sus oídos; una forma de risa telepática que se saltaba su cóclea y se instalaba directamente en su conciencia. Se burlaba de él y lo aturdía. El Doctor apretó los dientes. Su cerebro racional sabía que el Espectro no se había llevado a Ruby; había visto a Fala rescatarla. Aun así, su instinto le decía que ellos eran los culpables. Y ahí estaba de nuevo, esa sinestesia. Podía saborear sus sentimientos: estaba enfadado, asustado, culpable, pero al mismo tiempo se sentía relajado, protegido, cálido y seguro. La paradoja de las emociones lo frustraba aún más.

—No, no, no. Mi amiga acaba de ser secuestrado, y tú estás... ¿riendo? —dijo un paso hacia el Espectro. Desapareció y se unió al resto del otro lado.

—Hoy me habéis convertido en un enemigo—les informó el Doctor—. Voy a encontrar a mi amiga y luego volveré por todos vosotros—los Espectros observaron al Doctor. por un momento y luego desapareció, desvaneciéndose en serie en una niebla oscura y luego en el aire.

Mya se acercó al Doctor.

—Son sistemas automatizados, ¿sabes? No pueden reírse ni siquiera oírte...

El Doctor la ignoró y comenzó a caminar hacia la entrada del complejo. El camino estaba bordeado de varias parcelas pertenecientes a diferentes ecosistemas, plantas raras y exóticas que prosperaban en climas distintos. La tundra, el desierto, la selva tropical... y esto era solo la planta baja. La ingeniería científica que se debe requerir para regular ecosistemas tan diferentes en una proximidad tan cercana era realmente asombrosa, pero el Doctor sabía que tenía que concentrarse.

—Conoces a Fala. ¿Adónde habría llevado a Ruby? —exigió.

—Estará a salvo con Fala —dijo Mya—. Créeme, no lastimaría a una inocente...

—¿Una inocente? ¡Ésta es la Fala que clama por una “liberación violenta”! —dos grandes puertas de cristal le impedían el paso al Doctor, pero con un movimiento de su destornillador sónico las abrió al instante—. Típico —dijo—. ¿Están bajo una frecuencia diferente?

Mya asintió.

—Estas puertas son nuevas, tienen una semana aproximadamente. Aún no han sido conectadas a los sistemas de seguridad.

Las puertas se abrieron para revelar un opulento vestíbulo circular adornado con una sorprendente combinación de detalles en blanco, morado y dorado. El piso brillaba con baldosas de mármol pulido en tonos marfil y crema, que reflejaban sutilmente el brillo del gran candelabro del techo. Fabricado con brillantes diamantes blancos y accesorios bañados en oro, el candelabro proyecta una luz cálida y acogedora en todo el espacio.

Alrededor de la circunferencia de la habitación, unos lujosos muebles en ricos tonos del característico morado oscuro yewano (sillones y sofás tapizados en terciopelo) rodeaban mesas de café con cubierta de mármol que albergaban delicadas esculturas de cristal y arreglos florales frescos en opulentos jarrones.

Detrás del escritorio había dos Espectros más, flotando inactivos.

Al verlos, el Doctor dudó.

—¿Por qué no me habéis matado? —exigió. Luego se detuvo; estos Espectros eran diferentes, idénticos en forma, pero blancos con detalles dorados. Sus capuchas albergaban un vacío blanco sin rostro de luz brillante interminable.

Cuando Mya se unió a ellos detrás del escritorio, desaparecieron en una nube de humo blanco.

—Esos eran espectros latentes —dijo—. Solo aparecen cuando no hay nadie en el mostrador de servicio. Básicamente son proyecciones, Doctor.

—Esas proyecciones estaban dañando a la gente. ¡Matando a la gente! Y la culpa es tuya.

—He tratado de detener a Fala, pero no he podido detener a los Espectros...— parecía dolida pero casi en blanco, como hacen los profesores cansados cuando la disciplina en clase está fuera de su control y no les importa. En ese momento, el Doctor vio a una mujer que solo estaba tratando de hacer su trabajo y pensó que no era mejor hacerle las cosas más difíciles.

—Lo siento —dijo con más calma—. No soy yo el que culpa y avergüenza a los demás. Me siento... indispuerto, ¿sabes?

—Estás sintiendo algo que pertenece a otra persona —dijo Mya suavemente—. Verás, todos los yewanos estamos conectados. Somos una raza telepática. Cuando morimos, nuestros cuerpos se desintegran en cristal y nuestras emociones y recuerdos se conservan en el hielo. Todo lo que alguna vez existió o existe actualmente en Yewa siempre permanece, y nos conecta entre nosotros y con nuestro planeta. Mientras estoy frente a ti, una vez fui el suelo que yace bajo tus pies.

Aunque el Doctor apreciaba sinceramente la belleza del sentimiento, eso no le hacía las cosas más fáciles a su cerebro. Había demasiadas voces, demasiados sentimientos.

—Supongo que cuesta un poco acostumbrarse.

—Nos enseñan desde que nacemos a afinar nuestros sentidos —dijo Mya, tecleando en el monitor que había detrás del escritorio. El Doctor la observó mientras cambiaba lentamente al modo de atención al cliente, sonriendo con demasiado entusiasmo mientras se volvía para mirarlo—. Estaremos encerrados durante al menos una hora, pero te aseguro que ella debería estar a salvo con mi hermana.

—¿Tu hermana?

—Permíteme presentarme de manera más formal. Soy Mya, Guardiana de los Jardines Sagrados de Kubuntu, nuestro antepasado original. Fala es mi gemela—sacó un escáner y lo apuntó al Doctor—. Ah, un Señor del Tiempo. En nuestros muchos años, nunca hemos tenido un Señor del Tiempo descansando con nosotros. ¡Bienvenido! —inclinó la cabeza—. Los Espectros estaban intentando protegerte, no matarte. Son un sistema arcaico diseñado para proteger los Jardines y a sus invitados. Debido a tu exaltado estatus como Señor del Tiempo, deben de haber asumido que estabas descansando con nosotros—volvió a mirar su holopantalla—. ¡Oh! ¡Estás descansando con nosotros! He encontrado tu reserva: el Doctor y Ruby Sunday. Ten la seguridad de que te compensaré por completo por las molestias de perder a tu compañera y le pediré a nuestro personal que se ponga en contacto con los Marcados a Fuego.

—Necesito echarles un vistazo a vuestros sistemas —dijo el Doctor, sacando el viejo y fiel papel psíquico—. No soy solo un Señor del Tiempo. También soy el Señor de la Junta Intergaláctica de Inspectores de Hoteles —dijo con máxima autoridad y convicción—. Supongo que Ruby ha sido llevada a las catacumbas y necesito encontrar un punto de acceso.

La expresión de servicio al cliente de Mya cambió y volvió a ser la misma, cálida y reconfortante:

—Doctor, ese papel está en blanco.

—¿En blanco? Ah, sí, bueno. Supongo que las especies telepáticas y el papel psíquico no son una buena combinación—señaló el tarjetero encuadernado en cuero con un dedo regañador—. Arréglate.

—No hay necesidad de engaños aquí. Estoy más que dispuesta a ayudarte a encontrar a tu amiga. Eres un invitado aquí y te proporcionaré todo lo que desees.

El Doctor se relajó un poco.

—Como dije —continuó Mya—, estaremos encerrados durante un mínimo de una hora y los Espectros no te dejarán salir del edificio—. Mya salió de detrás del escritorio y le ofreció una pastilla—. Un dulce de cortesía. Para tu estrés, Doctor. Te ayudará a escuchar tu propia voz.

—Gracias —dijo mientras se lo ponía en la boca—. Dame veinte minutos y un par de

galletas y apuesto a que puedo redireccionar los sistemas.

—Haré que alguien te muestre la base de seguridad, pero me temo que no servirá de mucho. No hay acceso a las catacumbas desde los Jardines. La propia Kubuntu así lo quiso. Dijo que los cuerpos de los muertos no debían entrar en contacto con las plantas, un símbolo de los vivos. Los Espectros son tan antiguos como los Jardines. Estaban aquí antes que yo y permanecerán aquí cuando me convierta en mis antepasados. Son seres sensibles y funcionan de forma independiente a los sistemas del complejo que se instalaron justo antes de la construcción del hotel. Te aseguro que no hay ninguna conexión.

—Hmm... No estoy muy seguro de eso. Aun así, me gustaría comprobar los sistemas.

—Por supuesto, Doctor. Cuando se levante el confinamiento, los sistemas de seguridad estarán disponibles. Mientras tanto, te doy mi palabra de que Ruby Sunday está a salvo con Fala.

Mya le entregó al Doctor la llave de su habitación y luego hizo señas a un botones que pasaba por allí llamado Fran. Se mantuvo erguido, aunque su altura se debía principalmente a su torso, mientras que la mayoría de los yewanos que el Doctor había visto tenían piernas largas. Fran se acercó arrastrando los pies torpemente, como si caminar requiriera pensar deliberadamente en cada paso: levantaba un pie, lo movía hacia adelante y lo colocaba con cuidado en el suelo.

—Fran, lleva al Doctor a su habitación y luego a la base de seguridad del resort tan pronto como se levante el confinamiento.

Fran sonrió y asintió.

—Por aquí, señor.

El Doctor lo siguió hasta el ascensor de cristal que se encontraba en el centro del vestíbulo. Se rio para sí mismo y luego decidió no hacer sus comentarios hilarantes sobre los ríos de chocolate y los Oompa Loompas, ya que estaba bastante seguro de que no se traducirían.

Mientras él y Fran ascendían, el Doctor pudo ver las piscinas comunitarias y se dio cuenta de que había una importante población de Bia. De hecho, se dio cuenta de que todos eran Bia. Tal vez Fala tenía razón: los atacantes de antes bien podrían haber

estado escondidos en el complejo turístico.

Los jardines de Kubuntu eran verdaderamente un paraíso opulento. Se quedó pensando en la arquitectura interior, diseñada con meticulosa atención a los detalles. El complejo se integraba a la perfección con la belleza natural de los jardines y, posteriormente, con el resto de Yewa. Las vistas eran impresionantes.

El Doctor se hizo una promesa a sí mismo: una vez que encontrara a Ruby a salvo, ambos volverían a subir a ese ascensor y disfrutarían adecuadamente de la serenidad de ese magnífico escenario.

—Nuestro objetivo es sumergir a nuestros huéspedes en un mundo de comodidad, sofisticación y placer incomparables—dijo Fran de repente, como si acabara de recordar cómo hablar. Continuó, como si estuviera citando secciones del manual del empleado bajo presión—. Desde el momento en que un huésped llega, se ve envuelto en un ambiente de exclusividad y servicio exquisito.

El Doctor se volvió hacia Fran, que sudaba profusamente. Los bordes de sus tatuajes parecían en carne viva.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—No pasa nada, señor—Fran permaneció encorvado, gimiendo de dolor.

—Fran, no te ofendas, pero no tienes buen aspecto. Tienes mal aspecto. Vete a casa, necesitas descansar o algo.

—Pasa todo el tiempo cuando llegan nuevos tatuajes, estaré bien—después de unos momentos, logró sonreír mientras enderezaba la columna, en un intento de parecer normal—. A cada huésped se le asigna un botones personal que lo atiende de pies y manos, señor. No puedo irme a casa, todavía no.

—¡Te daré una propina equivalente al salario del día si te vas a casa ahora!

Fran simplemente negó con la cabeza, bajó del ascensor en el piso superior y guio al Doctor a su habitación.

Al entrar, el Doctor se detuvo enseguida en la puerta. La suite era amplia, decorada con lujo, sábanas de alta densidad de hilos y tecnología de vanguardia.

El Doctor se rio entre dientes mientras entraba y exclamó:

—¡Esto no se detiene! —inspeccionó la habitación, señalando sus sienes—. Sistema

traductor universal, ¡lo entiendo, no lo necesito! —sus ojos escanearon la habitación holográfica y el panel de control del climatizador con aprobación—. Habitación holográfica y panel de control del climatizador, muy agradables de verdad—siguió adelante, encantado—. Sistema de entretenimiento de realidad virtual y una cama antimavitatoria, ¡eso sí que es lo que buscaba!

Su asombro creció cuando notó la piscina privada afuera, conectada a un río que serpenteaba a través de los jardines a través de un enorme tobogán de agua.

—¡A Ruby le va a encantar esto!

—Vuelvo a buscarlo en un momento, señor.

—Pensaba que íbamos a los sistemas de seguridad —dijo el Doctor.

—Lo haremos, señor. Si tan solo espera aquí, señor, regresaré en cuanto se levante el confinamiento. Les pedimos a todos nuestros huéspedes premium que esperen en sus habitaciones o en el salón exclusivo hasta que terminemos nuestra sesión informativa.

El Doctor sabía que cada momento que pasaba esperando a que Mya o Fran se pusieran de acuerdo ponía a Ruby en mayor peligro. Abrió la boca como para discutir, pero cuando vio que Fran seguía sufriendo, dejó que sus mejillas se suavizaran en una sonrisa.

—No pasa nada en absoluto.

Observó cómo Fran se alejaba incómodamente. Luego, después de esperar un minuto, el Doctor caminó a lo largo del pasillo de regreso al ascensor. Solo tenía dos botones: el ático y el vestíbulo. El Doctor intentó regresar al vestíbulo, pero el ascensor estaba bloqueado, por lo que el destornillador sónico no pudo frustrar la seguridad. Decidió regresar a través de un conjunto de puertas en el otro extremo del pasillo y se encontró en la serenidad suavemente iluminada del salón premium.

Irradiaba elegancia. Decoración elegante, asientos acogedores y obras de arte que parecían moverse suavemente, cada mancha abstracta de color parecía como si estuviéramos viendo células vivas bajo un... microscopio. En la pared del fondo, frente a la vista de la ciudad, se alineaba un bufé gourmet acompañado de decantadores llenos de líquidos de distintos colores y postres decadentes.

El salón era amplio, pero prácticamente desierto. Sus únicos habitantes eran tres hombres Bia que estaban sentados en un rincón alrededor de la chimenea.

—Hola, ¡soy el Doctor!

Dos de los hombres se volvieron hacia él y le sonrieron cálidamente. El primero, Bia, era un hombre fornido, con bigote y un kimono de satén inspirado en un pavo real. Se presentó con pereza:

—Soy Bia Can, él es Bia Toh—señaló distraídamente a un hombre igualmente fornido que se había quedado dormido en una tumbona—. Somos los grandes visires de la Alta Corte de Bia. Este es Su Alteza...

Antes de que pudiera terminar su frase, el hombre Bia en el medio saltó, agarró un vaso y lo empujó con fuerza en la mano del Doctor con una sonrisa.

—Soy Lori, Príncipe de Bia, y tú eres el Doctor, Señor del Tiempo. Tómate un trago, amigo—le tendió una mano, adornada con un anillo de piedra lunar perfecto en un dedo. El Doctor le estrechó la mano a Lori y luego giró la mano para verla mejor.

—Oh, son hermosos.

—Una reliquia familiar —dijo Lori, sonriendo, admirando sus propios dedos.

El Doctor sonrió. Lori era un joven apuesto y robusto, lleno de luz. Era un poco *friki*, pero de una manera adorable. Alto, de hombros anchos, pero de alguna manera un poco larguirucho también. Su sonrisa le recordaba al Doctor la suya propia, descarada pero reconfortante.

—Has oído hablar de mí —dijo el Doctor, medio coqueteando.

—¿Que si he oído hablar de ti? ¡Amigo mío, soy tu mayor fan! Eras mi asignatura optativa en la universidad en Bia—Lori no pudo evitarlo y abrazó al Doctor. Él se agarró tan fuerte que el Doctor se preguntó si también lo rodearía con sus piernas, como un koala en un árbol. Finalmente, Lori lo soltó, sonrojándose con una leve vergüenza por la intensidad de su momento de fan—. Lo siento, es solo que nadie me va a creer en casa cuando les diga que he conocido al Doctor. Ven a sentarte, tómate una copa.

El Doctor miró el vaso que tenía en la mano.

—Realmente tengo que irme y no bebo mucho —dijo con cautela, sin querer ofender a Su Alteza, pero igualmente recordando que lo último que había consumido en Yewa todavía lo hacía oír colores y saborear pensamientos.

—¡Pues no tienes por qué beberlo! —Lori agarró el dedo índice del Doctor y lo

introdujo en la bebida. En un instante el líquido desapareció, absorbido por el dedo. Bia Can hizo lo mismo.

—Ven a sentarte —repitió Lori con entusiasmo.

Sin pensarlo mucho, el Doctor se sentó. Lori, llena de un afán ligeramente obsesivo por aprender, se inclinó hacia el Doctor.

—He leído todo sobre ti. Eras mi superhéroe favorito de niño.

El Doctor se rio involuntariamente. Nunca se había considerado un superhéroe y había hecho muchas cosas.

—Soy sólo un viajero que está aquí para descansar un poco—respondió humildemente.

Bia Can se acomodó aún más en su asiento.

—Ah, así que tú también has venido a jubilarte.

—Muy bien —dijo Bia Toh con tono amable, todavía medio dormido. Acababa de despertarse de su siesta y se movió para encontrar otra posición cómoda en su silla—. Tiene mucho sentido. Nosotros también nos jubilamos hace algunos años—bostezó.

—Ah, ¿es así?

—En Bia éramos señores supremos. Un trabajo agotador —continuó Bia Can. El Doctor debió de poner cara de desaprobación porque los tres hombres se animaron para aclarar—. No señores supremos malos, sino buenos. No nos mires así, ¡éramos líderes benévolos!

—No es que nada de eso les importe. Son unos ingratos todos —se quejó Bia Toh.

Lori se puso de pie para intervenir, temiendo que sus asesores no se hubieran presentado de la mejor manera.

—Están en una especie de “retiro forzoso”. Cuidaron de la gente y, en cierto modo...

—Se volvieron contra nosotros—gimió Bia Toh.

Lori aclaró:

—No, simplemente ya no os necesitaban. Los Bia, como los yewanos, son una raza telepática. Nuestra gente alzaba la voz para decirnos lo que necesitaban. Y ahora... no

oímos nada—Lori parecía triste y, por primera vez, la luz esperanzadora que brillaba en su sonrisa desapareció.

—Ahora, abandonados a nuestra suerte, descansaremos en los Jardines como los comedores de loto de la antigua Tierra—dijo Bia Toh.

—¡Nos estamos perdiendo! —volvió a quejarse Bia Can.

Lori se acercó al Doctor y se sentó más cerca de él.

—Vamos, amigos, mucha gente mataría por no tener que trabajar. Sed agradecidos a vuestros antepasados. Habéis cumplido con vuestro propósito y lo habéis cumplido bien.

—Estoy seguro de que hay gente en Yewa que podría necesitar vuestra ayuda—dijo el Doctor—. Tal vez sólo necesitéis cambiar la frecuencia en la que escucháis.

Bia Toh y Bia Can se incorporaron un poco. Era evidente que nunca habían pensado en eso.

Lori sonrió.

—Se lo diré a Nazari hoy durante el almuerzo. Le va a encantar.

¿Nazari? Ese nombre le sonaba al Doctor, pero no lograba identificarlo.

—¿Quién es Nazari?

—Ella es mi *taiwina*. Algo así como una llama gemela.

El Doctor tomó otro sorbo distraídamente. Tenía una pregunta más, pero cuando dejó su bebida ya la había olvidado.

Lori continuó:

—Mi llama gemela, en un sentido más fraternal. Los núcleos de nuestros dos planetas nacieron de la misma supernova, y ambos somos descendientes directos de esos núcleos. En nuestra biblioteca más antigua, hay una antigua ceremonia de unión: la ljoa. Se supone que debe suceder todos los años y está profetizado que traerá prosperidad a nuestras dos naciones. No ha sucedido en años, pero Nazari y yo hemos decidido recuperarla. Por la cultura.

—Ah, sí. He oído la historia en el mercado hace un rato. ¿Por qué habéis tardado tanto?

—Nadie lo sabe, en realidad. Bueno, eso es lo que pasa cuando tu cultura se rige por un cuento popular, una historia—se rio Lori—. Los Bia se guían por pruebas científicas, mientras que nuestros homólogos yewanos son un poco más de canto y danza.

Ahí estaba otra vez esa apatía por saber. El Doctor abrió la boca para presionar en busca de una respuesta, pero sintió que el deseo de saber también lo abandonaba.

Bia Can se incorporó lentamente.

—La ceremonia Ijoa es la única que comparten nuestras dos culturas, un vínculo que dura toda la vida y que tiene sus raíces en el cuidado mutuo y en el intercambio de prácticas culturales. Los Bia y los yewanos nos renovaremos como una sola nación, fortalecidos en la unidad—hizo una pausa y luego sonrió—. Es más ceremonial que otra cosa, pero brillante para los negocios.

—Es una ceremonia de paz glorificada para turistas y una pérdida de tiempo—dijo Bia Toh—. Lo mejor es el hotel gratuito.

El Doctor empezó a sentirse mal. Señalando su vaso vacío, preguntó:

—¿Qué ha sido eso?

—Agua pura del río Ratehs—Lori le dio un codazo juguetón en las costillas al Doctor—. Se rumorea que elimina todas tus preocupaciones.

—Tiene sentido—el Doctor notó que la sensación de malestar había desaparecido y se sentía tan relajado como cuando llegó por primera vez. Se sentía tan despreocupado que no le importaba demasiado lo que los Bia tuvieran que decir. Sin embargo, decidió ser educado y fingió escuchar de todos modos.

Lori sonrió y se acercó aún más al Doctor.

—La ceremonia se llevará a cabo aquí, en el santuario interior del Jardín. Hemos invitado a embajadores y dignatarios de todo Chimandra. También a algunos antiguos socios comerciales de los Bia. Es bueno para los negocios, como ha dicho Bia Can. Están de camino hacia aquí hoy.

—Mañana, Su Alteza.

—¿Mañana? Aquí el tiempo se nos escapa de las manos, ¿no? —Lori se rio.

—Será un signo de unidad que, con suerte, permitirá restablecer la paz entre

nuestras dos naciones—afirmó Bia Can—. Ha sido una situación delicada durante un par de siglos.

—¿Y luego volveréis con vuestra gente? —preguntó el Doctor.

—La Alta Corte Bia y yo nos quedaremos dos años y medio más—dijo Lori—. La Ijoa es un festival que dura cinco años y mañana es el evento principal. ¡Ya estamos a medio camino!

—De todos modos, en casa no nos espera nada—dijo Bia Can, que se animó un poco—. Aun así, el servicio aquí es impecable, el personal es muy dedicado y se anticipa a todas tus necesidades. Hay servicios de conserjería personalizados, mayordomos privados y chefs de primera clase. No se ha escatimado ningún esfuerzo. ¡Es como tener una copia de mí mismo! —se rio Bia Can.

—Ah, y no me hagas hablar del ambiente que hay aquí, Doctor —dijo Bia Toh—. En casa éramos prácticamente genios. «Haz esto», «Necesitamos aquello», era interminable. Este lugar crea una atmósfera de relajación y refinamiento, donde cada momento se siente como una escapada a un mundo de extravagancia y sofisticación. Un descanso bien merecido, si me preguntas.

El Doctor frunció el ceño. De parecer desorientado, el Bia ahora sonaba como un anuncio ambulante, una versión menos dolorosa del anuncio de Fran.

Lori respondió con una sonrisa:

—Muy merecido, amigos míos. Pero, como ha dicho el Doctor, ahora nos espera un nuevo trabajo aquí.

—Sí, Su Alteza—Bia Can y Bia Toh tomaron otro vaso de agua de Ratehs, brindaron por su líder y metieron los dedos en la bebida.

Lori se levantó para disculparse.

—Nazari odia que llegue tarde —dijo, estrechando la mano del Doctor—. Espero poder ponerme al día con usted, Doctor. Lori se despidió de sus asesores y luego se alejó.

Por fin algo cambió en el Doctor. Había estado sentado allí, discutiendo con Bia mientras Ruby seguía desaparecida.

¿Cómo había podido olvidarlo?

Se puso de pie de un salto.

—Nota para mí: basta de consumo sin sentido. Al menos no sin antes pasarle una mirada sónica—se dio un golpecito en la cabeza en un intento de poner en marcha su cerebro.

¡Eureka! Eso era todo, había vuelto. Escudriñó el salón en busca de la salida que había tomado Lori. Había estado allí mucho más tiempo que él, por lo que probablemente podría indicarle cómo llegar a los sistemas de seguridad o al menos cómo volver al vestíbulo.

Mientras el Doctor se dirigía a la puerta, Bia Can le gritó:

—Pareces tenso, Doctor. Los spas ofrecen tratamientos rejuvenecedores.

—No, gracias —dijo el Doctor, ansioso por no distraerse más.

—¿O tal vez simplemente tienes hambre? ¡Hay restaurantes gourmet en cada piso con la mejor cocina de la galaxia! —sonrió Bia Toh.

—Intenta visitar el centro de ocio; tienen un campo de golf y una playa cubierta —gritó Bia Can, pero el Doctor ya se había ido.

Los hombres se miraron y se encogieron de hombros. Relajarse no era algo para todos.

CAPÍTULO CINCO

A una milla por debajo de la ciudad, en las profundidades de las catacumbas, Ruby se encontraba clavada al suelo, abrumada por una profunda sensación de parálisis. Esa sensación de poder saborear los sentimientos y emociones de otras personas había regresado. Era empalagosamente dulce. Le recordaba un Halloween cuando era niña. Cherry, su abuela, estaba dormida en la cama, y su madre, Carla, estaba fuera. Así que, dejada prácticamente sin supervisión con una bolsa entera de chuches, se las había comido todas.

Ruby podía sentir la tensión en su cuerpo; sus músculos habían comenzado a doler por sostener el peso de su miedo. Sus ojos estaban cerrados de verdad; no se atrevía a abrirlos. Se preguntaba: si lo hacía, ¿se encontraría en el más allá? ¿Existía siquiera una vida después de la muerte? Su siguiente movimiento podría responder a una pregunta de mil millones de años. Todo lo que había pasado con los Espectros fuera de las puertas había sucedido tan rápido que no podía estar segura de si algo de eso era real. Pero sabía que, si abría los ojos, lo que estuviera al otro lado de sus párpados se convertiría en su realidad y no estaba preparada para eso.

De repente, Ruby sintió una sutil sensación de calor en el hombro que le descendió por el torso, la espalda y las piernas.

—Tendrás que abrir los ojos para lo que sigue —dijo Fala mientras quitaba la mano del hombro de Ruby.

Ruby abrió los ojos y encontró al resto de los Marcados a Fuego mirándola.

—Por favor, no me matéis, os prometo que soy buena —suplicó Ruby, y su risa ansiosa intentó ocultar el terror genuino que sentía. Casi como un tic nervioso, Ruby distraídamente levantó el pulgar hacia Fala y los Marcados a Fuego.

Todos inclinaron la cabeza en distintos grados, reflejando la cantidad de confusión que sentían.

—Pensaba que estaba muerta. Supongo que, si hubierais querido matarme, no me habríais protegido, pero dicho esto... Perdón, estoy divagando, gracias por...

—Por el momento, suspenderé tu gratitud —dijo Fala—. A partir de este momento, eres oficialmente un rehén de los Marcados a Fuego.

Ruby tragó saliva.

—Aún tengo que determinar tu utilidad para mi plan —le dijo Fala—. Pero ten por seguro que, si es necesario, utilizaré tu vida para hacer avanzar nuestra causa. Ahora, debemos irnos—Fala hizo una señal a dos de los Marcados a Fuego—. Cogedla. No hay tiempo que perder.

Ruby no se resistió cuando la agarraron de los brazos y los Marcados a Fuego la condujeron tras Fala. Caminaron durante lo que parecieron horas, moviéndose sin problemas por la red laberíntica de estrechos pasillos adornados con marcas jeroglíficas que habían sido talladas en las paredes polvorientas.

Finalmente llegaron a lo que Ruby supuso que debía ser la base de los Marcados a Fuego. Aparentemente excavada en las catacumbas, estaba completamente equipada con dormitorios compartidos, una pequeña cocina y un comedor, e incluso lo que parecía una mesa de ping-pong.

Mientras Fala atendía a sus soldados y organizaba a sus combatientes, Ruby se preguntó si sería posible encontrar el camino de regreso al Doctor, o a la TARDIS, o incluso simplemente a la sonrisa de Tamotah, la amigable vendedora de frutas del mercado.

Se dio cuenta de que había un hueco en la esquina. Estaba repleto de comida, agua y suministros médicos. Uno de los miembros de los Marcados a Fuego presionó un botón en el teclado. Con un crujido como el de huesos rígidos sin usar, los estantes giraron lentamente para revelar un arsenal al otro lado. Pistolas, granadas y otras armas variadas.

—Muy rollo Scooby-Doo —se dijo Ruby.

Se giró para mirar a los yewanos que se habían apiñado bajo la superficie de su planeta. Todos eran muy jóvenes; en promedio, no podían ser mucho mayores que ella. ¿Dónde estaban sus familias?

En ese momento apareció Fala detrás de ella y la hizo saltar.

—Me has dado un susto de muerte—le dijo Ruby.

—Bien.

Ruby no estaba muy segura de si estaba bromeando. Fala nunca sonreía; apenas movía la cara si no estaba hablando. Fala le tendió una bandeja con pan, una pieza de

fruta y una lata de agua.

Por cortesía, Ruby los cogió con una sonrisa, pero decidió no consumir más alimento hasta regresar con el Doctor.

Fala se levantó y se paró sobre una mesa. Sus acompañantes se reunieron a su alrededor mientras hablaba y sus palabras resonaron de manera inquietante en la roca tallada.

—Hoy hemos perdido a un valiente amigo—declamó—. Mo ha sido asesinado en nombre de la liberación. Debemos llorarlo, debemos honrar su memoria, pero también debemos luchar en su nombre y en el nombre de nuestros antepasados. Esta es nuestra última oportunidad. Este es nuestro asalto final. Recordad, los Marcados a Fuego luchan por la libertad de Yewa y no nos callarán. Quemaremos el complejo y todo lo que hay dentro si es necesario. Tenéis vuestras órdenes.

De repente, señaló a Ruby, que hasta ese momento había estado en su lugar, en un rincón, ocupándose de sus asuntos.

—Yo me haré cargo de... la responsabilidad.

—Gracias —dijo Ruby con sarcasmo mientras los Marcados a Fuego se dispersaban. Observó cómo los jóvenes yewanos que la rodeaban empezaban a sacar armas y bolsas de lona de las grietas de las paredes y de debajo de las mesas y las sillas. En ese momento, se dio cuenta de que esa era su vida real, que la lucha y la violencia eran la forma en que existían en su mundo. Se empapó de la incómoda revelación de su extremo privilegio en comparación.

Fala se bajó de la mesa y llamó a algunos de los miembros más jóvenes de los Marcados a Fuego.

—Vosotros os quedaréis aquí. Si algo sale mal, vosotros sois la última esperanza de Yewa.

Luego se volvió hacia un joven que estaba sentado frente a una serie de pantallas y paneles. Ruby pensó que se trataba de algún tipo de centro de control que supervisaba el complejo. En la pantalla, un plano tridimensional de las pirámides invertidas giraba lentamente.

—Ésta es la estrategia final—le dijo Fala.

Ruby no podía oír el plan exacto, pero de alguna manera podía sentir su ritmo, frío y

calculado, a través de los cristales. Observó cómo los esquemas del complejo pasaban por escenario tras escenario de destrucción. En una versión de los hechos, todo el complejo simplemente implosionaba.

El Doctor está ahí y no sabe nada de esto, pensó Ruby.

Algo surgió en ella, desde lo más profundo de sus entrañas: un miedo tan fuerte que deritió todos los demás pensamientos y la hizo concentrarse.

—Fala —dijo—. Por favor. Necesito volver al complejo turístico—Ruby parpadeó y, en el tiempo que tardó en abrir los ojos, estaba presionada contra una pared con un faser en el cuello y Fala elevándose sobre ella. Ruby vio de reojo a tres miembros de Marcados a Fuego que también apuntaban con sus armas en su dirección.

—Oh, estoy segura de que te encantaría —dijo Fala con frialdad—. ¿El lujo? ¿La relajación? —una mueca de desprecio se extendió por su rostro—. Bueno, te llevaré de regreso con tu amigo y luego tú y tu Doctor abandonaréis este planeta de inmediato. Yewa es un lugar solo para yewanos. A partir de hoy, estamos oficialmente cerrados a la galaxia.

Fala se alejó de Ruby, tomó una botella de líquido sujeta a su cinturón y la puso en la mano de Ruby.

Ruby lo miró con sospecha y luego volvió a mirar a Fala. Si Yewa era solo un lugar para yewanos y Fala había prometido que haría lo que fuera para librar a este planeta de intrusos, Ruby pensó que no podía ser demasiado cautelosa.

—No es veneno—Fala puso los ojos en blanco y bebió un trago de agua. Luego señaló con el dedo los sistemas que tenían delante—. Son sistemas de generación de energía, filtración de aire, gestión de residuos; incluso crean recursos sostenibles que replican los Jardines sagrados para la producción de alimentos. Sin embargo, todo es artificial, como en el resto del planeta. Las puertas blindadas y las paredes reforzadas hacen que a veces el aire aquí abajo no se filtre tan bien. Cuesta un poco acostumbrarse, especialmente si no eres yewana. El agua y la comida te ayudarán a aclimatarte.

Fala señaló una silla cercana y animó a Ruby a sentarse. Bebió un sorbo de su propio bidón y se lo pasó a Ruby.

—Mira, no es veneno.

Ruby se lo llevó a los labios. Tenía sed. Mientras bebía, rezó para que no fuera una

repetición de las brochetas de fruta picante de Tamotah. Le hacían sentir como si hubiera estado bailando la conga durante 24 horas seguidas.

—Les avisaremos a los nuestros que están adentro. El Doctor sabrá que estás a salvo y te llevaremos de regreso a él.

El dolor de cabeza de Ruby se evaporó y otra pregunta clara tomó su lugar en su mente:

—¿Por qué el aire fresco no llega al resto de la superficie?

—El complejo debe permanecer a la temperatura perfecta durante todo el año, por lo que regulan los cambios de estaciones y el clima bombeando el exceso a la ciudad y a las catacumbas. El Jardín tiene suficiente oxígeno para sustentar a todo el planeta, pero lo acaparan y almacenan. Luego nos dan los desechos.

—¿Están echando sustancias químicas en el lugar donde descansan los restos de vuestros antepasados? Eso no puede ser correcto. Alguien debería hacer algo... —se interrumpió tímidamente—. Estáis haciendo algo.

Ruby bebió más agua, tratando desesperadamente de diluir el enfermizo sabor dulce que tenía en la boca. No podía evitar pensar en cuántas personas muertas la rodeaban y, solo un poco más importante, en cómo pronto podría convertirse en una de ellas si Fala decidía tener otro cambio de humor. Cuanto más bebía, más fácil se le hacía. No podía cambiar el sabor, pero ahora tenía la capacidad mental para darle un buen uso.

¿Qué haría el Doctor?, pensó. Investigar, conocer a la gente.

—¿Por eso protestáis? —preguntó Ruby—. ¿Por los productos químicos?

Fala se levantó y caminó hacia una pared llena de runas y jeroglíficos antiguos. Mientras hablaba, señalaba las imágenes como si le estuviera contando un cuento a Ruby antes de dormir.

—Los descendientes de Kubuntu, junto con los Guardianes de los Jardines, eran los guardianes originales de este planeta. Esa responsabilidad se ha transmitido de generación en generación y ha recaído en Nazari, así como en mí y en Mya.

—Espera un momento. ¿Eres la heredera de Kubuntu? —preguntó Ruby, esforzándose por seguir el complejo árbol genealógico que tenía frente a ella.

—No. Como gemelas, Mya y yo éramos guardianas conjuntas de los jardines —

respondió Fala—. Nuestros antepasados eran venerados como seres eternos, creados a mano por la propia Kubuntu, y desde el principio de los tiempos caminaban entre la gente. Y lo mismo hacían los Bia. Tú estuviste en el festival antes, así que conoces la historia.

Ruby se había olvidado del mercado; parecía que había pasado mucho tiempo desde entonces.

—Me fui a fundar los Marcados a Fuego cuando me enteré de la verdad—dijo Fala.

Uno a uno, los miembros abandonaron sus preparativos y se unieron a Ruby, hasta que Fala tuvo una audiencia cautiva.

—¿Cuál es la verdad? —preguntó Ruby.

Todos escuchaban con tanta atención y concentración que se podía oír caer un alfiler. Fala señaló otra imagen.

—Con el tiempo, llegaron los Guardianes de otros planetas y se les mostró tal hospitalidad; los yewanos los llevarían a los Jardines de Kubuntu y les ofrecerían sus hierbas y plantas para curar. Torturados por las guerras y el hambre, vendrían a Yewa y los llevarían a las cuevas de cristal y las granjas de diamantes para realinear su energía, les daban buena suerte y abundancia. Los yewanos los bañaban en el río Ratehs y veían cómo se curaban en cuestión de segundos. Allí terminaban los jeroglíficos, descoloridos y borrados por el tiempo—Fala se volvió para mirar a su pueblo y continuó su historia—. Y entonces, un día, hace más de 200 años, nadie sabe cuándo exactamente, los Bia vinieron a buscar a la Ijoa. La hambruna y la sequía habían asolado su planeta; sin embargo, ese año ocurrió un milagro. Los Bia regresaron a su planeta, y la leyenda dice que la ceremonia revitalizó sus tierras. Luego regresaron al año siguiente, y al año siguiente, abusando de la hospitalidad de los yewanos y tomando el control, construyendo un paraíso para ellos mismos en nuestros Jardines sagrados para tener un lugar donde descansar en cada Ijoa. Comenzaron a venir más a menudo, entre ceremonias, cada vez con mayor frecuencia. Invitaban a otras especies que ofrecían regalos como pago por su alojamiento. Ahora los yewanos han perdido el acceso a su propia tierra, lagos cristalinos y manantiales minerales. Todas las plantas de la ciudad se han desperdiciado. El Jardín es nuestra única fuente de vida restante.

—Entonces, ¿así es como planeas recuperarlo? ¿Quemándolo hasta los cimientos? ¿Haciéndolo implosionar? —Ruby miró a los Marcados a Fuego, que ahora ocultaban armas en sus ropas—. ¿De qué servirá todo esto?

—Volveremos a plantar—dijo Fala con indiferencia—. Los apologistas dirán que la restitución de la Ijoa y la reunión de los Dos espíritus en Nazari y Lori fortalecerán la reivindicación de los yewanos sobre Yewa. Pero yo digo que es un acto sacrílego de falsa alianza. Los Bia vendrán en masa y se llevarán todo. Actúan alegremente, pero en realidad son malvados y despiadados. Saquean nuestros jardines y no obtenemos nada a cambio. Todos habéis visto cómo han atacado en el festival. Esta no es la primera vez, y tampoco será la última. Termina hoy.

Fala envió a los Marcados a Fuego de regreso a sus tareas y se sentó junto a Ruby.

—¿Y qué pasa con tu hermana? ¿Qué pasa con todas las personas que quedan atrapadas en el fuego cruzado? —preguntó Ruby.

—Ruby, esta guerra no ha empezado hoy. No he sacado a relucir la idea de la liberación violenta de los átomos. ¡Los Marcados a Fuego llevan años luchando por la justicia! —Fala negó con la cabeza. Su rostro estaba marcado por la melancolía y la virulencia—. Al invitar a más personas que se creen con derecho y se autoproclaman nobles, los yewanos corren el riesgo de perder lo poco que tienen. Convertiremos los Jardines en un símbolo de malestar.

—Entonces nadie querrá venir más y recuperaréis vuestros jardines.

—Cada persona aquí ha sopesado el costo. Yewa les enseña que el significado de la vida es vivir y vivir bien. Pero la calidad de vida ha disminuido y también lo ha hecho el significado mismo de vivir. Puedes saborear la muerte, ¿verdad? Es dulce, ¿no?

Ruby no sabía qué decir, así que no dijo nada. Quería desesperadamente formular un argumento inteligente que... Todo resultó en que todos salieran ganando, tal como lo haría el Doctor. Sin embargo, no pudo evitar simpatizar con Fala. Había estado allí unas horas y había visto el efecto de Bia en los lugareños.

—Una vez que los huéspedes llegan al complejo turístico, nunca se van. Esa es la naturaleza de este planeta. Es una droga que se pega. Ahora el príncipe de Bia desea invitar a las naciones comerciales a una ceremonia sagrada. Si la Ijoa atrae a más razas, corremos el riesgo de extinguirnos. Y ese es el sacrificio: perder algunos arbustos y algunas buenas personas o perder la conexión con la tierra y entre nosotros. Si no podemos acceder a nuestros jardines, todos morirán de todos modos.

—Mira, puede que haya otra manera —dijo Ruby—. Si puedes encontrar al Doctor, confía en él, él...

—Ya te lo he dicho—dijo Fala—, me aseguraré de que vuelvas con tu Doctor. No haré más promesas después de eso.

Ruby asintió. Esa esperanza de salir con vida la impulsaba.

Fala se detuvo, inhaló profundamente y luego fijó sus ojos en los de Ruby, un hermoso abismo. La mayoría de los ojos tenían notas de otros colores, una mota marrón aquí, una mota avellana allá. Pero los de Fala no. Sus iris y pupilas eran del mismo color. Exhaló de una manera que hizo que Ruby se sintiera incómoda.

—Te hago una promesa más. Acabaré con cualquiera que se interponga en mi camino. Cualquiera.

Ruby sabía que estaba hablando de ella. Puede que Fala la hubiera salvado una vez, pero ella se sacrificaría al cien por cien. Ruby intentó ocultar su preocupación, aunque solo fuera para sí misma, pero fue inútil. En realidad, no sabía cómo resultaría infiltrarse en un grupo de justicieros empeñados en lo que parecía un ataque terrorista.

CAPÍTULO SEIS

El Doctor alcanzó a Lori al final del pasillo, justo afuera del salón. Lori estaba parada en un callejón sin salida, aparentemente admirando sus manos, hasta que se giró para mirar al Doctor y lo saludó con los brazos abiertos y una sonrisa de bienvenida.

—Ah, Doctor. ¿Ya me has echado de menos?

Aunque el Doctor lo encontraba encantador, había recuperado algo de concentración y ya no estaba dispuesto a hacer conversaciones triviales ni a participar en bromas hasta que tuviera a Ruby segura a su lado.

—Nazari, ¿está bien?

—Por supuesto, ¿por qué no lo estaría?

—Ha habido un atentado en el mercado hoy, en Kaloa.

—Ah... ¿un ataque... por parte de quién? —Lori parecía relativamente imperturbable.

—Unos hombres Bia enmascarados. También han atacado a un tipo muy simpático llamado Mo antes.

Lori asintió, como si las adiciones del Doctor le hubieran proporcionado un mundo de contexto.

—Terroristas de Bia... o justicieros, depende de tu punto de vista. He oído que habían resurgido—su expresión pasó de comprensión a preocupación—. Será mejor que encontremos a Nazari rápido entonces —murmuró, principalmente para sí mismo.

—¿Cómo ha llegado Nazari aquí? —preguntó el Doctor.

Lori simplemente se encogió de hombros.

—No lo sé. Cuando dicen que Yewa está conectada, no es solo una metáfora. Existen atajos en todas partes. Su familia tiene acceso a túneles que ninguna persona viva ha visto.

El Doctor asintió pensativamente.

—Si ella ha logrado entrar, estoy seguro de que sabe cómo hacerme salir.

Lori agitó la llave de su habitación en dirección a la pared lisa y apareció la entrada a otro ascensor de cristal.

—¡Después de ti! —le tendió la mano y, una vez que el Doctor la tomó, lo guio hacia el ascensor.

—¿Por qué no tienes seguridad personal?

Lori enarcó las cejas y se rio.

—No hay ninguna necesidad real. Mi querido Doctor, he estado en Kubuntu durante muchos años y aún no me ha pasado nada malo. Esta gente ni siquiera tenía una palabra para el asesinato hasta hace un par de siglos.

El Doctor observó cómo Lori presionaba el botón del vestíbulo. Tuvo una idea. Sin dudarlo más, comenzó a desmontar el panel de control del ascensor.

—Todos los ascensores están controlados por un sistema de seguridad central, así que si puedo rastrear esto...

Bip. Bip. Bip. El destornillador sónico tenía pulso.

—Eres un genio, Doctor. Gracias, Doctor—dijo, felicitándose. Se dio la vuelta en el sitio, siguiendo la dirección del pitido, que se hacía cada vez más fuerte y rápido.

Llegaron a la planta baja y Lori salió del ascensor con paso confiado. El Doctor lo agarró de la mano y lo detuvo en seco.

—¡Espera! ¿Qué pasa con Fala y los Marcados a Fuego? Fuera de las puertas, parecían empeñados en obligarte a haceros marchar. Podrías estar en verdadero peligro. Ruby también está con ellos. No dejaré que le hagan daño. No podría vivir conmigo mismo.

Lori sonrió con empatía.

—Su disputa no es conmigo, al menos no realmente—dejó que el firme agarre del Doctor se fundiera en un entrelazamiento de dedos. Su palma se equilibró perfectamente contra la del Doctor—. Es con Nazari, y por los antepasados que esa mujer es más que capaz de cuidarse sola —dijo, luego le dio un codazo al Doctor en las costillas con una insinuación juguetona—. La primera vez que nos vimos, le toqué el brazo sin permiso explícito y me tiró al suelo como a una muñeca de trapo. ¡Estaré absolutamente bien y ella también! Tanto los Bia como los Marcados a Fuego son plagas con pistolas de

juguete y munición de juguete. Me reuniré con la Alta Corte y Nazari para crear un plan de acción.

En ese momento, el Doctor no pudo evitar sentirse frustrado, sobre todo consigo mismo. Había terminado de nuevo donde empezó, sin tener una idea real de cuánto tiempo había pasado, y no había logrado aprender nada que lo acercara a poner a Ruby a salvo y a su lado. Había estado persiguiendo distraídamente su cola, y necesitaba detenerse ahora. Miró el destornillador que pitaba, una vez más siguiendo su dirección.

Lori tomó la mano del Doctor y la besó. Con un guiño, Lori se despidió y se dirigió hacia el salón de recepción.

¡Crash!

El Doctor se giró para encontrar la fuente del sonido que había interrumpido tan violentamente su hilo de pensamiento.

En el centro del vestíbulo había un montón de bandejas volcadas, bebidas derramadas y comida desperdigada. De pie, sobre el colorido desorden de frutas, sándwiches y aperitivos esparcidos por el suelo, había dos jóvenes porteros discutiendo con un huésped Bia.

—¡Mira por dónde caminas! —le espetó la mujer Bia.

—¡Por favor, señorita, tenga cuidado por dónde camina! —dijo un joven porteador.

—Soy miembro Jade de este resort, puedo caminar a donde quiera—respondió con intensa agresión pasiva.

—Esto ha tardado ocho horas en montarse—se quejó el segundo joven porteador, intentando volver a montar su ahora diezmado y duro trabajo.

—Tendrás que hacer otro—respondió el primero.

—¿Estás loco? ¿Te has vuelto completamente loco? No voy a hacer eso de ninguna manera —dijo, levantándose para empujar al otro portero—. La primera vez apenas me has ayudado.

—¡No me empujes!

Los dos jóvenes porteadores empezaron a discutir, empujándose, golpeándose y señalándose con el dedo.

El Doctor estaba indeciso. ¿Debería interrumpir la pelea, seguir a Lori porque ahora tenía más preguntas o encontrar los sistemas de seguridad? Algo le llamó la atención: el Espectro de Luz detrás del escritorio estaba ganando algo de movimiento y, mientras lo hacía, su velo comenzó a oscurecerse.

Algo hizo clic. Los espectros durmientes tenían infinitos vacíos blancos en lugar de rostros, que eran, en muchos sentidos, más desconcertantes que los agujeros negros de sus contrapartes más siniestras. A medida que continuaba la discusión, el velo blanco se volvió tan oscuro como el espectro que encontró afuera por primera vez. Eran casi idénticos.

Los antiguos susurros comenzaron a retumbar nuevamente en su cerebro, esta vez el doble de dolorosos.

El Doctor tomó una decisión.

—¡Oye! ¡Oye! ¡Oye! ¿Qué es todo esto? —preguntó mientras separaba físicamente a los dos miembros del personal.

—¡Típico! —se burló de nuevo la mujer Bia, con un tono lleno de prejuicios.

—¿Qué se supone que significa eso? —espetó el primer portero.

Los ojos de la mujer Bia se llenaron de lágrimas de cocodrilo y se agarró el brazo con dolor. Era evidente que estaba fingiendo para el Doctor y él lo sabía.

—Estaba ocupada con mis asuntos y habéis chocado conmigo—gimió—. Mira, tengo un moretón.

El Doctor miró, pero no pudo ver a qué se refería.

—Todo esto es culpa tuya —dijo el primer portero, redirigiendo su energía hacia su colega—. Te he dicho deberíamos haber tomado el otro camino.

—Juro por los antepasados que mientes. ¡Y ella también! —dijo el segundo portero, señalando al invitado—. Es una mentirosa. Así son los Bia.

—Debo haberlo aprendido de tu padre —replicó la mujer Bia, haciendo un gesto que el Doctor dedujo que debía ser alguna forma de obscenidad por la reacción de todos los presentes. Insultar a los padres de uno en un mundo donde tus antepasados son tus dioses tenía que ser una forma de sacrilegio, ¿no?

Esto podría complicarse.

Los dos porteadores se abalanzaron sobre la mujer y, una vez más, el Doctor los separó físicamente.

—Eh, eh, eh. Por favor, nadie ha resultado herido, nadie ha muerto, así que dejadlo pasar...—el Doctor levantó las manos—. Estoy seguro de que ha sido un accidente.

Uno de los porteadores abrió la boca para protestar, pero vio que Mya se acercaba a ellos y se quedó callado al instante.

—¿Qué significa esto? —preguntó Mya—. Os he dicho a ambos que siempre uséis los pasadizos del personal para el servicio de comidas. ¡Limpiad este desastre ahora!

Mantuvo una gentileza equilibrada en su tono de voz, pero la fuerza de su mirada fue suficiente para enviar escalofríos por las espinas dorsales de sus objetivos.

—Por favor, Mya, los pasillos del personal siguen cerrados. Los ascensores están en funcionamiento, pero... —el primer portero se quedó callado, avergonzado, evitando su mirada.

Mya se disculpó con la huésped, terminó de regañar a los jóvenes porteadores que parecían culpables y les ordenó nuevamente que limpiaran el desastre que habían causado. Luego se volvió hacia el Doctor con cansancio, con el turno más largo de su vida pintado en toda su cara.

Reconoció ese nivel extremo de cansancio al instante. Supongo que la carga de trabajar en el sector hotelero es la misma en todas las galaxias, pensó.

—Entonces, Doctor, ¿ha habido suerte con los sistemas de seguridad? Normalmente se autorregulan y el confinamiento ya debería haberse levantado. No puedo permitir que el personal utilice el vestíbulo como si fuera su propio ring de lucha libre.

—¡No he visto los sistemas de seguridad! —dijo el Doctor—. Fran me ha enseñado mi habitación y luego se ha ido.

—Qué extraño... —Mya escudriñó el vestíbulo en busca de los botones, ansiosa por que se explicara. No estaba a la vista—. Te acompañaré yo misma—se dirigió hacia otra pared lisa del vestíbulo. El Doctor silenció el pitido de su destornillador y la siguió.

Mya marchó por una complicada red de pasillos hasta la base de seguridad. Izquierda, izquierda, derecha, izquierda, derecha y otra vez izquierda. No fue una caminata larga; llegaron en menos de un minuto.

—¿Por qué Fran me llevaría hasta el piso superior y no volvería después de su sesión informativa? —reflexionó el Doctor—. Para ser justos, tenía un aspecto horrible.

—¿Qué sesión informativa? —Mya se encogió de hombros, preocupada por pasar los múltiples niveles de seguridad de la base—. Honestamente, nunca puedes conseguir ayuda en estos días.

Terminó sus últimos niveles de controles de seguridad con un escáner de retina y reconocimiento de voz. Las puertas se abrieron y la luz brilló en la habitación, tomándolos a ambos por sorpresa. La luz del sol brillaba a través de la luz del cielo y se reflejaba en las superficies blancas de numerosos sistemas informáticos.

El Doctor juntó las manos y sonrió. Por primera vez desde su llegada, se sintió como antes, un hombre de acción, no un espectador pasivo.

Usó su papel psíquico para obtener acceso a todo el complejo, a cada rincón y grieta. Luego conectó su dispositivo sónico a un puerto y configuró los escáneres para que buscaran señales de Ruby en el planeta.

Desde que habían empezado a viajar juntos, había ido recopilando subrepticamente ADN, huellas dactilares y escáneres de retina de su estancia en la TARDIS. Había pensado que cuantos más datos pudiera recopilar, más fácil sería encontrar a la madre biológica de Ruby. Después de todo, la información era poder.

Se acercó a los escáneres biométricos.

—Estoy configurando tus sistemas para que busquen constantemente las características fisiológicas y las firmas energéticas únicas de Ruby... Eso sí, cabello rubio, ojos azules y aproximadamente 1,55 m en un planeta donde el cabello oscuro, la piel bronceada y una altura impresionante son la norma, debería sobresalir.

—¿Qué estás haciendo ahora? —preguntó Mya mientras el Doctor se desplazaba de un monitor a otro.

—Fala y los Marcados a Fuego han desaparecido debajo del cristal, supongo que en las catacumbas, que, como sospechaba, también corren bajo los jardines—dijo, mostrando un esquema en 3D de la infraestructura interna del complejo y sus alrededores.

—Sí, pero las catacumbas se extienden por miles de kilómetros. Podrían estar en cualquier lugar bajo la ciudad. Y los escudos que rodean los jardines impiden que

cualquiera pueda utilizar los teletransportadores dentro y directamente debajo del complejo.

—Eso explica por qué hemos aterrizado tan lejos. A la TARDIS le gusta aparcar lejos de los problemas —se quejó el Doctor—. Eso significa que tendrían que teletransportarse lejos del complejo. Pero el hecho de que no puedan entrar no significa que no podamos salir—miró a su alrededor. No había guardias de seguridad en la base de seguridad, ni siquiera un Espectro de Luz. Los escalones superiores de las sociedades de alta alcurnia de todo el universo venían aquí a descansar, y ni un solo guardia manejaba el sistema de seguridad central. Cuando presionó a Mya para que le diera una razón, ella se replegó en sí misma con tristeza.

—Los Espectros son nuestra única seguridad. Son antiguos y despiadados y no escucharán ninguna súplica. Desde el amanecer de la vida en Yewa, han protegido los Jardines y a sus habitantes. Cuando se construyó el complejo turístico, evolucionaron para proteger a sus huéspedes y al personal. El riesgo de la pena capital para cualquiera que los contradiga, cualquiera que perturbe la paz, es suficiente disuasión—por un momento, Mya se fue a algún lugar de su propia mente, recordando a las innumerables personas que había visto convertirse en cristal a manos de los Espectros—. Incluso antes de construir el complejo turístico, nuestros antepasados crearon escudos holográficos como barreras invisibles que podían repeler o detener a los intrusos. Para proteger a los involuntarios de los Espectros.

—Ah, sí, ya veo. Cifrado telepático, sistemas avanzados de reconocimiento de especies que emplean vías mentales encriptadas a las que sólo pueden acceder personas autorizadas.

El Doctor volvió a mirar el esquema 3D. Era tan grande que la pantalla apenas podía mostrar todo a la vez. Empezó en la entrada principal y se desplazó por el exuberante paisaje y las fuentes que le habían dado la bienvenida al edificio. Pasó por el vestíbulo, pasando por el espacioso y moderno vestíbulo con techos altos y un mostrador de recepción. Pasó por varios edificios de alojamiento, servicios, spas e instalaciones de ocio que se habían dispuesto en forma de U alrededor del jardín central. La extensa vegetación y los ríos de cristal que fluían eran impresionantes, incluso en forma holográfica. Caminos y puentes diseñados ingeniosamente conectaban diferentes áreas del complejo.

Pero cuando se desplazó hacia abajo, descubrió que todas las rutas hacia la entrada

de las catacumbas estaban bloqueadas.

—¿Qué está prohibido allí abajo? —preguntó.

—Ése es el santuario interior, el Primer Jardín. Nuestro terreno más sagrado. Kubuntu lo plantó ella misma y es allí donde se llevará a cabo la Ijoa mañana. Nadie ha entrado en él desde hace 200 años.

El Doctor asintió, preocupado mientras tecleaba en la computadora. Estaba tratando de hackear los sistemas, de encontrar una manera de entrar a las catacumbas, pero se encontró con un cortafuegos tras otro. Se sentó de mal humor.

—Hmm... Puedo ver el sistema Espectral en línea, pero inactivo. Claramente, los arquitectos originales de la base solo pudieron llegar hasta el punto de monitorear su estado, pero no controlarlos. Los Espectros tienen libre albedrío. Bueno, bien por ellos, supongo. Estoy actualizando sus enjambres de nanovigilancia para que me informen directamente a través del sonido si hay alguna transferencia de materia de los teletransportadores. Los escudos holográficos también están en línea. Supongo que funcionan en conjunto con el cifrado telepático. Pero hay un tercero, un tercer dispositivo de seguridad que no puedo...

El Doctor de repente echó la cabeza hacia atrás y levantó los brazos con incredulidad animada.

—¡Oh, cómo he podido haber sido tan estúpido! Doctor, Doctor, Doctor —dijo sacudiendo la cabeza en señal de auto-reproche—. Es este planeta, me está volviendo lento, haciendo que pase por alto lo obvio. El bloqueo del perímetro se ha levantado, así que simplemente podría salir caminando ahora. Si pudiera obtener un escaneo de energía de la transferencia de materia restante del teletransportador de los Marcados a Fuego, podría hacer ingeniería inversa de la señal para crear un camino para que la TARDIS lo siga. ¡Como Hansel y Gretel con las migas de pan de jengibre! —se giró para mirar a Mya, que no se había movido ni dicho mucho—. Me doy cuenta de que eso no se traducirá, pero entiendes la idea.

—No, Hansel y Gretel con la bruja y los dulces, lo sé —murmuró vagamente la distraída Mya—. Muy inteligente, Doctor.

El Doctor se detuvo y caminó hacia ella, poniéndole una mano tranquilizadora en el hombro como ella lo había hecho con él antes.

—¿Qué pasa?

—No es nada—dijo.

El Doctor la vio hacer un esfuerzo deliberado por animarse y recuperar su imagen de servicio al cliente. Le apretó el hombro con suavidad y, ante su toque afirmativo, Mya se echó a llorar.

—¡Oye! —le secó suavemente la humedad del rostro—. ¿Qué pasa?

—Lo estoy perdiendo todo. Mi trabajo, mi propósito, mi amor. El complejo se está desmoronando, siempre hay algo. Una discusión entre los huéspedes, peleas internas entre los trabajadores, un accidente aquí, personal desaparecido allá, Espectros amenazando a los lugareños. Los jardines se están muriendo—recuperó el aliento y presionó un botón.

El esquema giró 180 grados para revelar hilera tras hilera de plantas muertas en uno de los niveles intermedios.

—Se está extendiendo, más rápido que nunca. No sé qué hacer. He hecho todo lo que estaba en mi poder, pero nada—se secó la cara y se sentó en el suelo como si el peso de su abrumador mar de emociones la hubiera agotado—. Y la peor parte es saber que tu amado planeta está condenado y que tu amor lo desperdiciará enredándose en políticas inútiles...

—¿Tu amor? —la animó el Doctor, sintiendo que había más por venir.

—Nazari es... bueno, era... mi mejor amiga—Mya parecía abatida—. Y bueno... en un momento... mi prometida.

El Doctor se quedó boquiabierto.

—¡De verdad! —jadeó.

Mya respiró profundamente.

—Teníamos planes de fugarnos, dejar nuestras vidas aquí atrás y comenzar otras nuevas, lejos. Nuestros derechos de nacimiento se habían convertido en una pesada carga. La cuidadora de los jardines solía ser un papel sagrado, pero ahora se reduce a la gestión de quejas y a la lucha contra incendios interminables, literal y figurativamente. Entiendo por qué Fala lo abandonó. Yo también quería hacerlo. La presión es insoportable y los agradecimientos son inexistentes. Todo estaba preparado para nuestra

partida, pero Nazari lo rompió. Lori había acudido a ella con una solución. Dijo que recuperar la tradición de la Ijoa podría curar los Jardines moribundos, como había sucedido con los Bia hace tanto tiempo, mucho antes de la existencia del complejo turístico. Dijo que los dos planetas nacieron del mismo núcleo. La Ijoa es una celebración de ese vínculo sagrado; cuando estamos unidos, nuestros mundos encuentran un equilibrio y una restauración naturales. La noche antes de que tuviéramos que partir, ella vino a verme. Tenía que honrar su deber con Yewa, ambas lo hicimos. Creo que algo no va bien, pero la Ijoa es la única forma de comunicarse directamente con los antepasados. Así que acepté.

Una lágrima involuntaria se formó en el ojo del Doctor. Era una historia tan antigua como el tiempo, una que había vivido y revivido incontables veces. Una elección imposible. ¿Amor o deber? ¿Era mejor haber amado y perdido que no haber amado nunca? No lo sabía. Había vivido miles de años y no estaba más cerca de tener una respuesta.

—Todo ha pasado tan rápido... —suspiró Mya—. Un minuto estamos juntas y al siguiente ella está unida a otra persona para la eternidad.

—Lo siento—no tenía mucho más que eso. Realmente deseaba tenerlo.

—Estoy bien. Siento como si me hubieran arrancado el alma del pecho, pero estoy bien. También tengo el deber de servir al Jardín, lo que significa servir a los invitados, incluidos Lori y la Alta Corte de Bia, y así lo haré. Nazari es realmente la mujer más valiente que he conocido. Me había dado por vencida. Honestamente, había hecho todo lo que podía, pero ella me recordó que preocuparse sin hacer nada es pecar contra nuestros antepasados. Y pronto, podré hablar con ellos, cara a cara. Así que, como ha hecho Nazari, yo también lo hago: dejo mi alma a un lado y hago lo que debo. El significado de las palabras se le había escapado claramente, pero estaba demasiado desconsolada como para pensar en algo que tuviera sentido.

¡Bip! ¡Bip! ¡Bip!

De repente, las alarmas sonaron en toda la base de seguridad.

El Doctor se puso de pie de un salto y escaneó las pantallas para encontrar la fuente. El salón de recepción. Había estallado una discusión entre Fran y la Alta Corte de Bia. No había audio, pero Fran estaba gritándole a Bia Can, Bia Toh, Lori y los otros invitados Bia.

Sin dudarlo, el Doctor salió de la base de seguridad y giró a la derecha hacia el vestíbulo, con Mya pisándole los talones.

—¡No, Doctor, por aquí! Hay un atajo—lo agarró de la mano y lo arrastró por otro complicado conjunto de pasillos tortuosos.

El Doctor frunció el ceño. Estaba más acostumbrado a ser el que sostiene la mano que el que es sostenido por ella.

Cuando llegaron a la sala de recepción, el Doctor intentó abrir las puertas a empujones, pero no se movieron. Mya probó con su tarjeta de acceso y luego el Doctor hizo lo mismo con la tarjeta sónica. Ninguna de las dos cosas funcionó. Desde el otro lado de la puerta, podían escuchar gritos y estruendos.

—Hazte a un lado —ordenó el Doctor—. Siempre he querido hacer esto—dio tres grandes pasos hacia atrás y luego saltó hacia la puerta, con el hombro por delante.

Las puertas se abrieron de golpe y miró a su alrededor para ver el caos que se había desatado. En el minuto que habían tardado en llegar, la sala de recepción, que antes había estado a la altura de la elegancia del resto del complejo, se había desintegrado en un completo desorden. Los sofás estaban volcados, con sus cojines esparcidos por el suelo; las mesas estaban volcadas entre vajilla y cristalería destrozadas. Los cuadros que alguna vez adornaron las imponentes paredes colgaban torcidos, rotos o desprendidos de sus soportes por completo. Las esculturas de hielo y las macetas estaban derribadas, con sus delicadas formas desportilladas y rotas, y su antigua belleza estropeada por el desorden.

En medio del caos, Lori, Bia Can y Bia Toh se enfrentaban a Fran. Una mujer se interponía entre las dos partes opuestas, hermosa de una manera que irradiaba desde dentro y desde fuera. El Doctor podía sentir su alma desde el otro lado de la habitación: era pura luz, puro polvo de estrellas, pura magia.

—¡Nazari! —Mya corrió hacia la mujer y, en ese mismo momento, el Doctor comprendió por completo la profundidad de la pérdida de Mya.

Nazari sonrió torpemente al ver a su ex, sus tatuajes brillaban más cuanto más se acercaba a ella.

En el aire reinaba una quietud espeluznante, espesa y estancada; el Doctor podía sentir su sabor, como el de la lejía. En el centro del caos yacía un hombre. Fran estaba de

pie sobre el cuerpo, apuntando con un arma a Bia Toh y Bia Can. Disparó un pulso láser blanco al aire y luego lo apuntó de nuevo a sus objetivos originales.

Lori avanzó lentamente frente a sus visires, usando su cuerpo para protegerlos.

—¿Qué ha pasado con las defensas? —Mya miró a su alrededor sin poder hacer nada—. ¿Dónde están los Espectros?

—Oye, Fran, oye, ¿qué es todo esto? ¿Qué ha pasado? —preguntó el Doctor mientras se acercaba a él.

—¡Lo han matado! ¡Lo han matado! —gritó Fran, conteniendo las lágrimas—. Bia Can y Bia Toh.

—No hemos hecho nada parecido, nunca he visto a ese hombre en mi vida—dijo Bia Can, que parecía sinceramente confundido y ofendido por las acusaciones que le habían caído encima.

—Yo tampoco—Bia Toh meneó la cabeza, indignado.

—Hágase a un lado, Alteza —le dijo Fran a Lori—. Mi problema no es con vos.

—Sabes que no puedo hacer eso, amigo mío. Fran, ¿no? —dijo Lori en voz baja, imitando los suaves pasos del Doctor. Fran asintió y se secó las lágrimas con la mano. Todavía parecía dolorido y temblaba.

—No hemos hecho nada parecido —protestó Bia Can de nuevo—. Nunca he matado a un hombre en mi vida.

Lori hizo un gesto con la mano para que su corte se sometiera en silencio y luego volvió a centrar su atención en Fran.

—Baja el arma, Fran. Hablemos de esto. ¿Por qué acusas a mi corte? ¿Quién es este hombre?

El Doctor miró el rostro del muerto y luego el de Fran.

—¿Es éste... tu hermano? —preguntó. Los rostros de los dos hombres eran prácticamente idénticos.

Fran comenzó a sollozar de nuevo.

—Lo he dejado volver a su estado original, con sus antepasados—dijo solemnemente antes de dispararle al hombre que estaba en el suelo en el pecho.

El Doctor observó impotente cómo el cadáver del hermano de Fran se desplomaba sobre sí mismo. Había algo familiar en eso, pensó el Doctor para sí mismo. Lo había visto antes... Pero había demasiado ruido, demasiadas cosas sucediendo.

—Lo han matado—gritó Fran de repente, disparando su arma contra Bia Can, pero por poco no le da en la cabeza. Fran se dio la vuelta y agitó el arma peligrosamente—. Y ahora el resto de vosotros se le unirá si os acercáis más—miró a Lori en tono de disculpa—. Lo siento, Su Alteza—Fran sacó un teletransportador y presionó el botón.

—Eso no funcionará aquí—dijo el Doctor.

Fran se burló.

—Tengo amigos en puestos importantes, Doctor. Bia Can, Bia Toh, vendréis conmigo o moriréis.

—No iré a ningún lado contigo —gruñó Bia Toh.

—Esta no es la manera de resolver esto —continuó el Doctor, mientras seguía acercándose lentamente a Fran—. ¿Por qué nadie me escucha?

—Es un solo hombre. Deja que los Espectros se lo lleven —bostezó Bia Can.

—¿Dónde están? —preguntó Mya nuevamente, con más énfasis, y su angustia claramente iba en aumento. Se acercó a un panel de control para investigar.

—Ya lo he pedido una vez y no lo volveré a pedir—afirmó Fran.

—Vamos, seamos razonables —suplicó Lori.

¡BUM! ¡BUM! ¡BUM!

El humo llenó la habitación y los invitados se dispersaron, gritando y lamentándose.

Una vez que el Doctor se orientó en el caos, vio a tres hombres Bia, todos armados, rodeando a Lori, Bia Can y Bia Toh. Se parecían mucho a los Bia que habían atacado a Mo y a los juguistas en el mercado antes.

—Ya no os concederemos el lujo de disfrutar del ocio a nuestra costa —espetó Fran—. ¡Apuntad!

El Doctor apuntó con su arma sónica a un jarrón cercano.

BAAAAAAM.

La pequeña explosión fue suficiente distracción.

—¡Poneos a cubierto! —ordenó Lori. Pasó rápidamente junto a un vigilante Bia, dio una voltereta y se dirigió directamente hacia Nazari mientras Bia Can y Bia Toh se separaban.

—¡Fuego! —ordenó Fran. Los vigilantes abrieron fuego. El primer disparo de Fran alcanzó a Bia Can y lo convirtió en fragmentos de cristal. Cuando Bia Can murió, todas las plantas de los alrededores murieron al instante y se convirtieron en pequeños montones de cristal.

Mya dejó de investigar el panel de control y soltó un grito.

—Detén esto, los muertos y los vivos no deben entrar en contacto. Matarás a los Jardines. Nos matarás a todos.

El Doctor apuntó su destornillador sónico hacia el cielo, bloqueando las armas de los terroristas de Bia. Mya, Lori y Nazari entraron en acción, esquivando y alejando a los invitados restantes del peligro mientras los insurgentes Bia golpeaban sus armas en un intento de hacerlas funcionar. El Doctor corrió hacia Fran, lo tiró al suelo y le arrancó el teletransportador de las manos. Apuntó el destornillador sónico hacia él, invirtió su polaridad y presionó el botón. Uno por uno, Fran y su grupo desaparecieron de la misma manera que habían llegado, de regreso a través del suelo.

El Doctor inspeccionó el dispositivo.

—Teletransporte térmico... pero no es cálido. ¿Pero cómo han podido atravesar el cristal? ¿Y dónde están los espectros? ¿Cómo han logrado estos atravesar las defensas del Jardín? —demasiadas preguntas, pocas respuestas. Algo estaba ocurriendo—. Necesito volver a los sistemas de seguridad —murmuró mientras dejaba atrás el caos de la sala de recepción.

Mya marchó rápidamente tras él.

—Esto es imposible. El panel de control estaba bien. No había alertas. ¡Esto no es posible!

—Doctor, espera—dijo Lori—. Bia Can era mi amigo. Quiero llegar al fondo de esto.

—No —espetó Mya—. Perdonadme, pero debo confinar a todos en vuestras habitaciones hasta que el Doctor nos dé una respuesta—se dio la vuelta y ordenó a su personal que los escoltara—. Todos de vuelta a sus suites. Nadie debe irse a menos que

yo lo diga.

Antes de que Mya pudiera seguir al Doctor, Nazari la agarró de la mano y la tiró hacia atrás.

—Ten cuidado, mi amor—le dijo con calidez.

Mya contuvo las lágrimas y miró hacia otro lado.

—Mya... pase lo que pase, siempre serás...

—No lo oiré... ahora no. Por favor, Nazari, ahora no.

Ella liberó suavemente su mano de la de Nazari, sonrió a pesar del escozor en sus ojos y se alejó.

Cuando Mya desapareció por la esquina, los tatuajes de Nazari se desvanecieron hasta que solo quedaron marcas de color gris claro en su piel.

CAPÍTULO SIETE

Ruby observó desde atrás cómo las fuerzas de Fala se alineaban en las catacumbas. Iban vestidos como el personal de varios complejos turísticos: jardineros, camareros, botones, limpiadores. No había dos personas disfrazadas de la misma manera.

Fala echó los hombros hacia atrás y se puso de pie.

—Tenemos noticias, las defensas han bajado. Tenéis vuestras misiones. No falléis. —se volvió hacia Ruby—. No tenemos suficientes teletransportadores, así que tendrás que viajar conmigo—Fala le cogió la mano y la puso sobre el hombro.

En ese momento, una joven irrumpió en el pasillo y se abrió paso entre las filas de los Marcados a Fuego para encontrarse cara a cara con Fala. Estaba sin aliento, jadeando.

—¡Fala, acabo de enterarme! Los Bia han atacado el complejo turístico. Nuestra gente en el interior nos advierte que será demasiado peligroso intentarlo...

Fala levantó una mano para detenerla.

—Conocemos el peligro. Nuestro plan debe seguir adelante. El ataque Bia es algo bueno: más caos para los Jardines, más cobertura para nosotros. No estarán preparados para otro ataque tan pronto.

—Pero Fala, hay un hombre, su amigo—la joven señaló a Ruby con un violento aire de acusación—. Está reforzando las medidas de seguridad mientras hablamos. No hay el camino que podemos seguir ahora sin que nos detecten al instante—Fala miró a la joven por un momento, luego examinó los rostros de sus seguidores. Finalmente cerró los ojos y levantó la cabeza hacia la superficie.

El blanco de los ojos de Fala desapareció, consumido por una neblina negra que se filtraba de sus pupilas. Ruby dio un paso cauteloso hacia la pared. Podía escuchar susurros antiguos que provenían de las paredes. O al menos eso era lo que sentía. Dentro de su cabeza: ¡ESTATE ALERTAS! ¡DESPIERTA! ¡ESTÁN CERCA!

Fala inhaló profundamente y sus ojos volvieron a la normalidad.

—He consultado con los antepasados. Seguiré adelante... con la rehén.

Ruby se movió torpemente. Nunca te acostumbras a que te llamen así, pensó para sí misma.

—Me infiltraré como estaba previsto y desactivaré los sistemas de nuevo—Fala seguía dirigiéndose a sus fuerzas—. Permaneced alerta. A mi señal, os uniréis a mí. Ruby, a pesar de esto, honraré nuestro acuerdo.

Algo había estado molestando a Ruby. Fala y Marcados a Fuego no habían hecho ningún intento por ocultar sus identidades o incluso su plan. ¿Y simplemente la iban a dejar ir? Sabía que no debía preguntar, se rogaba a sí misma que no lo hiciera. No lo digas, no lo digas, no lo digas.

—¿Por qué me revelas todo tu plan? ¿Cómo puedes estar seguro de que no voy a...?

—He esperado demasiado tiempo, mucho más de lo que tú o los Marcados a Fuego podéis imaginar. No permitiré que nada ni nadie se interponga en mi camino—Fala calibró el teletransportador y volvió a colocar la mano de Ruby sobre su hombro—. Dile a tu Doctor lo que quieras. No podréis detenernos. Y el derramamiento de sangre es inevitable. Es tu elección si agregas la tuya al derramamiento—Fala sonrió. Habló con calidez, pero no pudo ocultar la amenaza debajo de su sonrisa.

Ruby tragó saliva, asintió y sonrió también. Era una forma única de autodefensa. No había nada que pudiera hacer ahora, pero eso no le impediría contarle todo al Doctor.

Los dedos de Fala bailaron sobre el teletransportador, cuya pantalla le daba un brillo extraño en el rostro. Activó el pequeño disco y el teletransportador cobró vida con un zumbido bajo y resonante. Su superficie comenzó a brillar, emanando un calor suave que se intensificó gradualmente. El aire a su alrededor comenzó a distorsionarse. Ruby podía ver las ondas de calor. Las ondas vibraban cada vez más hasta que crearon un campo que las envolvió a ambas.

Fala puso su mano sobre el hombro de Ruby. Sus ojos tenían un brillo acerado que le provocó un escalofrío en la espalda. El corazón de Ruby latía con fuerza y su mente se llenó de mil pensamientos sobre formas de escapar y advertir al Doctor.

En cuestión de segundos, con un pulso silencioso, la forma de Fala se volvió translúcida y sus bordes se difuminaron como si se derritieran en el aire. Ruby miró hacia abajo y vio que le estaba sucediendo lo mismo. El área circundante parpadeó brevemente con una intensa explosión de calor y luego, en un abrir y cerrar de ojos, desaparecieron.

Lo siguiente que supo Ruby fue que estaba parada en una entrada de entrega en la parte trasera del complejo. Supuso que era la parte trasera porque nada en ella le resultaba familiar. No había plantas ni ríos, solo una interminable planicie de hielo, cubierta de densas dunas de copos de cristal. Podría haber sido un desierto.

Ella se paró detrás de Fala cuando fueron recibidos por un individuo sombrío y enmascarado.

—Debemos ser rápidos. No tengo idea de cuándo los sistemas estarán de vuelta y los otros...—miró más allá de Fala a Ruby y se quedó en silencio.

Fala intervino rápidamente:

—No te preocupes por ella, no es asunto tuyo. Muévete—le dio la vuelta y la empujó por la espalda.

Con Ruby a cuestas, el infiltrado de Fala se infiltró en los indefensos Jardines a través de los pasillos del personal. Llegaron a una bifurcación en el pasillo y se separaron del hombre que los había dejado entrar. Fala dio unos pasos, se detuvo y se dio la vuelta.

—Y ahora ¿qué hacemos contigo?

—Ya estás dentro, eso es lo que querías, ¿no? No tienes que «hacer» nada —balbuceó Ruby desesperanzada.

Fala la acogió.

—Eres muy... agradable.

—Gracias.

—Odio lo amable.

Fala agarró a Ruby por el cuello y la presionó contra la pared. Tenía la mano caliente y húmeda, pero la agarró con debilidad, como si apenas pudiera sostenerse. Ruby miró a Fala y notó las gotas de sudor que le caían por la cara. Ruby se puso de pie y su rostro se puso significativamente más pálido. Aprovechando la oportunidad, Ruby reunió todas sus fuerzas y empujó a Fala, haciéndola estrellarse contra la pared opuesta. Sin pensarlo dos veces, Ruby corrió por los pasillos laberínticos, sin mirar atrás. Corrió a toda velocidad por el laberinto de pasillos etiquetados «cocina», «spa», «sala de juegos», hasta que vio uno que decía «VESTÍBULO». Se lanzó hacia lo que parecía ser un callejón sin salida, rezando por un milagro.

A medida que se acercaba, una puerta se materializó y se abrió, revelando un vestíbulo vacío. Ruby entró, suspiró aliviada.

—Ahora encuentra al Doctor—pensó Ruby, todavía recuperándose del caos. Miró a su alrededor; el lugar estaba completamente desierto. No había ningún huésped ni siquiera un miembro del personal a la vista. Corrió hacia la recepción y tocó el timbre repetidamente.

Ding, ding, ding, ding.

—¡Es hora de un diagnóstico completo! —le dijo el Doctor a Mya mientras reiniciaba las defensas en la base de seguridad.

—No entiendo qué está pasando —dijo Mya. Parecía cansada y desorientada—. Los Espectros no están protegiendo, los teletransportadores que no deberían poder funcionar han estado funcionando igual...

—Lo sé. Nada de esto tiene sentido—al Doctor le encantaban los rompecabezas, pero odiaba los juegos. Sentía que estaban jugando con él, pero el retador no estaba jugando limpio. Como si hubieran escondido las piezas de las esquinas del rompecabezas—. Hace 200 años, algo muy malo ocurre entre los Bia y los yewanos, nadie sabe qué, nadie parece interesado en saber por qué, lo cual es interesante. Me estoy desviando. El caso es que todos están más que felices de estar en desacuerdo, esa es la gran bandera roja número uno. Luego están las defensas: a veces funcionan, a veces no, la bandera roja número dos. Luego están los Jardines moribundos, y eso hace tres. Con la capa añadida de caos que son Fala y Fran, disparando armas constantemente...

Blip. El diagnóstico del sistema se ha completado.

—Mira aquí—el Doctor le hizo un gesto a Mya para que se acercara—. Fran ha anulado los sistemas de defensa de los Jardines para teletransportar al resto de los vigilantes Bia más allá de su campo de fuerza protector.

Mya parecía sorprendida.

—Eso es imposible. Fran no ha podido haber accedido a los sistemas. Están bloqueados biométricamente para todo el personal por esta misma razón.

—Bueno, ¿y cómo? ¿Y cuándo? Estábamos aquí. Estábamos los dos aquí.

—Estoy perdida.

—¿Y por qué? De vuelta a la fuente—el Doctor tecleó—. Hmm, qué raro. Estos registros solo datan de hace 200 años. ¿Puedes pensar en una razón para ello? ¿Qué antigüedad tiene el complejo turístico?

Mya levantó la vista pensativamente.

—No estoy muy segura. Pero Lori, Bia Toh y Bia Can llegaron por primera vez en esa época, según los registros—el Doctor debió haber hecho una mueca porque el seguimiento de Mya respondió a su pregunta no formulada—. La esperanza de vida promedio de un Bia es más largo que la mayoría. Su tecnología avanzada permite un envejecimiento más lento.

El Doctor apuntó con su destornillador sónico a las pantallas que tenía delante.

—¡No, no, no! Solo 200 años. Tiene que haber más información. No puede ser. Los Espectros son conscientes, ¿verdad? ¿Han estado aquí desde el principio? Tal vez podamos montar un sistema de comunicación rudimentario. ¿Solo funcionan en el perímetro?

Antes de que pudiera terminar sus preguntas, la alarma volvió a sonar de manera molesta.

¡BREEEN! ¡BREEEEN! ¡BREEEN!

—Ancestros, dejad que me una a vosotros —resopló Mya. Parecía completamente harta—. ¿Y ahora qué?

El Doctor se solidarizó con ella, no podía tener un respiro. Una vez más, escaneó los monitores en busca de la fuente de la amenaza. Allí estaba, en el vestíbulo: ¡Ruby! Sonrió.

—¡Qué lista eres! —se precipitó hacia la salida.

—Oh, no, oh, no, oh, no —balbuceó Mya.

El Doctor se detuvo en seco y se dio la vuelta.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Señaló la pantalla.

—Esas son las alarmas de los Espectros.

Ruby no escuchaba ninguna alarma similar en el vestíbulo. Buscaba frenéticamente detrás del escritorio y se encontró presionando botones sin rumbo fijo, mirando ansiosamente por encima de su hombro.

—Espejo, espejito en la pared —le rogó a la pantalla—. Dime dónde está el Doctor, por favor y gracias—felizmente inconsciente, continuó con sus intentos al azar de navegar por los sistemas informáticos—. ¡Hola, hola! ¡Doctor! ¡Mya! ¿Alguien? —gritó Ruby.

De repente, la temperatura en el vestíbulo descendió drásticamente. El tiempo se ralentizó. Ruby sintió que sus vasos sanguíneos se contraían y que se le erizaban los pelos de los brazos. Se pasó los dedos por la piel de gallina y vio cómo sus manos se ponían azules. Lentamente, se formó una niebla negra frente a ella y en ella apareció un Espectro. Solo uno. Más grande que antes, también más oscuro. Todo el cuerpo de Ruby estaba invadido por alfileres y agujas. No solo era incómodo, era doloroso. El Espectro se acercó y el tiempo volvió a su ritmo habitual.

Ruby se dirigió al ascensor, pero antes de que pudiera alcanzarlo, el Espectro le bloqueó la salida. Jugaba con ella, apareciendo y desapareciendo a cada paso. Se encontró acorralada en un rincón. Cuando se acercó sigilosamente, gritó:

—¡DOCTOR! DOCTOR, ¿PUEDES OÍRME?

El espectro se rio. Ella podía oír que se burlaba de ella: imitaba su voz, pero le añadía un tono infantil.

—*Doctor, Doctor, ¿puedes oírme?*

—Oye —dijo Ruby—, ¡no sueno así!

El Espectro continuó con su risa maníaca.

Volvió a susurrar en su antigua lengua; era diferente de la de las catacumbas. Sólo ligeramente, como dos dialectos nacidos de la misma raíz lingüística.

—*Ruby Sunday, la niña abandonada, la niña que ahora morirá sola.*

Ruby sabía que eso no era verdad. Tal vez estaba a punto de morir, pero sabía que la amaban y que la cuidaban, y eso era más que suficiente para ella.

—*¿Tienes miedo? No necesitamos tu miedo. Necesitamos tu ira, tu rabia.*

—¡Bueno! ¡No sabes nada de mí, de quién soy ni de dónde vengo! ¡No sabes nada de mi madre ni de mi abuela! Estás...

—*Ah, ahí está.*

El Espectro triplicó su tamaño y se volvió tan oscuro que no se veían bordes ni crestas.

Pura oscuridad. Acercándose.

En ese momento, el Doctor pasó zumbando. Saltó sobre el escritorio de Mya y agarró el monitor. El destornillador ya estaba en su mano. Lo apuntó a Ruby y luego a la pantalla.

—Ella ya es parte del personal, así que allá vamos—dijo triunfante.

El Espectro siguió avanzando hacia Ruby. Ella respiró por última vez cuando el dedo largo y huesudo se lo llevó a la frente y luego... desapareció.

Ruby exhaló de tal manera que todo su cuerpo se desinfló y se desplomó en el suelo. Antes de que pudiera terminar su descenso, el Doctor corrió hacia ella y la abrazó con fuerza.

Lleno de alegría, la hizo girar varias veces antes de dejarla suavemente en el suelo. Estaba fría al tacto.

—Siento mucho no haberte encontrado —dijo y bajó la cabeza, como para evitar su mirada.

Ruby no quería saber nada de eso. Levantó su barbilla para asegurarse de que la mirara a los ojos.

—Oye, estoy bien, estoy a salvo. Eso es todo lo que importa. ¡Dios mío, tengo tantas cosas de las que ponerte al día!

El Doctor sonrió.

—¡Yo también! Pero primero, ¿quieres ver nuestra suite?

CAPÍTULO OCHO

Poco después, Ruby se encontró sentada en medio de una cama *King-size*, cómodamente acurrucada en la bata más suave que había probado en su vida. Se hundió lo más que pudo en las sábanas de malvavisco, disfrutando de su cálido abrazo.

Pero la culpa la acosaba.

—Doctor, ¿estás seguro de que no deberíamos estar allí, deteniendo a Fala y haciendo... no sé, algo?

—Por lo general, sí, pero hoy no. Creo que necesitamos tranquilidad. Creo que el caos constante es la clave de lo que sea que esté pasando aquí. Cada vez que estamos cerca de una respuesta, ¡BUM!, alguien añade otra pregunta—el Doctor hizo una pausa y soniqueó el pequeño bufé del servicio de habitaciones que estaba en el carrito que estaba a su lado—. Deberíamos comer —decidió—. No deberías tener demasiados efectos secundarios adversos ahora que has estado aquí durante tanto tiempo... creo.

Sin más dilación, Ruby se puso a comer. Aparte de la barra de fruta de Tamotah, no había comido nada hoy. Los cocineros habían logrado prepararle algunas delicias humanas, sin escatimar esfuerzos.

Era evidente que había poca o ninguna cohesión en la cocina, ya que el buffet incluía delicias de todos los sobre la Tierra. Era como si simplemente hubieran buscado en Google “la mejor comida de la Tierra” y hubieran esperado lo mejor. Ruby recorrió la mesa buscando algo familiar. No era una comensal especialmente exigente, pero ya había soportado suficientes sorpresas por el día. Sus ojos se posaron en una hamburguesa etiquetada como “pollo”. La masa amarilla y hojaldrada se desmoronó en sus dedos. Dio un gran mordisco y masticó el espectáculo de fuegos artificiales que se estaba produciendo en su boca.

—Mm, sabe a casa—suspiró, llena de satisfacción—. ¿Seguro que no quieres un bocado? Hay más que suficiente para mí—dijo, tendiéndole la masa a medio comer al Doctor, que patrullaba ansiosamente el perímetro de la habitación—. Estás caminando de un lado a otro otra vez.

—Sí. El ritmo es bueno. El ritmo hace que la sangre fluya. Que fluya hacia el cerebro. Bien, recapitulemos... lentamente.

Ruby se sentó, lista para participar significativamente.

—Entonces, tú y yo hemos aterrizado en el lugar más pacífico de la galaxia —empezó el Doctor—. Un lugar supuestamente tan pacífico que las personas más poderosas no tienen seguridad privada, no hay autoridades y solo han aprendido la palabra para asesinato hace un siglo o dos.

—Claro. Y desde que hemos aterrizado, ha sido una locura absoluta —intervino Ruby. Miró al Doctor con los ojos entrecerrados. Era un patrón para él. Se iban a tierras lejanas y, dondequiera que terminaran, había algún misterio que resolver o alguna aventura en la que embarcarse. A ella le encantaba. Nunca pasaba un martes o un febrero con él, solo viernes por la noche y diversión de verano.

—Sí, caos y descontrol, solo una completa falta de orden y estructura. Los justicieros Bia atacan a Mo en el mercado y luego a Nazari. Pero ¿por qué? Según Mo, “así son los Bia”, pero no, debe haber algo más. Las cosas nunca son así, las cosas siempre son cosas. Con un significado y un propósito. Entonces, esos mismos justicieros logran burlar los sistemas de seguridad y atacan la Alta Corte de Bia con Fran. Fran luego los acusa de matar a su hermano, pero ellos afirman lo contrario... y les creo, no sé por qué. Fran luego comete un asesinato frente a una sala llena de nobles, lo que es, a todas luces, una cosa absolutamente loca. Debe haber estado desesperado.

—Bien. ¿Y quién es Fran?

—Era nuestro botones. Los sistemas de seguridad decían que los había ignorado y había dejado que el resto de los Bia se teletransportaran. Pero no podría haberlo hecho a menos que tuviera acceso remoto a los sistemas de seguridad, y no lo tiene. Y como no he descubierto cómo, podrían volver a hacerlo fácilmente y terminar lo que empezaron. Mya tiene a Bia Toh bajo vigilancia constante. Cualquiera que cometa un asesinato a plena vista de los testigos es poco probable que se detenga si el trabajo no se ha hecho.

—Fala y yo entramos porque ella tiene gente dentro que nos dijo que los sistemas no funcionaban y que podíamos entrar sin que nadie nos viera —le dijo Ruby—. Un tipo nos dejó entrar. No pude verle la cara, era yewano... Tal vez si volviera a ver sus tatuajes... —se encogió de hombros en tono de disculpa. No había sido de mucha ayuda.

—¿Por qué no ha montado un asalto total como estaba previsto?

—Porque uno de los Marcados a Fuego también se enteró de que te dirigías de nuevo a la base de seguridad, por lo que sería demasiado peligroso para ellos pasar

todos a la vez. —Ruby dejó de comer y miró al Doctor—. Fala está decidida a hacer justicia y no se detendrá ante nada. Y me hizo prometer que nos iríamos de inmediato.

—No podemos hacer eso, Rubes. Hay otro topo, o varios, y este grupo necesita nuestra ayuda. Tenemos que llegar a Fala antes de que pueda enviar sus refuerzos. Si los Bia y Fala se enfrentan, no hay forma de saber la cantidad de problemas que causarán. Cada muerte hace que las plantas mueran y esta es la única fuente de oxígeno en todo el planeta.

—Así que cualquier conflicto aquí significa la muerte de este planeta.

—Toda una raza asfixiada hasta morir—afirmó solemnemente el Doctor.

—El problema es que este lugar es enorme. Ese baño es más grande que todo mi apartamento...

Mientras Ruby hablaba, el Doctor dejó de caminar abruptamente y agarró su destornillador destornillador sónico.

—Necesito una forma remota de rastrear los sistemas de seguridad—siempre había sido un entusiasta del bricolaje inventivo y se encontró en una misión para crear un relé de sistema de seguridad improvisado. Inspeccionó la habitación en busca de componentes potenciales—. Lo que me preocupa es, ¿qué quieren? Fran acusó al Alta Corte de Bia de asesinar a su hermano, pero los justicieros Bia también atacaron a Mo y Nazari en el mercado y luego no les hicieron caso. ¿Qué significa todo esto? ¿A qué sirve todo esto?

—Bueno, Fala quiere que todos los que no sean yewanos se vayan, y está planeando hacer todo lo posible para detener la ljoa mañana y asegurarse de que los invitados no vengán —dijo Ruby, volviendo su atención a su banquete.

El Doctor había desmontado la lámpara de escritorio y ahora estaba extrayendo con cuidado una bombilla de cristal vinílico.

-Sí, he hablado con Mya. También ha reasignado a dos miembros del personal del bar para que se encarguen del mostrador de seguridad.

Ruby cerró los ojos.

—He visto algunos planos, pero no los recuerdo, están muy borrosos. Explosiones, tal vez. ¿Por qué no me acuerdo? Pero hay otra cosa. Fala no tenía muy buen aspecto. Tenía fiebre, mucho calor y estaba muy sudoroso.

—Ya lo he visto antes —dijo el Doctor—. Todo me recuerda a otra cosa. Debe estar relacionado...

En ese momento alguien llamó a la puerta. El Doctor se acercó y la abrió para encontrar a Mya, Lori y Nazari de pie al otro lado. Las invitó a entrar a la habitación.

—¡Qué momento tan oportuno! Estábamos discutiendo un plan. Esta es una de esas situaciones en las que un plan sería útil. ¿No creéis?

Nazari y Mya no respondieron, solo asintieron torpemente en un gesto de vago acuerdo. Se quedaron en extremos opuestos de la sala, evitando visiblemente el contacto visual.

Ruby se rio para sí misma. Podía reconocer esta situación a una milla de distancia, incluso sin la ayuda de un planeta de cristal telepático. Estaba de nuevo en la escuela secundaria, reviviendo sus años de adolescencia, hasta las rodillas en medio de la insoportable combinación de triángulo amoroso y tercera rueda. Por la forma en que Lori acababa de sonreír y saltar en la habitación, ella pensó que él estaba felizmente inconsciente de la tensión tácita entre Mya y Nazari. Típico de un hombre.

—Es un día muy agitado, pero es muy agradable estar todos juntos—sonrió Lori feliz.

Después de algunas sonrisas educadas y evasivas, finalmente Mya habló:

—Doctor, he convocado una reunión de personal completo y nadie ha visto a Fala. Ruby, ¿te ha dicho adónde iba?

—No, y la verdad es que no he podido ver bien al tipo que nos ha dejado entrar. Los pasillos estaban muy oscuros y él llevaba una máscara. Pero sí sé que está empeñada en asegurarse de que esta ceremonia no se lleve a cabo.

—Propongo que cancelemos la Ijoa por la seguridad de todos —dijo Mya con seguridad. Por primera vez desde que habían entrado en la suite, Nazari la miró. La sorpresa, garabateada en su rostro, contaba una historia de traición.

—Mya, no podemos —respondió Nazari con fiereza.

Mya encontró un espacio vacío en una pared y no apartó la vista de él.

—Lo sé, sé lo importante que es la Ijoa. Pero es demasiado peligroso, no podemos arriesgarnos a que haya más víctimas. Dos cadáveres en el suelo sagrado de Kubuntu.

¡Dos! Los Jardines están sufriendo. Las enseñanzas de Kubuntu son firmes en que los muertos y los vivos deben permanecer separados. No me arriesgaré más. Ni tú, ni mi personal, ni nadie.

Su mirada finalmente se encontró con los penetrantes ojos azules de Nazari.

Lori levantó un dedo tímidamente como una forma de interjección educada.

—Si pudiera... Obviamente, estoy más que feliz de ceder ante la mayoría. Dicho esto, no quiero particularmente ser el que ponga a más personas en peligro. Igualmente, también preferiría no avergonzar el nombre de mi familia, así que realmente estoy dividido. ¿Qué piensas tú, Doctor? —Lori respiró profundamente.

—Bueno... —empezó el Doctor.

Antes de que pudiera exhalar, Lori comenzó de nuevo.

—Tampoco quiero que se diga que el Príncipe de Bia fue visto negociando con terroristas. Y ser el primero de mi linaje en reiniciar y luego romper nuevamente cientos de miles de años de tradición además de eso no hace un buen líder. La gente de Bia se rebelará. Eso es todo lo que necesitamos—en esta etapa, Lori estaba prácticamente hiperventilando—. Ooh, esto es nuevo, nunca había olvidado cómo respirar.

Ruby se levantó de un salto y lo acompañó hasta la cama, donde le guio la cabeza entre las piernas y le frotó la espalda.

—Gracias, *jadeo*, *jadeo*, Ruby, *jadeo*, Sunday, *jadeo* —logró decir Lori, con la cabeza todavía entre las piernas.

—La Ijoa debe seguir adelante mañana como está previsto. Hay gente, mi gente, que depende de ello, que depende de los Jardines—dijo Nazari desafiante—. No habrá una cuestión de “sí”, sino de “cómo”. ¿Se entiende eso?

—¡Qué mujer! —dijo Ruby con plena admiración, mientras Mya reprimía una sonrisa.

El Doctor se quedó en silencio por un rato. Finalmente, dijo:

—No puedo protegerlos a ambos. Los Bia que han atacado todavía están ahí afuera y si no puedo averiguar cómo han entrado, no puedo evitar que vuelva a suceder incluso con los teletransportadores bloqueados. Y luego está Fala, que está quién sabe dónde, planeando quién sabe qué—comenzó a caminar de un lado a otro de nuevo—. Está claro que también tiene personal en el interior que la protege. Hay demasiados cabos sueltos,

demasiadas variables, y vosotros, por brillantes que seáis, no tenéis estructuras establecidas para mantener a ninguno de vosotros a salvo.

Nazari frunció el ceño mientras sopesaba sus opciones. Finalmente, sonrió.

—Tú proteges a Lori y... yo estaré bien, tendré a Mya.

—También puedes tenerme a mí —dijo Ruby con confianza—. ¡Te protegeré!

—¡No! —el Doctor se levantó de un salto—. No, no, ni lo pienses, no voy a perderte de vista.

—Doctor, estaré bien —dijo Ruby—. Te lo prometo.

—Yo también estaré allí, Doctor —dijo Mya tranquilizadamente.

El Doctor examinó los rostros de las mujeres que tenía frente a él. Parecían muy seguras de sí mismas.

—Bien—rebuscó en su bolsillo y sacó un control remoto con un solo botón—. A la primera señal de peligro, presiona esto. Le enviará una señal al destornillador sónico y me la transmitirá en esta pantalla—le tendió el control remoto a Ruby.

Ruby lo tomó y saludó.

—Afirmativo, capitán.

—Bien, entonces ¿cuál es la siguiente fase de la ljoa? —preguntó el Doctor.

—Nazari entrará al santuario para buscar la aprobación y la guía de sus antepasados, los descendientes de Kubuntu—dijo Mya.

Lori se puso de pie de un salto, habiéndose recuperado rápidamente de su pequeño ataque de pánico.

—Y yo me comunicaré con el Alto Consejo de Bia en los baños sagrados para hacer lo mismo—se detuvo, una oleada de tristeza inundó su rostro. Bajó la cabeza—. Supongo que también debo reemplazar... nombrar a un nuevo asesor—después de un momento de silencio pensativo, continuó—: Oh, Doctor, tal vez podrías... No tengo exactamente la capacidad para hacer entrevistas en este momento. No hay tiempo. Además de mantenerme a salvo, un hombre tan anciano como tú debes tener el mejor consejo.

—Pero yo no soy Bia...

—Eso no será un problema. Te lo explicaré todo—continuó con frivolidad—. Hay un baño... con leche y miel... por la noche. Estarás bien, puedes nadar, ¿verdad? ¿Lo harás? Por favor... —Lori juntó las manos e hizo pucheros—. Por favor, Doctor, no me hagas poner también ojos—continuó poniendo algunos de los ojos de cachorrito más monos que el Doctor había visto jamás.

—Está bien, está bien —concedió el Doctor, poniendo los ojos en blanco.

—¡Síííí! ¡Genial! —Lori, llena de alegría, se acercó a él y le puso un brazo largo sobre los hombros. Un escalofrío recorrió la columna vertebral del Doctor y continuó por las terminaciones nerviosas de su espalda. Se sintió como una ducha fría en un día caluroso y lo reconfortó profundamente. Sintió que su estrés se desvanecía.

Mya se acercó a la puerta y la abrió.

—Voy a poner el lugar bajo llave. Voy a enviar a casa a los huéspedes y al personal no esenciales. La Alta Corte de Bia y sus huéspedes pueden quedarse, pero eso es todo. Solo los huéspedes de la Ijoa—se volvió hacia Lori; él todavía tenía al Doctor firmemente sujeto bajo su brazo.

—¿Hmm? Sí. Enviaré un mensaje a los invitados de inmediato. No se permiten acompañantes—levantó los pulgares.

Mya puso los ojos en blanco.

—¿Qué significa eso?

—No estoy seguro. He visto a Ruby hacerlo y me ha parecido genial—Lori miró a su alrededor en busca de la aprobación de Ruby.

—¡Muy bueno! —se rio Ruby, devolviéndole el gesto con el pulgar hacia arriba.

—¡Mira! ¡Muy bueno!

Mya volvió a poner los ojos en blanco. Miró a cada uno de ellos a los ojos mientras continuaba:

—Todos debéis permanecer alerta. Las ceremonias comenzarán en una hora, antes de que se ponga el sol—abrió la puerta y se marchó.

—¡Qué mujer tan vivaz! —dijo Lori—. Creo que podría estar enamorado—añadió con una sonrisa.

La sonrisa de Nazari se desvaneció en un instante, al igual que sus tatuajes. El Doctor y Ruby intercambiaron una mirada incómoda, pero ambos decidieron no meterse en el asunto.

—Tengo que prepararme —dijo Nazari mientras se dirigía a la puerta—. Os veré a todos más tarde.

Lori levantó el brazo del Doctor y se dirigió a la salida.

—Yo también. Doctor, nos vemos más tarde. Tendré preparadas las túnicas ceremoniales para ti. Esto es emocionante.

Ruby y el Doctor se encontraron solos nuevamente en su habitación de hotel.

—Mya y Nazari... son algo así como una relación, ¿verdad?

El Doctor abrió la boca, preparado para todo el chisme, y luego se detuvo. Tuvo una idea.

—Todos los huéspedes y miembros del personal tienen su ADN escaneado en los sistemas biométricos. Mya y Fala son gemelas...

—Entonces, si los escaneas contra la base de datos en vivo del resort, aparecerían dos firmas de ADN casi idénticas—finalizó Ruby.

—Exactamente.

—He dominado esto de ser detective espacial. No sé por qué a veces lo haces parecer tan intenso—dijo Ruby con naturalidad mientras volvía a subirse a la cama en busca de su siguiente refrigerio.

—Oye, chula, cálmate, sí. He hecho la mayor parte del trabajo preliminar. Básicamente, tú acabas de hacer un “ale-hop” de última hora.

—Entonces, ¿cómo obtenemos el ADN de Mya?

El Doctor frunció el ceño.

—Pensaba que no querías escuchar mis ingeniosas explicaciones porque estabas de vacaciones.

Ruby se rio.

—¡Vamos, sé que te mueres por hacerlo!

El Doctor sonrió; le encantaba un monólogo.

Con la bombilla de cristal en una mano, el Doctor saltó al monitor de la habitación del hotel.

—Si esta cosa puede llamar a la recepción y mostrar un mapa de los Jardines, entonces debería ser capaz de crear un relé de seguridad entre los sistemas y el destornillador sónico sin tener que pasar por alto el bloqueo biométrico—desconectó el panel frontal, dejando al descubierto el cableado interno. Conectó el dispositivo sónico a un puerto expuesto y luego lo conectó a una pequeña pantalla que sacó de su bolso—. El único problema es que el dispositivo sónico tiene que permanecer en la habitación o la señal no será lo suficientemente fuerte. Pero con unos pocos ajustes debería gestionar las funciones sónicas básicas—hizo los últimos ajustes de un minuto y luego se lo mostró a Ruby—. Ahora esto emitirá un pitido y encenderá la bombilla cada vez que se active el sistema de seguridad.

Ruby se dio un golpecito en la sien con el dedo.

—Muy inteligente.

El Doctor hizo una reverencia.

—Gracias. Muchas gracias.

Aproximadamente media hora después, luego de muchos retoques y experimentos, el Doctor se subió a la cama junto a Ruby, quien recientemente había encontrado la función de masaje caliente en el colchón.

—Muy bien —dijo, dejando que las cálidas vibraciones hicieran su magia sobre su cuerpo. Luego señaló el monitor de un dispositivo de seguridad improvisado, ensamblado con partes de habitaciones de hotel. En el medio del plano que se mostraba en la pantalla había dos puntos parpadeantes—. Ésos somos nosotros.

Ruby hizo un gesto con la mano ante la manifestación de sí misma. El Doctor se desplazó por varios pisos hasta encontrar el punto parpadeante de Mya en el vestíbulo.

—Ahora, si aíslas su firma de ADN, debería poder... —el Doctor se detuvo en seco. Se desplazó hacia arriba y hacia abajo dos o tres veces—. No hay otra firma que coincida con la de Mya.

¿Las gemelas no funcionan aquí igual?

—Aunque fueran mellizas, habría un 50 por ciento de compatibilidad... en algún lugar—el Doctor miró a Ruby—. O Fala no está en los Jardines o no es realmente la gemela de Mya.

Los ojos de Ruby se abrieron con intriga.

¡TOC! ¡TOC! ¡TOC!

El Doctor se levantó de la cama y caminó hacia la puerta para encontrar a Lori, radiante como siempre, sosteniendo una caja de regalo elegantemente terminada en ambos brazos.

—Ya es la hora, Doctor.

CAPÍTULO NUEVE

Minutos después, el Doctor se encontró en un vestuario en el sótano del complejo.

—¿Qué te parece? —le preguntó Lori nerviosamente. Llevaba un buen rato mirándose en silencio en el espejo—. Sé que son un poco... grandes. Bia Can era mucho... más ancho que tú—sonrió, aparentemente orgulloso de sí mismo por su excelente e inofensiva expresión.

El Doctor miró las túnicas ceremoniales que cubrían su cuerpo.

—Son hermosas. La combinación de tela orgánica y tecnología cristalina empática avanzada es...—no sucedía muy a menudo, casi nunca, pero el Doctor se quedó sin palabras.

—El tejido en sí es tan antiguo como la primera ljoa, se ha transmitido de generación en generación. Sin embargo, los Bia nacen con la industria y la evolución en sus huesos, por lo que naturalmente comenzaron a idear formas de incorporar tecnología a las túnicas.

El Doctor pasó los dedos por la tela; la suave textura sedosa se deslizó bajo sus palmas con tanta suavidad que sintió que su mano no pesaba. Por toda la túnica había runas bordadas hechas con fibras bioluminiscentes que brillaban cuando las tocaba.

Lori continuó:

—Con el tiempo, a medida que los Bia evolucionaban, perdían el contacto con su ser interior. A los yewanos se les enseña a relacionarse significativamente con sus emociones desde que nacen. Así, como pueblo, aprendieron a llevar el corazón en la mano.

—¡Los tatuajes!

Lori asintió.

—Los Bia finalmente diseñaban sus túnicas para reflejar eso, como un recordatorio de que son más que su industria o productividad.

El Doctor observó cómo el bordado brillaba con más intensidad en respuesta a su fascinación. Poco a poco, los intrincados patrones y símbolos comenzaron a reorganizarse y a moverse por el plano de la tela.

Lori siguió hablando mientras ajustaba la túnica ahora torcida del Doctor.

—Cada runa representa un aspecto clave de la cultura del portador, su historia, su filosofía, incluso sus conexiones cósmicas.

El Doctor se preguntó en qué se convertirían esos símbolos; había tenido tantas caras, había sido tanta gente. Un sanador, un viajero, un guerrero. ¿Qué revelaría su ropa sobre quién era ahora? Los símbolos que pertenecían a Bia Can se disiparon lentamente. El Doctor contuvo la respiración. Mucho de lo que sabía que era ahora lo desconcertaba. Observó con silencio anticipado cómo se formaban nuevas puntadas en la tela: la caligrafía única del alto gallifreyano. Sonrió con tristeza, pasando los dedos una vez más sobre los elegantes bucles y curvas de su lengua materna.

—Circuitos a escala nanométrica tejidos en tela antigua, creando una pantalla dinámica que pulsa en tándem con la energía emocional y física del portador... Honestamente, los Bia son geniales. ¡Geniales!

Lori se acercó de un salto al Doctor, lo agarró por los hombros y lo giró para que lo mirara de frente.

—Ooh, ni siquiera has visto la mejor parte. Cierra los ojos y concéntrate en estar presente. ¿Quién eres ahora mismo, en este segundo?

Mientras Lori retrocedía lentamente, el Doctor hizo lo que le pidió. Cerró los ojos y se concentró en quién era ahora. Dejó que sus yoes pasados se desvanecieran momentáneamente en el fondo de su mente y simplemente existió.

—Ahora ábrelos.

El Doctor levantó los párpados y vio que los circuitos de su túnica proyectaban imágenes holográficas del alto gallifreyano en el aire que lo rodeaba. El Doctor había pasado tanto tiempo absorbiendo otras culturas de todo el universo que rara vez se encontraba inmerso en la suya.

—Es raro pensar en el hogar en un estado de tanta paz—dijo satisfecho.

Lori sonrió.

—Vamos, Doctor, debemos ir a los baños.

El Doctor asintió y, cuando se giró para seguirlo, las proyecciones desaparecieron.

Uno al lado del otro, el Doctor y Lori atravesaron unas grandes puertas dobles y entraron al área de recepción del spa.

Al igual que el resto de la mayor maravilla de Yewa, la recepción del spa era una mezcla de naturaleza y tecnología avanzada. alimentadas por varios cristales. Las plantas, sin embargo, parecían tristes. Como si aún no se hubieran rendido, sino que estuvieran en camino a la ruina.

Un espectro de luz inactivo se encontraba detrás del mostrador de recepción. El Doctor lo miró con recelo.

Mientras él y Lori cruzaban el largo y humeante vestíbulo hacia los baños, la luz ambiental de la luna de Yewa se reflejaba en la amatista púrpura y la sugilita que adornaban las paredes de la habitación, creando un efecto de discoteca lenta.

Lori enarcó las cejas.

—Es romántico, ¿no? —sonrió felizmente. La habitación estaba tan quieta, tan tranquila, que incluso la niebla característica que rodeaba al Espectro apenas se movía. Aunque no era consciente de ninguna dolencia real en su cuerpo, en el momento en que el Doctor puso su pie descalzo sobre el suelo de mosaico de cristal, sintió que se curaba. Se sintió más fuerte, más alto, más agudo, como si alguien hubiera pulsado un interruptor de encendido en los átomos que componían sus células. El ruido que había estado nadando alrededor de su cabeza se apagó por completo. Entonces, algo cambió. Un susurro.

—Peligro, sal, sal ahora, despierta, está cerca.

—¿Está bien, Doctor?

—¿Has oído eso? —se dio la vuelta rápidamente, como para atrapar al Espectro que estaba detrás de él—. Adelante, me reuniré contigo en un minuto —le dijo a Lori, que se había posicionado entre otro par de puertas.

Lori le hizo otro gesto de aprobación con el pulgar hacia arriba; realmente se había adaptado a eso. El Doctor esperó a que desapareciera en los baños antes de girarse para encarar al Espectro.

—¿Qué eres? ¿Qué eres realmente? —preguntó mientras se acercaba sigilosamente a la criatura. Tal vez estaba jugando con él, jugando al escondite, a la espera del momento perfecto para oscurecer su velo.

El Doctor se acercó cada vez más. La niebla alrededor del Espectro había ganado algo de energía, pero la criatura en sí permaneció completamente inmóvil.

—No puedo descifrarte. Me resultas tan familiar. Te he visto antes, pero sigo olvidándolo.

De repente, el Espectro giró la cabeza para encontrarse con la mirada del Doctor. El Doctor intentó dar un paso atrás, pero se encontró clavado en el suelo. No podía moverse. El vacío blanco que ocupaba el lugar de una cara comenzó a filtrarse de la capucha de la criatura y envolvió a su anfitrión hasta que se convirtió en pura niebla. La niebla blanca se precipitó hacia el Doctor. Se obligó a moverse, pero su cuerpo simplemente no obedeció. Con el poder y la velocidad de un tren de carga, la niebla atacó directamente el torso del Doctor y pasó por el otro lado antes de disiparse en el aire.

El Doctor empezó a jadear y a respirar con dificultad. Cayó de rodillas, jadeando y con el pecho apretado. Un corazón había cedido por completo y el otro estaba a punto de seguirle. La dificultad respiratoria lo abrumaba, sus rodillas también cedieron y ahora estaba tendido en el suelo. Podía oír advertencias y súplicas que resonaban en su cerebro.

—*El Imperio está cerca. Sávanos, Doctor. El Imperio está cerca. Salva a nuestras hijas.*

Intentó tomar aire por última vez y se dio la vuelta para quedar boca arriba. Con el rabillo del ojo vio una alcoba con una pintoresca fuente. Canalizó toda la energía que le quedaba en los brazos y se arrastró por el suelo para colocarse en la fuente. Abrió la boca y dejó que las aguas curativas del río Ratehs hicieran su magia. Su corazón silencioso empezó a latir al unísono con el otro y entonces... estuvo bien. Completamente bien, como si nada malo hubiera pasado, nunca.

—Odio los anticlímax —dijo mientras se ponía de pie de un salto. Miró a su alrededor en busca del Espectro, pero no lo veía por ninguna parte—. Todavía puedo sentirte. Todavía estás aquí. ¿Quieres mi atención? ¡La tienes! Estoy escuchando, quiero ayudar. ¿Qué es el Imperio?

No hubo respuesta.

—Entonces, ¿qué fue eso, una llamada de atención? —se le ocurrió al Doctor—. ¡Ah, no, no una llamada de atención, sino una llamada a la acción!

Los guardianes del Jardín gritaban, pero una vez más él podía sentir que su sentido de urgencia se desvanecía. Debo recordar que debo preocuparme, pensó repetidamente. Lo convirtió en su mantra.

—Pongamos en marcha este espectáculo. La Ijoa significará respuestas, las respuestas significarán soluciones—miró hacia el lugar donde una vez se sentó el Espectro e hizo una promesa—. Las soluciones significarán acción—los Bia tenían su propio tiempo para comunicarse con los antepasados. Él mismo hablaría con esos antepasados y vería qué podía averiguar.

Cuando el Doctor cruzó el umbral hacia los baños calientes, fue envuelto por una reconfortante ola de calor y el aroma embriagador de los aceites perfumados y los perfumes aromáticos. Lori, sentado en una piedra, miró hacia allí y sonrió.

—Baños es un nombre un poco inapropiado, ¿no? —dijo el Doctor mientras miraba hacia una única piscina de 25 metros que había sido tallada a mano en formaciones rocosas cristalinas.

Lori se rio entre dientes.

—Supongo que tienes razón—no había exagerado. El baño estaba literalmente lleno de agua tibia y lechosa y el Doctor podía oler la dulce miel—. ¿Dónde has estado?

El Doctor pensó por un momento. No podía recordar bien lo que había sucedido en los últimos dos minutos y tampoco le importaba demasiado.

—Explorando —dijo, repentinamente cauteloso, guardando sus cartas para sí.

Analizó las antiguas runas y los intrincados mosaicos que adornaban las paredes, cada uno de los cuales representaba cuentos populares en jeroglíficos sobre la historia entre Bia y Yewa. La mayor parte se había desportillado o desprendido, por lo que le costó mucho reconstruir una historia completa. Se detuvo frente a una estatua de mármol del tamaño de un jarrón en una hornacina cerca de los escalones que bajaban al baño. Era Kubuntu, aunque en perfecto estado. Había una hendidura en su pecho, del tamaño de una gran joya, con delicadas tallas alrededor de su borde, lo que sugería que alguna vez había contenido algo precioso.

El Doctor se dio vuelta y encontró a Lori, que estaba sumergido en el rincón más alejado de la bañera, y le hizo señas para que se acercara. Caminó hasta el borde y colocó la bata en un gancho junto a la de Lori. Luego sacó su relé de seguridad

improvisado de un bolsillo interior y comprobó el monitor para saber dónde estaban todos los jugadores clave. Fala seguía sin aparecer por ningún lado; Ruby, Mya y Nazari estaban en el santuario interior. Colocó el monitor en el suelo detrás de Lori mientras se metía en la piscina y dejaba que el agua le bañara el cuerpo.

—¡Uf! Sistemas geotérmicos, que garantizan el equilibrio perfecto de temperatura en relación con la piel. Es genial, no se detiene.

El agua lechosa se agitaba y brillaba. Bajó la mirada hacia sus pies y vio musgos y algas luminiscentes que se asomaban por las grietas del mosaico de cristal y emitían un suave resplandor relajante. El Doctor se sintió más fuerte que nunca, como si hubiera podido construir las pirámides del antiguo Egipto sin ayuda de nadie. Con una sola mano.

—Conozco esa sonrisa —dijo Lori señalando con el dedo el rostro radiante del Doctor—. Uno de nuestros mayores negocios. Las aguas curativas provienen de los profundos depósitos subterráneos del río Ratehs. Contienen minerales enriquecidos que se formaron hace mil millones de años y solo se pueden encontrar en Yewa.

—¿No en Bia? —preguntó el Doctor.

Lori negó con la cabeza.

—Te sientes fuerte, ¿no? Apuesto a que nunca querrás irte —rio.

El Doctor también se rio; Lori tenía razón. Él no quería irse. Podía quedarse allí para siempre.

—Hablando de no irse nunca —continuó Lori alegremente—. Ahí está el hombre del momento—hizo un gesto deliberado Intentó suavizar su tono por respeto—. ¿Cómo estás, amigo mío?

El Doctor se giró y vio a Bia Toh entrando por la entrada.

—Pobre hombre, debe ser una sombra de sí mismo —le susurró Lori al Doctor, señalando la túnica de Bia Toh. Desde la distancia, parecía completamente vacía. Los circuitos en los puntos eran tan tenues que se confundían con el resto de la túnica—. Ven, Bia Toh, deja que las aguas te restauren.

Bia Toh se detuvo y se inclinó débilmente. Mientras daba sus primeros pasos en las tranquilas y cálidas aguas y se acercaba a Lori y al Doctor, comenzó a sonreír. Cuando llegó a su pequeño rincón, había vuelto a ser el mismo cascarrabias de antes.

—Justo lo que necesitaba—suspiró mientras se acomodaba en el agua.

Después de él, entraron otros tres hombres Bia, se desnudaron y se unieron a ellos en los baños.

—Estos hombres también son de la Corte Suprema. Han estado aquí incluso más tiempo que Bia Toh—informó Lori al Doctor—. Bia Chey, Bia Tatu y Bia Ugon, conocé al Doctor.

—Un placer. ¿Y ahora qué? —preguntó el Doctor, ansioso por comenzar la ceremonia. Ahora, en presencia de otros, no se sentía del todo bien y pensó que cuanto más rápido comenzara y terminara, más rápido podría volver a lo que se suponía que debía estar haciendo. ¿Y qué era? Piensa, Doctor, piensa.

—Bueno... esto —dijo Lori casualmente, interrumpiendo el hilo de pensamiento del Doctor.

—¿El qué?

—Esto. Hacemos esto. Nos relajamos, nos mimamos, charlamos, cotilleamos, ya sabes, cosas de hombres—respondió Lori.

—Cosas de hombres... —el Doctor estaba perplejo—. Entonces, ¿no hay necesidad de pedir consejo a los antepasados?

Los hombres de la Alta Corte de Bia se rieron estrepitosamente.

Bia Toh suspiró.

—Ah, gracias, Doctor, realmente lo necesitaba. No, no nos involucraremos en exhibiciones tan ávidas de superstición. Toda esa comunión con los antepasados, bueno, es solo folclore. Solo decimos que lo hacemos para mantener viva la tradición, pero no, en realidad no es lo nuestro. Nos comunicamos con los vivos.

El Doctor se puso de pie.

—Entonces, ¿por qué me necesitáis aquí? Hay un millón de otras cosas que podría estar haciendo, como...

—¿Cómo qué? —preguntó Lori—. Tu amiga está a salvo, Nazari está a salvo, nosotros estamos a salvo. ¿Qué te queda por hacer, Doctor?

—Tengo que averiguar cómo han entrado y por qué...

—¿Por qué y qué? ¿A quién le importa el por qué y el cómo? Lo único que importa es el ahora. Y por ahora, estamos todos bien.

—¿Cómo es posible que no te importe que haya atacantes sueltos? Bia Can y los Bia vigi... —el Doctor se quedó sin aliento mientras miraba a Lori y a la corte. Se encogieron de hombros con apatía.

—Supongo que tendremos que cruzar un puente una vez que lleguemos allí —dijo Lori—. Por ahora, relájate, Doctor, se supone que deberías estar de vacaciones. Y como mi visir temporal, tu único trabajo es sentarte y chismorrear—dijo tirando del brazo del Doctor, obligándolo a sentarse de nuevo—. Tienes que relajarte—dijo enfáticamente.

—Eso me recuerda, señor —dijo una voz, cortando la tensión. Era Bia Chey—. Alteza, ¿ha pensado en un sustituto para el puesto de visir?

Ahora era el turno de Bia Toh de ponerse de pie de un salto. Indignado, gritó:

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves, Bia Chey? Los cristales de Bia Can ni siquiera han tocado el suelo.

Bia Chey levantó la mano en señal de disculpa.

—Lo entiendo, Bia Toh. Pero debemos pensar en nuestro futuro. Mañana vendrán socios comerciales de todo Chimandra. Debemos pensar en Bia.

—Bia está bien —se burló Bia Toh—. Dime, en los años que llevamos aquí, ¿cuándo ha sido la última vez que has recibido una oración? —el silencio se apoderó de la habitación mientras esperaba una respuesta—. Exactamente.

—Bueno, no depende de ti, ¿verdad, Bia Toh? —Bia Chey se puso de pie y caminó hacia Lori, asegurándose de pasar deliberadamente junto a Bia Toh por si acaso—. ¿Su Alteza?

Bia Toh se giró e intentó agarrar a Bia Chey.

—Paciencia, Bia Toh, paciencia —dijo Lori, sujetándolo suavemente del brazo. Él sonrió—. Entonces, Bia Chey, quieres ser mi visir. ¿Qué te hace mejor que Bia Ugon o Bia Tatu?

Bia Chey se burló de la comparación.

—¿Y qué se supone que significa eso? —preguntó indignado Bia Ugon. Era un hombre delgado, pero animado. Mientras hablaba, se aseguraba de utilizar todos sus

miembros para encarnar plenamente la emoción de lo que estaba transmitiendo. Bia Tatu, por el contrario, era del tipo fuerte y silencioso. Con diferencia, el más alto y cincelado de los hombres del baño, permanecía sentado muy quieto, como si estuviera en un estado meditativo constante, negándose a ejercer más energía de la estrictamente necesaria.

—Ya sabes lo que significa —espetó Bia Chey—. Tengo cien años de experiencia más que los dos juntos. Tatu está aquí sólo porque heredó su puesto. No tiene verdaderas dotes de líder.

De repente, Bia Tatu se abalanzó sobre Chey. El agua se activó cuando las tensiones pasaron el punto de ebullición y el líquido lechoso comenzó a hervir por los lados de la piscina, estrellándose contra las baldosas. El Doctor podía sentir la energía de los agravios pasados y los egos heridos alimentando el baño, aumentando la temperatura. Toda la piscina ahora era efectivamente un jacuzzi gigante.

Se sentó, preparado para saltar a un lugar seguro si la temperatura subía más. La estupidez e ineptitud del patriarcado prevalecerán en todas las galaxias, pensó para sí mismo. Después de varios intentos fallidos de sofocar el choque de egos, junto con gestos obscenos y exhibicionismo ostentoso que hicieron que los cristales parpadearan erráticamente, el Doctor, que tradicionalmente no tenía tiempo para exhibiciones tan obvias de pavoneo, se encontró en alerta máxima. Distancia tu mente. El agua había adormecido su cuerpo con una falsa sensación de seguridad, pero algo en la atmósfera había cambiado. Estaba cada vez más concentrado en los acontecimientos que se desarrollaban frente a él. Podía saborear el torrente de emociones que se había acumulado entre los hombres. Sabía a peras viejas. Esa era la peor parte.

Una tormenta repentina se desató sobre el baño, y una niebla blanca se cernía sobre las aguas antaño tranquilas.

El primer golpe vino de Bia Tatu. Fue rápido e inesperado, y aterrizó de lleno en la mejilla de Bia Chey. Luego, un golpe salvaje atravesó el aire a una velocidad enfática y se plantó en el estómago de Bia Ugon, enviándolo a volar a través de la piscina. Aterrizó con un resonante chapoteo, enviando ondas de choque a través del agua. En el caos que siguió, los cuerpos chocaron y se agitaron, cada hombre luchando por dominar en el agua poco profunda. De repente, el agua ganó velocidad y comenzó a girar, con Lori y el Doctor como el centro del remolino resultante.

—El ego de los hombres, ¿eh? —se rio Lori—. No sé por qué estáis luchando; el Doctor es el que tiene el trabajo en estos momentos.

Antes de que pudiera responder, el Doctor se encontró arrastrado hacia el vórtice, dando vueltas con el resto de la Alta Corte.

Mientras inhalaba involuntariamente tragos de la piscina, Lori amplió su postura, preparándose para el momento en que el Doctor lo pasara de nuevo. Se balanceó hacia adelante y hacia atrás, buscando el momento perfecto para alcanzar al Doctor y agarrarlo, tirándolo hacia la seguridad del ojo de la tormenta. El agua que se agitaba a su alrededor, espumosa y arremolinándose, se detuvo en un instante cuando los hombres dejaron de luchar momentáneamente.

Uno a uno, se liberaron de sus puños apretados y de sus fuertes agarrones y se volvieron hacia el Doctor. Caminaron lentamente hacia él, con amenaza en sus ojos.

—Bia Toh... ¿qué estás haciendo? Detén esto de inmediato —ordenó Lori—. ¿Bia Chey? ¿Bia Tatu? ¿Bia Ugon? ¿Qué significa esto? —se paró frente al Doctor.

Los hombres continuaron avanzando hacia el Doctor, el “visir” que se interponía en su camino, como si estuviera poseído por celos furiosos, con los ojos oscuros como la noche.

Lori se hizo a un lado para encarar al Doctor.

—¿Deberíamos? —con un gesto de la cabeza, señaló la puerta que estaba al otro lado de la piscina.

—Sí, sí, sí —concordó el Doctor.

Los dos hombres salieron de la piscina y se pusieron sus túnicas. Bia Chey, Bia Ugon, Bia Tatu y Bia Toh, todavía concentrados en el Doctor, continuaron caminando hacia ellos.

¡BUM! ¡BUM! ¡BUM!

Los hombres se giraron para buscar el origen de los golpes.

Fala y los Marcados a Fuego habían atravesado las puertas dobles y, con precisión militar, rodeaban la piscina. Los ojos del Doctor se movían de izquierda a derecha mientras analizaba la situación. Lori a su lado, la Alta Corte de Bia en la piscina, cinco miembros de los Marcados a Fuego en cada longitud y Fala de pie directamente frente a ellos. Estaba acostumbrado a ser superado en número, pero por lo general todos tenían el mismo objetivo. ¿Tal vez podría usar esto a su favor?

El Doctor miró a su alrededor. El relé de seguridad había desaparecido en medio del caos, había sido arrastrado contra una pared. Se apresuró a recogerlo. Las pantallas estaban en blanco: ni una sola alarma, ninguna señal de violación.

—Por orden de los Marcados a Fuego... —empezó Fala.

—¡Espera! —gritó el Doctor—. Necesito un poco de silencio por un segundo.

Su descarada arrogancia dejó atónitos a todos los presentes. Allí estaba un hombre que se enfrentaba a múltiples amenazas, un miembro de la Alta Corte de Bia furioso y unos insurgentes armados de los Marcados a Fuego, y les estaba diciendo que esperaran. La Corte volvió a empezar con su alboroto y de inmediato se encontró con un:

—Os he dicho que esperarais. Quieren matarme, quieren mataros a vosotros, todos tendréis vuestra oportunidad en un segundo, pero yo necesito un momento—recorrió los planos, desde el piso superior hasta el sótano.

Fala estaba de pie frente a él. Allí estaba, tan grande como la vida misma, pero su pequeño punto parpadeante no aparecía en la pantalla que tenía en la mano.

—Simplemente no tiene sentido... A menos que...

Fala amartilló su arma. El resto de los Marcados a Fuego hizo lo mismo.

—Doctor, creo que ya estamos en ese puente —dijo Lori juguetonamente.

—Lori, Príncipe de Bia, ordenarás a tu gente que abandone este lugar de inmediato —dijo Fala.

—Nunca pensé que saldría a la calle en bañador—le devolvió la sonrisa.

—¿Es realmente este el momento para bromas tiernas? —preguntó el Doctor, completamente estresado por la respuesta de Lori al peligro inmediato.

—Se te ordena a ti y a tus hombres que os vayáis, o estas aguas se volverán rojas con vuestra sangre —siseó Fala.

El Doctor se puso delante de Lori, y los Marcados a Fuego apartaron sus armas de la Alta Corte de Bia y las apuntaron hacia él.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¿Cuál es el significado de todo esto? El asesinato a sangre fría no puede ser la respuesta, Fala—dijo el Doctor—. Por favor. Pero... ¿eres Fala?

Fala se quedó desconcertada por un momento. Algo en su rostro cambió. No su

expresión como tal, pero por un momento, una fracción de segundo, el Doctor vio que su rostro se transformaba en el de otra persona.

—Ya deberías haberte ido. Se lo he advertido a Ruby—Fala dirigió su atención a una de los miembros de los Marcados a Fuego—. Dana, mátalos.

La joven miró a Fala con los ojos llenos de sorpresa.

—Me has oído, Dana —insistió Fala—. Mata al Doctor.

Siguiendo las instrucciones, Dana miró al Doctor en tono de disculpa y levantó su arma.

—¿Dónde está Fala? ¿La verdadera Fala? No puedes ser ella, a menos que...

—¿Por qué estáis haciendo esto? —preguntó Bia Chey—. Hemos creado nuestro hogar aquí. Este planeta es tan nuestro como vuestro: terroristas.

—¿Nosotros? ¿Terroristas? —Dana sonrió—. En cada Ijoa, los Bia vienen y...

Bia Chey saltó de la piscina con una agilidad infernal y se abalanzó sobre ella. Agarró el arma y la volvió contra ella, retrocediendo hacia Lori y el Doctor con Dana en una llave de cabeza. La soltó, pero mantuvo la boquilla firmemente presionada contra su espalda.

—Fala, tengo miedo —dijo Dana.

Fala simplemente se encogió de hombros. El Doctor observó cómo los ojos de la niña se llenaban de lágrimas ante la conmoción de la traición.

Bia Chey activó el seguro.

—¡No! —gritó el Doctor.

Demasiado tarde. Bia Chey le disparó a Dana por la espalda y el cuerpo de la joven se convirtió instantáneamente en cristal.

El Doctor se quedó boquiabierto por la sorpresa. Se abalanzó sobre Bia Chey y agarró el arma con una mano, para luego arrojarla a la piscina.

—Un movimiento más y nos hago estallar a todos—dijo mientras sostenía el dispositivo de seguridad como si fuera un detonador.

—Estás mintiendo—dijo Fala.

—Definitivamente no lo hago—dijo el Doctor. Definitivamente sí, pero no podía dejar que lo supieran—. Si hay algo que debéis saber sobre mí, hay varias cosas que debéis saber sobre mí. Una, no me gustan las armas, nunca me han gustado y nunca me gustarán. Dos, odio que me amenacen; me parece extremadamente borde, para ser sincero. Tres, haré cualquier cosa para proteger a mis amigos, cualquier cosa. Ahora quiero que me miréis a los ojos porque puede que haya sido mucho más de lo que me gusta. Gente, pero me han dicho que mis ojos no cambian mucho. Tengo más sangre en mis manos de la que podáis imaginar. Y no dejaré que ni una gota vuestra moleste mi conciencia si eso significa proteger a mi amiga. Nadie vive, todos mueren. Eso es lo que todos queremos, claramente, ¿no es así? ¿La carnicería? ¿El fuego del infierno? He conectado este relé de seguridad a los sistemas de irrigación del Jardín. Presiono este botón y todos caeremos. Un movimiento más, volaré todo este lugar por los suelos.

Algunos de los Marcados a Fuego bajaron sus armas.

Fala negó con la cabeza.

—Está mintiendo. Él mismo lo ha dicho: nunca pondría en peligro su preciada Ruby. Apuntad.

Los Marcados a Fuego se rearmaron, pero, sin instrucciones claras, todos apuntaron sus armas en diferentes direcciones, algunos a Lori y al Doctor, otros a la Alta Corte de Bia.

—Muy bien, entonces. ¡Plan dos! —el Doctor presionó un botón en el relé de seguridad.

De inmediato, una alarma aullante resonó en la sala, un chillido agonizante. Los Marcados a Fuego dejaron caer sus armas para taparse los oídos. Bia Ugon fue el primero de la Alta Corte de Bia en aprovechar la interrupción. Se subió a los demás en un intento de salir de la piscina. Bia Tatu y Bia Toh no estaban muy lejos de él.

Lori agarró al Doctor de la mano y tiró de él hacia una pared lisa que había detrás de ellos. Él la abrió y lo atrajo hacia adentro, dejándola abierta el tiempo suficiente para que el resto de la Corte pudiera pasar mientras esquivaban y se movían para evitar el intenso fuego del pequeño ejército de Fala.

—Lo siento, Doctor —dijo Bia Toh—. Lamento haberte atacado. No sé qué me ha pasado.

—No hay tiempo—el Doctor tecleó en la pantalla. Afuera podía oír a los Marcados a Fuego reagrupándose, golpeando las paredes—. Bien, deberían estar estancados allí por ahora, pero...

—¿Pero qué?

El Doctor giró la pantalla con tristeza para mostrarles a los hombres que tenía delante cómo varios puntos negros parpadeantes convergían en un solo lugar.

—Las alarmas están convocando a los Espectros al santuario interior.

—Conozco un atajo —dijo Bia Chey, liderando el grupo por el pasillo.

CAPÍTULO DIEZ

Una vez más, completamente ajena a la fatalidad inminente que se acercaba rápidamente a su ubicación, una Ruby asombrada se encontraba en la intersección de caminos en el medio del santuario interior.

El aire del templo que la rodeaba llevaba un leve aroma a flores exóticas, no muy distinto de las que había encontrado cuando llegaron por primera vez. Pero esta vez había una diferencia perceptible: estas flores olían más naturalmente dulces, mientras que en el mercado había un fuerte aroma artificial subyacente. Como la diferencia entre fresas frescas y un dulce con sabor a fresa. Miró hacia el laberinto de caminos intrincadamente tallados del templo, cada uno bordeado de diversas flores iridiscentes, que conducían a una salida, a otro camino o a un pequeño altar.

Pido orientación a Kubuntu.

Ruby se giró para encontrar la fuente del macabro susurro que acababa de escuchar.

Hago un llamamiento a mis antepasados para que me den sabiduría.

Otra voz, esta vez detrás de ella. Se giró de nuevo.

Reemplaza mis ojos con los tuyos para que pueda ver la verdad.

Las innumerables voces se superponían y chocaban entre sí. Podía sentir el peso de la historia aplastándola desde todas las direcciones. Millones de almas susurrando los restos de antiguos rituales y los ecos de oraciones olvidadas.

Cuando el pánico inicial se disipó, Ruby sintió que la presión contra su cuerpo no parecía tanto una opresión como una sujeción. Se sintió sujeta, como si las voces incorpóreas fueran lo único que la mantenía en pie.

Ella se sintió inmávida.

Ruby miró hacia abajo para comprobar si sus pies seguían en el suelo. Lo estaban, pero apenas; apenas se podía deslizar una hoja de papel entre las plantas de sus pies y el camino que había debajo de ellos. Ruby sonrió. La paz que había sentido cuando aterrizó por primera vez en Yewa había regresado y la hacía sentir invencible.

—La verdad es que no se detiene—se maravilló mientras observaba el estado

prístino del antiguo templo. Normalmente, cuando algo había estado abandonado durante miles de años, se convertía en ruinas, pero el tiempo no tenía el mismo efecto en Yewa que en la Tierra.

Se sintió atraída por una flor en particular. Los pétalos prismáticos brindaban una exhibición de tonos en constante cambio que se reflejaba en las gotas cristalinas que caían en las miríadas de fuentes, arroyos y estanques a lo largo del santuario.

¡Achú! La flor expulsó pequeños charcos de polen claro de sus estambres y estornudó otra vez.

—Bendita seas—dijo—. Una flor que es alérgica a sí misma, una auténtica pesadilla. —de pronto se dio cuenta de que había estado perdiendo el tiempo y que había gente esperándola—. Bien, ¿qué había dicho Mya que hiciera cuando llegara? —se quedó parada un momento preguntándose por qué alguien pensaba que era una buena idea dejarla sola en su santuario más sagrado.

—Ruby, ¿eres tú? —dijo una voz—. Sigue el arroyo.

Era Mya; Ruby recordaba el sonido de su voz.

—Sí, soy yo, pasando ahora mismo—giró 90 grados y siguió la corriente de agua murmurante, entre el suave susurro de las hojas grandes, hasta que se encontró de pie al pie de una imponente estatua de Kubuntu.

Tallada en mármol negro ónix y acentuada con cuatro joyas y piedras preciosas, Kubuntu sostenía en sus manos extendidas un orbe brillante de luz blanca.

Hasta ese momento, Ruby no había visto ninguna representación real de Kubuntu, solo la representación en el mercado y los jeroglíficos ruinosos en las catacumbas.

Era hermosa. El tipo de belleza que te hace reevaluar el significado mismo de la palabra.

Ruby dio un paso hacia adelante, pero antes de que su pie pudiera tocar el suelo, se sintió arrastrada hacia la base de la estatua. Comenzó a entrar en pánico y comenzó a dar patadas y puñetazos en el aire.

Quedar atrapada en un rayo tractor tradicionalmente no era una experiencia divertida para ella.

Pero ella encontró consuelo en las sonrisas de Mya y Nazari, que la esperaban al

otro lado.

Ella se permitió relajarse.

De vuelta en los túneles, las piernas del Doctor comenzaron a sentirse pesadas. No era una experiencia inusual para él, correr simultáneamente hacia y desde el peligro, pero este nivel de agotamiento mental y físico se sentía extraño. Liderados por Bia Chey, corrió a través de la errática red de túneles con Lori y los otros dos miembros de la Corte. Con cada giro y vuelta, los corredores parecían volverse más estrechos, comprimiendo hasta el aliento de sus pulmones.

Lori se detuvo, empapado en sudor.

—Seguid sin mí —susurró.

—No, no te dejaremos —dijo Bia Toh, regresando para ver cómo estaba su príncipe.

—Realmente no tenemos tiempo para esto —respondió el Doctor, intentando encontrar un equilibrio entre apoyo e insistencia. Miró la pantalla del monitor—. Los Espectros están... —se quedó en silencio.

—¿Qué, Doctor? —preguntó Lori.

El Doctor parpadeó y luego golpeó el costado del dispositivo. Había comenzado a fallar. Aparecieron y desaparecieron líneas estáticas en la pantalla como si se tratara de una grabación de VHS rebobinada. Lo golpeó nuevamente y la imagen se restableció.

—Mucho más efectivo que un destornillador sónico —dijo—. Bien, los Espectros todavía se están moviendo hacia el santuario interior—se detuvo nuevamente, desplazándose por el mapa de los túneles—. No nos hemos acercado más. Hemos estado dando vueltas en círculos—se volvió hacia Bia Chey y olfateó el aire—. Cargas térmicas.

De repente, el sonido de pasos que los perseguían resonó a través de los túneles.

—Fala —dijo Bia Toh con miedo.

—Tenemos que movernos —dijo el Doctor, abandonando la noción de apoyo y volviéndose totalmente insistente.

Bia Chey despegó de nuevo y los demás lo siguieron. Esta vez, sin embargo, el

Doctor aceleró el paso y avanzó como líder del grupo, confiando en la pantalla para orientarse. Sintió que tenía que esforzarse más para concentrarse; se oían susurros en las paredes.

Mantente alerta...

Intentó bloquear los susurros, pero no pudo evitar la sensación de que eran importantes. ¿Qué podían significar? ¿Los Jardines necesitaban algo...? Detuvo esa línea de pensamiento. El sonido de pasos parecidos a tambores y cánticos llenos de furia se acercaba. Siguieron corriendo, a través de pasillos tortuosos y poco iluminados y largos corredores en sombras.

—Vamos a la izquierda en el cruce en T —gritó el Doctor sin mirar atrás. Había algo en los susurros que todavía lo molestaba. Desde el spa, había oído ecos de voces en su cabeza, pero todas hablaban a la vez, así que todo lo que podía pronunciar era una palabra aquí y una frase allá. ¿Qué imperio? ¿El Imperio Bia? ¿Era ese el asunto de los antepasados?

Las Sombras. Observa las Sombras.

Y allí estaban las voces de nuevo. Las sombras ahora bailaban, la misma coreografía del festival en el mercado. ¿Qué proyectaba las sombras?

Giró a la izquierda y se encontró liderando la carga contra una facción de miembros enfurecidos de Marcados a Fuego.

—Doctor, eres estúpido—dijo, dándose un golpe en la cabeza con la palma de la mano—. ¡Cambiamos de rumbo! —gritó, girando 180 grados. Llevó al grupo de vuelta por donde habían venido, por el largo y oscuro pasillo.

—Doctor —dijo Bia Ugon, señalando a una segunda pequeña facción armada de los Marcados a Fuego que los había detectado y se dirigía hacia ellos. Los dos grupos se acercaban a ellos.

—Arriesguémonos con las sombras imposibles—dijo el Doctor. Se alejó a grandes zancadas por la única ruta de escape, con los demás pisándoles los talones, pero luchando por seguirles el ritmo.

De repente, las sombras saltaron de las paredes y se transformaron en una niebla negra. Las formas gaseosas se solidificaron en un enorme Espectro que se acercaba a ellos. Bia Ugon tropezó y al instante se convirtió en una pila de cristales.

No había tiempo para detenerse. Tenían que seguir corriendo. Bia Chey empezó a verse peor, sudando y jadeando. Sin hacer comentarios ni avisar, se detuvo y se giró, encarando al Espectro con los brazos abiertos, en un acto de rendición. Y, cuando un dedo huesudo se estiró para tocarlo, Bia Chey murió frente a ellos. Sin embargo, no murió transformándose en cristales como todos los demás; en lugar de eso, se disolvió en una niebla negra y fue absorbido por el Espectro.

No había tiempo para lamentarse. Ruby estaba en peligro y esa era la prioridad principal del Doctor. Empezó a correr de nuevo, su cerebro corría tan rápido como sus piernas. Tres formas de morir: desplomarse sobre sí mismo, convertirse en cristal y, ahora, ser absorbido. Demasiadas inconsistencias. Para que tantas cosas no tengan sentido, tiene que ser deliberado. Alguien o algo está orquestando deliberadamente este caos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ruby, emocionada por ser parte de la ceremonia que se avecinaba, a pesar de que le habían dado pocos o ningún detalle de lo que implicaría.

Mya y Nazari se arrodillaron una frente a la otra, en un círculo de cristales, en la base de la estatua.

—Bueno, ahora, por lo que he leído, la Guardiania de los Jardines y la heredera de Kubuntu se unen en su altar para pedirle orientación en la Ijoa de mañana —dijo Mya, señalando la estatua.

Nazari sonrió y miró a Ruby, invitándola a unirse a ellas en el suelo.

—Y tú darás testimonio.

—Oh, es como una boda —las palabras salieron de la boca de Ruby antes de que pudiera detenerse—. Quiero decir, no es una boda, ¿quién ha dicho nada de bodas?

Tanto Mya como Nazari apartaron la mirada y, al hacerlo, se encontraron mirando a Ruby. Ella se puso tan roja como su nombre prometía y deseó que el suelo se la tragara por completo.

—Uf —Mya hizo una mueca, como si acabara de comerse una naranja después de cepillarse los dientes—. No te sientas tan culpable, querida Ruby, ya lo noto desde aquí— se rio.

Nazari también se rio, intentando contener las náuseas.

—Eres muy picante, Ruby.

—No hay forma de esconderse en el santuario de Kubuntu. Ella lo revelará todo— continuó Mya con una sonrisa. Golpeó el suelo junto a ella, invitando nuevamente a Ruby a unirse a ellas.

—¿Os dais cuenta de lo mucho que significáis la una para la otra? —dijo ella, aceptando la invitación—. Cada vez que alguna de las dos habla, vuestros tatuajes brillan de una manera que nunca he visto en Yewa.

Y así lo hicieron. Mya y Nazari iluminaron el altar. Ahora, sin embargo, sus tatuajes brillaban con la vergüenza de que aquella perfecta desconocida las hubiera llamado la atención.

—Vamos —añadió Ruby—. No podéis negarlo.

Mya se permitió sonreír, aunque fuera por un momento.

—Aunque me duela decirlo, Nazari tiene razón. Sé que no hay lugar para ambas. Una vez que la ljoa esté completo, Nazari y Lori estaréis unidos por la cadera. Ese es el precio de nuestro deber, y estoy... bien con eso.

Ruby sabía que eso no era cierto. La vacilación en la voz de Mya le decía todo.

Mya suspiró y continuó:

—Desearía... sólo desearía...— había algo que necesitaba decir, pero no podía hacerlo.

—¿Qué? —preguntó Nazari, buscando una respuesta—. Ya no me hablas nunca más. He estado esperando esto: un momento, un lugar donde ni siquiera tú puedes ocultarme secretos. Entonces, ¿qué es, Mya? ¿Qué deseas? ¿Deseas no haberme amado nunca? —dijo la última parte con tanta ligereza, como si no hubiera forma de que pudiera ser verdad. Pero el silencio con el que se encontró reveló todo lo que necesitaba saber—. ¿De verdad, mi am... Mya?

Mya contuvo las lágrimas.

—Vamos, empecemos. Si nos molestamos más, no podremos conectarnos con los ancestros.

—¿Por qué? —preguntó Ruby—. Además, ¿cómo sabes todo esto? ¿Dónde están tus padres o...?

Se quedó en silencio al darse cuenta de que no había visto a una sola persona mayor, ni siquiera a un adulto de verdad. Nadie en el planeta podía tener más de treinta años.

Ahora fue el turno de Nazari de contener las lágrimas y respirar profundamente.

Levantó ambas palmas, una hacia cada una de las mujeres que tenía delante, y envolvió sus pulgares alrededor del dorso de sus manos.

—En su mayor parte, es instinto... Los campos telepáticos de los cristales nos educan. Se necesita mucha fuerza emocional y espiritual para conectarse con los antepasados. Debe haber una paz absoluta entre los descendientes y en el santuario.

—¿Por eso sólo somos tres?

—Para mantener las variables a raya—dijo Nazari—. Una heredera, una guardiana, una testigo. Hace unos cientos de años, este lugar habría estado lleno de testigos, según los tomos.

Ruby miró a su alrededor. El espacio era tan grande que una reunión tan íntima se sentía extraña.

—¿Dónde están vuestras familias? —preguntó.

Nazari sonrió.

—La familia funciona un poco diferente aquí. Los yewanos nacemos y no nacemos; nos reencarnamos al nacer. Nos convertimos en cristal y regresamos al planeta. Somos en parte nuestros antepasados. Podemos acceder espiritualmente a sus corazones, sus mentes, su vista. Pero con cada reencarnación sin la ljoa, nuestra conexión con los antepasados se ha debilitado hasta el punto de que ahora no hay nada. Tal vez si podemos conectarnos con ellos nuevamente, puedan decirnos cómo salvar nuestros Jardines.

Mientras hablaba, la luz del orbe de Kubuntu se levantó de las manos de la estatua y flotó en medio de ellas.

—Ésta es la conciencia colectiva de los descendientes de Kubuntu, nuestros antepasados. ¿Te gustaría conocerlos también, Ruby? —preguntó Nazari.

Ruby asintió.

—No te desanimes, entonces —le ordenó Nazari—. Encuentra tu paz y aférrate a

ella.

La luz del orbe estalló en tres corrientes diferentes y conectó cada una de ellas en el corazón.

Ruby pensó en su pequeño apartamento en Londres, en Carla y Cherry. Pensó en el Doctor, la TARDIS y sus muchas aventuras.

Ups, demasiado lejos, estaban pasando algunos momentos realmente estresantes.

De vuelta al piso. Sí, la comida de mamá, la risa de la abuela.

Ruby observó cómo los ojos de Nazari cambiaban literalmente de color, forma y tamaño. Eran sus ojos, pero al mismo tiempo no lo eran.

—Invoco a Kubuntu para que me guíe, invoco a mis antepasados para que me den visión, reemplaza mis ojos con los tuyos para que pueda ver la verdad—susurró Nazari.

Ruby parpadeó.

Cuando abrió los ojos, se encontró en el foso de un pequeño anfiteatro elíptico, de pie sobre agua blanca lechosa, rodeada de decenas de antepasados yewanos. Hablaban en susurros, que resonaban en voz baja de una manera que pasaba desapercibida para los órganos óticos y las sinapsis y luego se instalaba en lo más profundo de su subconsciente. Allí estaba de nuevo, ese antiguo idioma de las catacumbas. Un idioma tan antiguo que algunas palabras no se podían traducir al inglés, pero, por lo que Ruby pudo descifrar, los antepasados no daban su bendición y la ljoa no debía seguir adelante.

Mya y Nazari intercambiaron miradas. Esta era su última esperanza de salvar los Jardines y a la raza yewana de la extinción.

—¿Por qué decís eso? —susurró Nazari—. ¿Qué queréis decir? ¡Nuestra gente se está muriendo! ¡Vuestra gente se está muriendo!

No hubo respuesta.

Nazari reunió a Mya y Ruby junto a ella, se agachó, sus frentes se tocaron, una especie de reunión a mitad del partido.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

—No estoy segura —susurró Mya—. Esto no tiene precedentes.

—Bueno, leéis los tomos antiguos, ¿no? —dijo Ruby—. Debe haber algo ahí.

—Por lo que he podido entender, la parte de pedir la bendición era más bien ceremonial—dijo Mya sin poder ocultar su creciente pánico—. Les pedimos la bendición, dicen que sí, y todos siguen adelante.

—Pero no es así —dijo Nazari sacudiendo la cabeza—. Está claro que la terquedad corre por las venas de tu familia.

—No sé, ¿no podéis pedirles que lo aclaren? —preguntó Ruby.

Mya y Nazari hablaron y hablaron, pidiendo a los antepasados largamente, pero no recibieron ninguna aprobación.

—Nuestros jardines están sitiados, se están muriendo —dijo Mya con voz cada vez más estridente—. ¡La Ijoa debe seguir adelante o Yewa estará acabada!

Ruby deseaba que la TARDIS pudiera aclararle las cosas. ¿La matriz de traducción no funcionaba en las visiones o en lo que fuera que estuviera sucediendo aquí? Todavía podía oír a Mya y Nazari como si estuvieran hablando inglés, pero...

¿Deseas comprenderlo completamente?

Ruby no podía estar segura, pero sintió que la pregunta estaba dirigida a ella.

La historia se repite y nuestras hijas son testarudas.

Ruby parpadeó de nuevo y se sintió transportada. Ahora estaba de pie junto a Mya y Nazari en lo más alto del anfiteatro, mirando hacia el lugar donde acababan de estar.

Al principio de los tiempos, cuando el universo era vasto y nada a la vez, nació Chimandra, una diminuta galaxia en el borde del universo. Chimandra, a su vez, dio origen a Kubuntu, y Kubuntu fue la primera vida.

Ruby ya había oído esto antes; era la historia de cómo Yewa y Bia surgieron. Del agua surgió el santuario interior.

Y luego, muchos años después, surgió un imperio de oscuridad... y le demostramos amor...

Ruby fue testigo de escenas brutales en el agua. Ella, Mya y Nazari vieron cómo se desarrollaban Ijoa tras Ijoa en rápida sucesión. Cada una de ellas terminaba con los Bia diezmando sin piedad los Jardines para la cosecha y matando a cualquiera que se interpusiera en su camino. Mya lloró mientras mujeres casi idénticas a ella caían sin vida al suelo, Guardianas tras Guardianas convirtiéndose en montones de cristal azul frente a

ellas.

No más. No más.

Los antepasados se gritaban unos a otros, el recuerdo era demasiado doloroso para relatarlo. La imagen comenzó a desmoronarse en el agua. Con un shock desgarrador, Ruby se encontró nuevamente en el agua. Cuando sus sentidos se recuperaron, se dio cuenta de que la respiración de Nazari se estaba volviendo pesada y trabajosa.

—¿Qué pasa? —preguntó Ruby.

—El dolor de los antepasados se está convirtiendo en el suyo. Su conexión es demasiado fuerte—Mya sostuvo a Nazari en posición vertical, acunándola en sus brazos mientras la bajaba al suelo—. Mi amor, debes mantener la calma...

—Tengo tantas preguntas —jadeó Nazari, agarrándose el pecho—. Pero los antepasados... Puedo sentirlo todo.

—Debes relajarte, Nazari, ¿me oyes? Respira...

Y así el ciclo se repite.

En ese momento, Ruby lo entendió.

—Nazari, tienes que mantener la calma. Sé que eso es lo menos útil que se puede escuchar, pero esa es la razón del enorme secreto. Esa es la razón por la que las ljoas dejaron de pasar de repente. Aprender la verdad es tan doloroso, tan violento que es más fácil no decir nada. No hacer nada. No aprender nada. Pero luego repites los mismos errores porque nunca aprendes. El crecimiento es tan doloroso porque, además de todo lo demás, altera el *status quo*, altera la paz. Pone en perspectiva todo el asunto de que “la ignorancia es una bendición”.

Nazari asintió.

Mya sostuvo una mano y puso la otra sobre su pecho. Inhalaron juntas, regulando la respiración al unísono hasta que Nazari se calmó.

—Hago las paces con la verdad, sin importar el coste—dijo Nazari.

Entonces... ¿toda la verdad?

—Sí, toda la verdad, y nada de esas tonterías crípticas y sin sentido. Simplemente, id al grano—Ruby chasqueó los dedos, alentándolos a seguir adelante. No estaba segura

de dónde había surgido esa sensación de urgencia, pero algo no estaba bien.

Algo se sentía muy mal.

Ruby miró a Mya; ella también podía sentirlo.

—Hay un disturbio en el santuario interior —dijo Mya.

Los antepasados se desvanecían, pero exhalaban un mensaje final.

¡Cuidado con el Imperio, hijas mías!

Cuidado con el Imperio.

De repente, Ruby sintió que la sacaban de la visión. Luchó por concentrarse en la paz, con la esperanza de que eso la estabilizara en este mundo.

Pero ya era demasiado tarde.

—Por aquí —dijo el Doctor mientras giraba bruscamente a la derecha—. Ya casi llegamos.

«Ánimo, Ruby», pensó. Hasta ahora, en cada curva había habido un Espectro o uno de los luchadores de Fala. Casi siempre habían logrado evadir la detección, pero el Doctor podía sentir que su suerte se estaba agotando.

—Doctor, no estoy seguro de poder seguir así por mucho más tiempo —dijo Lori, apoyándose en Bia Toh mientras corría.

—Ya casi hemos llegado—el Doctor miró la pantalla y aún podía ver los puntos parpadeantes que convergían en el santuario interior—. Los Espectros se han vuelto rebeldes y se dirigen directamente hacia Ruby y Nazari.

Se detuvieron, jadeando, y el Doctor señaló la pared.

—El santuario interior está al otro lado—volvió a mirar el relé de seguridad. Ya no había ningún punto parpadeante que se dirigiera hacia su ubicación. Se detuvo un momento y golpeó la pantalla. Nada cambió.

El Doctor dio unos pasos enormes hacia atrás antes de atacar la puerta, con el hombro por delante. La puerta se abrió de golpe y se encontró en el santuario interior. Saltando sobre plantas y rocas cristalinas, siguió el arroyo, con Lori y las otros dos Bia a

cuestas.

—Debemos ser amables —dijo Bia Tatu—. Si Nazari y los demás han comenzado su ritual, no debe haber ninguna alteración de la paz, o podría matarnos a todos—rara vez hablaba, pero su rostro tenía subtítulos y, cuando lo hacía, siempre lo hacía de manera racional.

—Tomado nota —dijo el Doctor mientras continuaba a lo largo del arroyo y entre las plantas altas. No podía conciliar este aspecto de Bia Tatu con el estallido de violencia aleatorio del hombre anterior. Entonces el Doctor se detuvo y susurró—. Los Espectros están justo delante—con cuidado, guio a su grupo hacia adelante hasta que se abrió paso entre una espesura de maleza y se detuvo de repente y confusamente.

No había espectros, solo cuatro figuras enmascaradas que apuntaban con sus armas a Ruby, Nazari y Mya, quienes todavía estaban en trance, pero habían comenzado a moverse ante el disturbio.

—¡No las toquéis! —susurró Bia Toh en voz alta—. Romperéis el vínculo psiónico y nos mataréis a todos.

Al oír su voz, una de las figuras se giró y dejó caer su máscara.

Era Fran, ahora sin su uniforme de botones, de pie frente a ellos, tan grande como la vida misma.

—¿Cómo has conseguido volver? —preguntó el Doctor exasperado—. Te he mandado lejos. Os he mandado lejos a todos.

Fran sonrió y dio un paso adelante.

—Mis amigos tienen amigos en puestos importantes —dijo, señalando a los otros tres hombres. Con sus armas firmemente apuntadas a Ruby, Mya y Nazari, se giraron para mirar al Doctor.

Eran los vigilantes Bia del mercado.

Los mismos que también eran responsables del asesinato de Bia Can.

—Eso no es posible—el Doctor apretó los puños—. Si tocáis un pelo de la cabeza de Ruby...

—Doctor, estoy bien... un poco de dolor de cabeza, pero estoy bien—Ruby se había despertado de su trance y se puso de pie con cautela, observando las armas que había a

su alrededor—. Oh, eso explica el peligro del que hablaban los antepasados.

Como si fuera una señal, el Doctor escuchó una voz en su cabeza.

Cuidado con el Imperio.

Al momento siguiente, Fala y dos miembros de los Marcados a Fuego irrumpieron por una entrada lateral. También armados, tomaron posición al otro lado de la estatua de Kubuntu.

Mientras el Doctor evaluaba su entorno y Lori y la Alta Corte de Bia se protegían detrás de él, sintió que todo se volvía más claro; como si hubiera tenido la nariz tapada y ahora finalmente pudiera usar ambas fosas nasales. Algo en él cambió, una antigua personalidad se volvió dominante por un momento, sentidos que había tratado de negar tantas veces: los sentidos del Doctor de la Guerra. Entraron en acción con frialdad mientras observaba a los combatientes en juego.

Cada grupo se había posicionado para formar un triángulo equilátero. A la izquierda del Doctor, con solo un arroyo bifurcado y una hilera de flores que les llegaban hasta la cintura separándolos, estaban Fala y los Marcados a Fuego. La mitad de ellos apuntaban sus armas hacia él, mientras que la otra mitad apuntaba las suyas hacia Fran y los Vigilantes Bia a su derecha. Fran, al otro lado del arroyo en el centro, apuntaba con su arma al Doctor, con dos justicieros apuntando a Fala. El último justiciero restante y Fala apuntaban sus armas a Ruby, Mya y Nazari. El Doctor notó en silencio el orbe que flotaba frente a Nazari, que contenía los espíritus de sus antepasados.

—¿A quién no le va a gustar un buen enfrentamiento a la antigua usanza? —dijo el Doctor con una sonrisa pícar—. ¿No te encanta? Un *impasse* entre tres, tenso y precario. Cada parte mantiene una posición de igual amenaza contra las demás y, lo más brillante, no hay ganadores. Mirad, esto es brillante, absolutamente brillante. Soy como un yewano, soy una reencarnación de mí mismo. Soy mi propio antepasado en muchos sentidos. Así que puedo ver con ojos antiguos. Pero ver y comprender son dos cosas diferentes.

El Imperio está cerca.

El Doctor dio un paso adelante y en un instante todas las armas estaban frente a él.

—Fala, ¿en qué estás pensando? —dijo Mya con toda la calma posible—. ¡Traer armas al santuario interior! Un movimiento en falso y será el fin de Yewa tal como lo

conocemos. Cualquier muerte aquí nos condenará a todos—miró a Nazari, que no se había movido.

El Doctor podía sentir el delicado equilibrio de poder: cualquier acción repentina desencadenaría una reacción cataclísmica de violencia y destrucción. La tensión en el aire era palpable, aumentada por la profusión de cristales que los rodeaban. Los ojos de cada persona se movían de izquierda a derecha mientras sopesaban sus opciones frente a las posibles Las terribles consecuencias de sus acciones.

—Bueno, lo bueno es que estamos todos aquí. Todas las partes están finalmente presentes en un mismo espacio. Así que podemos simplemente... hablar. No hay necesidad de violencia o destrucción, todos podemos simplemente escucharnos unos a otros. Entonces, ¿quién quiere ir primero?

Pasó un momento solitario antes de que cada grupo comenzara a gritarse y vociferarse entre sí. El orbe blanco frente a Nazari comenzó a latir y temblar, y con eso también lo hizo Nazari. Ella se convulsionó, pero permaneció erguida. Mientras los gritos continuaban, los cristales a su alrededor comenzaron a brillar y parpadear con una velocidad cada vez mayor. Justo en ese momento, dos Marcados a Fuegos más aparecieron entre las hojas y se unieron a Fala.

—¡QUE TODO EL MALDITO MUNDO CIERRE LA BOCA! —gritó el Doctor por encima de la masa de voces.

Cuando un repentino silencio cayó sobre la habitación, la luz del orbe explotó, arrojando a Nazari hacia atrás, hacia la estatua de Kubuntu.

—¡Nazari! —gritó Mya. Corrió hacia ella y la abrazó.

Aprovechando la distracción, Bia Toh y Bia Tatu volvieron sobre sus pasos rápidamente, abandonando al Doctor y a Lori para que se las arreglaran solos. Lori intercambió una mirada con Fala antes de salir corriendo tras sus subordinados.

—Atrapadnos si podéis.

Siguiendo su ejemplo, Fala y sus dos seguidores desaparecieron rápidamente en el santuario interior. Fran y sus justicieros enmascarados los persiguieron.

El Doctor saltó sobre el arroyo con agilidad y se dirigió directamente hacia Ruby. Le agarró la mano y la llevó rápidamente hacia Mya y Nazari.

—¿Está bien? —preguntó con urgencia en su voz.

—Está inconsciente—Mya suspiró aliviada, aunque su preocupación era evidente—. Tiene el corazón acelerado.

El Doctor miró el orbe. Latía más rápido. Había algo en la forma en que parpadeaba; no se encendía y se apagaba, más bien como un bum-bum, bum-bum . Como el latido de un corazón. ¡Eso era!

—Tengo un plan—el Doctor miró su pantalla y tecleó frenéticamente—. Bueno... parte de un plan. Bueno... un tercio de un plan realmente malo. Estoy improvisando, como el jazz.

—Genial, ahora es un momento tan bueno como cualquier otro —dijo Ruby, con un tono que era una mezcla de sarcasmo y esperanza.

De repente, el orbe comenzó a temblar y a latir erráticamente.

—Nazari, ¿me oyes? —gritó Mya, con un tono de pánico en la voz—. Algo va mal. La conexión es demasiado inestable. Hay demasiada animosidad. Ella morirá.

—Te lo prometo, estoy en ello —le aseguró el Doctor—. Así que los yewanos no nacen, se reencarnan. El mismo ADN. Los ancestros tienen el mismo ADN, tal vez. Posiblemente. ¿Qué es el orbe?

—Contiene el alma colectiva de los antepasados—le dijo Ruby.

—Lo sabía. Tal vez podamos reconectarlos, estabilizarlos. A Kubuntu y a sus hijos, aunque sea por un momento. El Doctor inspeccionó la estatua de ónice de tamaño natural, sus ojos se estrecharon sobre las huellas de manos talladas en sus palmas—se volvió hacia Mya, que todavía estaba acunando a Nazari—. Por favor, confía en mí—dijo suavemente, encontrando resistencia mientras trataba de levantar a Nazari—. Te lo prometo, solo dos segundos—de mala gana, Mya cedió y caminó hacia la estatua. El Doctor le mostró qué hacer, colocando su mano en la de Kubuntu y envolviendo su pulgar alrededor de la parte posterior.

—Ah, el abrazo de la mano —murmuró el Doctor, con un atisbo de sonrisa en su rostro mientras ejecutaba la maniobra—. Quédate ahí, usa tu conexión. Piensa en cosas buenas, pensamientos felices—Mya miró a Nazari y permitió que una sonrisa se dibujara en su rostro. Sus tatuajes brillaron y el orbe parpadeante se estabilizó.

De repente, unos paneles salieron disparados de los costados de la estatua, revelando botones e interruptores que recordaban a los sistemas que el Doctor había

visto en la base de seguridad. El pecho de la estatua se transformó en un monitor, y su resplandor arrojó sombras espeluznantes. A lo lejos, el sonido de los disparos láser comenzó de nuevo, un crudo recordatorio del caos que reinaba en el exterior.

Nazari se despertó de golpe, hiperventilando mientras luchaba por regular su respiración. Mya soltó la estatua para consolarla, pero el temblor del orbe se intensificó, emitiendo rayos de luz que tomaron forma y se materializaron en Espectros de Luz. Mientras los seres espectrales volaban alrededor, una canción torturada llenó el aire. Las lágrimas comenzaron a rodar por los rostros de Mya y Nazari.

Mya rápidamente volvió a colocar su mano sobre la estatua, pero nada cambió. La desesperación brilló en sus ojos mientras Nazari se puso de pie con esfuerzo y, con determinación, agarró la otra mano de la estatua de Kubuntu. Sus miradas se cruzaron e intercambiaron una sonrisa esperanzada. Sus tatuajes brillaron intensamente, iluminando el espacio que los rodeaba.

Los Espectros de Luz dejaron de lamentar y se quedaron congelados, suspendidos en el aire como apariciones fantasmales retenidas en un momento del tiempo.

—Algo no cuadra, Ruby, cariño—dijo el Doctor—. De hecho, nada cuadra, lo que es aún más loco. Verás, esto es diferente, mucho más avanzado que la otra base de seguridad, porque esta es la OG, la original. Elegante porque es consciente. No necesita muchos botones ni artilugios porque es un ser vivo y la otra es artificial, probablemente construida con el complejo turístico hace 200 años.

—¿Por quién? —intervino Mya, frustrada.

—¡Oh! Ya lo entiendo... —la mente del Doctor estaba dando vueltas. Sus dedos se deslizaron por la superficie del panel, presionando un botón y accionando un único interruptor—. Iniciando un bloqueo total en el santuario interior —dijo con arrogancia despreocupada. Accionó un interruptor y los campos de estasis brillaron desde los Espectros de Luz, atrapando a todos en su luz, arrastrándolos por todo el santuario interior y de regreso hacia la estatua.

Miró hacia arriba y vio a Lori, Bia Toh, Bia Tatu, Fala, Fran y los justicieros Bia, todos suspendidos ligeramente sobre el suelo, congelados en sus actitudes por el campo de estasis como una pintura surrealista.

—Si todas estamos sentadas cómodamente, entonces empezaré —dijo el Doctor—. Hay tantas preguntas, tantos pensamientos y sentimientos, tanto ruido que no puedo

entenderlo. Mi primera pregunta: ¿cómo pueden entrar y salir todos sin que se active siquiera un pitido en los sistemas de seguridad? —apuntó el relé de seguridad hacia arriba y proyectó la pantalla holográficamente para que todos la vieran—. A primera vista, los sistemas tienen dos niveles primarios de seguridad: las defensas regu-regulares y los sistemas Espectrales. Pero si eres súper inteligente como yo, puedes ver que detrás de todo eso hay un tercer mecanismo de defensa telepático.

—¿De qué estás hablando, Doctor? —dijo Mya—. Eso es imposible.

—Sí, porque hay una cerradura biométrica que significa que solo el administrador puede manipular los sistemas. Así que son los únicos que pueden teletransportar a la gente dentro y fuera—se giró para mirar a Mya—. ¿No es así, verdad?

Mya frunció el ceño.

—Si estás insinuando lo que creo que estás insinuando...

—Quiero decir, tú y yo éramos los únicos en la sala de seguridad cuando Fran entró. Tú eres la única con acceso.

—Podría decir lo mismo de ti, Doctor —replicó Mya con el mismo nivel de recriminación—. Ni siquiera sabía que existía este panel de seguridad. Nadie ha estado dentro ni entre los antepasados en años.

El Doctor sonrió.

—Un Espectro amistoso pasó por mí hace un rato y dejó una nota subconsciente en mi cabeza. Casi me mata en el proceso, pero supongo que fue solo... Estaba intentando despertarme, pero debido a todo el ruido no podía entenderlo. Los Espectros, el Orbe, tú, todos estáis conectados. Kubuntu debe haberos creado a todos de la misma cosa.

—Entonces, ¿existe un mundo en el que los Espectros son como fantasmas de herederos y Guardianes del pasado? —sugirió Ruby.

El Doctor chasqueó los dedos.

—¡Oh, qué bien! —miró a Mya en tono de disculpa—. Por supuesto que no es Mya la que deja que la gente entre y salga. Lo siento, todavía lo estoy procesando—se volvió hacia Fran—. ¿Quién te ha dejado entrar? ¿Por qué crees que Bia Can y Bia Toh han matado a tu hermano?

Las alarmas de los Espectros sonaron de nuevo, más fuerte que nunca, y una niebla

negra se filtró a la atmósfera desde el aire.

—Hoy no, gracias—el Doctor presionó un botón y los apagó.

Ruby se agarró el estómago y pareció aliviada:

—¿Cómo lo has hecho?

—Esos Espectros son impostores. Falsificaciones controladas por los sistemas del complejo turístico, que se construyeron hace sólo 200 años —dijo el Doctor—. Ahora que tengo acceso a la realidad, he anulado la alarma. Fran, ¿decías?

Presionó algunos botones y liberó a Fran del campo de estasis. Fran se dejó caer al suelo con un pequeño golpe, se levantó lentamente, respiró profundamente y comenzó.

—Después de que nos enviaras a mí y a los otros Bia lejos, mis amigos me aseguraron que tenían una forma de volver a entrar. Un hombre en el interior. Nunca vi su rostro; llevaba una máscara.

—¡Igual que el tipo que nos dejó entrar a mí y a Fala! —interrumpió Ruby emocionada—. Lo siento.

Fran continuó:

—La hambruna había asolado Bia. Durante casi dos siglos, nuestra gente ha estado comiendo alimentos de los replicadores. Nada fresco. Estábamos muriendo más rápido de lo que podíamos repoblar. Luego, los replicadores comenzaron a funcionar mal y no teníamos los minerales para arreglarlos. Clamamos una y otra vez a la Alta Corte de Bia, pero nuestras oraciones fueron ignoradas.

—¡Mientes! —espetó Bia Toh, luchando contra el campo de estasis que todavía lo tenía atrapado—. No hemos escuchado ninguna plegaria. Solo hemos estado aquí un par de años...

—¡Han pasado 199 años! —replicó Fran—. ¡Esta Alta Corte se fue antes de que yo naciera! Soy un hijo de la Hambruna.

Un silencio atónito se apoderó de la multitud reunida. El Doctor miró a los nobles de Bia estupefactos; realmente no lo sabían.

—Llegaron justo después de la última ljoa registrada; no podían saber nada sobre la hambruna o en qué se estaban metiendo—razonó el Doctor con Fran.

—Leí sobre las Ijoa y pensé: debisteis haber venido aquí y nunca regresasteis. Ahora entiendo por qué... la vida es cómoda aquí—dijo Fran con los dientes apretados y dolorido.

—Así que te infiltraste. Supongo que tus tatuajes no se han curado del todo —dijo el Doctor con empatía.

—Los esculpí yo mismo —dijo Fran con voz temblorosa—. Tuve que traerlos de vuelta, para que ayudaran y respondieran ante su gente. Este lugar era tan enorme, y yo podía... Nunca me acerqué lo suficiente a la Corte. Sabía que tenía que cubrir más terreno. Mandé a buscar a mi hermano y él trajo amigos—dijo, señalando a los vigilantes Bia que no habían movido un músculo en los últimos minutos—. Pero cuando llegaron, él estaba muy enfermo. No duró ni una semana. Murió porque nos abandonaron—Fran sollozó violentamente, luchando por pronunciar sus palabras.

Bia Toh volvió a exclamar, claramente cansada de las acusaciones.

—No se nos envió ninguna oración. No se nos exigió ninguna acción.

—¡Y ahí está! ¡La tercera capa de seguridad! —suspiró el Doctor, con la voz teñida de frustración y alivio—. La sentí antes, pero no pude acceder a ella. ¡Es un escudo psicotelepático!

—¿Un escudo? ¿Quieres decir que ha estado bloqueando las oraciones de nuestra gente? —preguntó Bia Tatu con voz temblorosa.

—Pobre Bia —dijo el Doctor con compasión—. Todos esos gritos telepáticos de ayuda nunca llegan.

—Es como si los dioses hubieran desactivado el intercambio de datos —dijo Ruby, sacudiendo la cabeza.

—Esto es imposible—declaró Bia Toh—. ¿Cómo ha podido pasar esto?

Mya, pálida, soltó inconscientemente la mano de Kubuntu.

—¿Crees que este escudo fue generado por el Jardín, Doctor?

—Espera, hay algo que no entiendo —dijo Ruby frunciendo el ceño—. ¿Por qué no tienes nada que arreglar con el príncipe Lori?

—No sé, quizá sea una figura decorativa. Prácticamente un elemento decorativo. No te ofendas, alteza —dijo Fran en tono de disculpa—. Parece que no me importa.

Lori miró al vacío, evitando el contacto visual con todos los presentes excepto Fala.

En ese momento, los campos de estasis que los atrapaban se hicieron añicos y todos cayeron al suelo. Todo sucedió en un instante. Fala disparó contra el vigilante Bia, quien respondió al fuego de inmediato.

—¿Qué demonios estás haciendo? —gritó el Doctor, levantando la vista para ver a quince insurgentes Marcados a Fuego avanzando a través de un alto macizo de flores. Unos Espectros envueltos en oscuridad surgieron del arroyo y eliminaron a algunos de ellos, absorbiéndolos en sus formas. No había acentos dorados, notó el Doctor. En medio del caos resultante, los Espectros de Luz formaron una barrera protectora alrededor de Ruby, el Doctor, Nazari y Mya.

Ruby miró a su alrededor con horror.

—Entonces, ¿el plan va bien? —dijo con sarcasmo, volviendo la mirada hacia el Doctor y levantando irónicamente los pulgares.

—Oh, soy un idiota. ¡Dos pulgares arriba! —gritó el Doctor—. ¡Dos pulgares ARRIBA! —se volvió hacia Mya y Nazari—. El vínculo psiónico debe romperse. Los sistemas responderán mejor a vosotras. Tenéis que romperlo. Canalizad toda vuestra energía en pensar... libertad, liberación... Cualquier cosa. Menos. Esto.

Nazari y Mya se concentraron intensamente, sus formas brillaron cada vez más hasta que la luz se volvió... cegador. De repente, una luz blanca brillante atravesó los sistemas.

—¡Lo habéis destrozado por completo! —gritó el Doctor, pero sus palabras se perdieron cuando un tsunami de susurros se estrelló contra la habitación. Las oraciones olvidadas se acumulaban una tras otra, superponiéndose y agitándose como seres vivos que rogaban y suplicaban. Tanto dolor. Tanta angustia. Debajo de todas las palabras, los sonidos de los niños gritando y las madres llorando llenaron la cabeza del Doctor, ardiendo detrás de sus ojos. Vio a Ruby agarrándose las sienes, gritando en silencio. La agarró y puso sus manos sobre las de ella. Todos los demás se agarraron el cabeza justo antes de que todos cayeran inconscientes.

CAPÍTULO ONCE

Ruby miró a su alrededor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó débilmente.

—El impacto psiónico de siglos de oraciones repetidas, amplificado por los cristales, provocó un cortocircuito en todos durante un minuto —explicó el Doctor—. Por suerte para nosotros, estoy acostumbrado a tantas voces en mi cabeza.

Bia Toh se recuperó y ayudó a Fran a ponerse de pie.

—Lo siento. Hemos descuidado nuestras obligaciones, pero te agradezco que hayas vuelto a darle un propósito a nuestras vidas. Te aseguro que no lo sabía. O tal vez sí lo sabía, pero no me importaba. Pero me aseguraré de que regresemos de inmediato. Esto no compensará la pérdida de tu hermano o sus amigos... —se detuvo en seco; los hombres enmascarados se habían ido—. ¿Adónde se han ido?

Fran miró a su alrededor, buscando a los justicieros, pero no había rastro de ellos.

Fala recobró el conocimiento y de inmediato tomó un arma. Apuntó a Bia Tatu, quien levantó las manos en señal de rendición.

—Nos vamos—dijo—. Hemos oído y nos vamos. No hay necesidad de esto.

—¡No me importa! Mya, volverán, tú sabes que lo harán. Mira lo que le han hecho a Nazari, a nuestra tierra sagrada. La han atacado en la calle. Ellos... —se quedó en silencio desesperada al ver que Mya no mordía el anzuelo.

—Doctor, ¿podrías bajar las defensas? —le pidió Bia Toh—. Nos marchamos ahora.

—No podéis... ¿O sí, Su Alteza? —El Doctor se giró para mirar a Lori.

—¿Qué? —preguntó Lori, saliendo de su trance, pero fingiendo claramente ignorancia.

—Me llevó un tiempo darme cuenta—dijo el Doctor—. Le echo la culpa a las voces. En realidad, creo que lo sabía, pero por razones obvias no me importaba. Eres tú. Esto es todo tuyo.

Lori se rio entre dientes con incredulidad y luego se detuvo de inmediato al darse cuenta de que el Doctor hablaba completamente en serio.

—¿Quién, yo? ¿Cómo?—

El Doctor se acercó a él.

—A cada paso había una distracción, una pregunta. Cada pieza del rompecabezas imposible que yo armaba, tú la mezclabas en un rompecabezas totalmente diferente o simplemente dabas vuelta la mesa por completo—miró a su alrededor y encontró caras confusas entre el grupo—. Lo siento, es una metáfora que se me ha ocurrido en la cabeza, justo cuando me he dado cuenta de que no eras parte de eso. Es un todo... tenías que estar allí—se volvió rápidamente hacia Lori, que todavía lucía su modesta sonrisa—. Has estado allí en cada paso. En el mercado, en el festival. Todo eres tú.

—¿De qué está hablando, Doctor? —preguntó Ruby.

El Doctor caminó hacia Lori.

—Mira a tu alrededor. Anda, mira. ¿Dónde están todos? En algunos puntos parecía que había decenas de Marcados a Fuego y decenas de Bia y ahora...

Ruby miró alrededor de la habitación. No había Espectros Oscuros ni justicieros. Solo Lori, Fala y los dos originales. Miembros de Marcados a Fuego, Bia Tatu, Bia Toh, Fran, Mya, Nazari y el Doctor.

—Hay inconsistencias por todas partes y todas están relacionadas contigo—el Doctor miró a Lori con una sonrisa en los labios—. Veo, veo, ¿qué ves?... Algo que empieza con la letrita... ¡P de piedra lunar!

La sonrisa incrédula de Lori comenzó a desmoronarse.

—Te has vuelto loco.

El Doctor saltó hacia él y le arrancó el anillo de piedra lunar del dedo. Sacó el diminuto cristal y lo levantó en el aire.

—Has estado acechando aquí entre los espíritus de los antepasados durante mucho tiempo, ¿no es así? Absorbiéndolos, ocultándote en los Jardines, infiltrándote en los sistemas. Haciéndote pasar por un Espectro Oscuro, porque no puedes imitar a un alma.

El Doctor dio un paso atrás y observó cómo Lori empezaba a sudar. El príncipe se puso de pie tambaleándose y se abalanzó sobre el Doctor, quien lo esquivó y arrojó el cristal a la estatua de Kubuntu, directamente al lugar donde faltaba la joya.

—Doctor, ¿qué sucede? —preguntó Mya.

—La primera vez que Lori conoció a Ruby fue en la habitación del hotel. ¿Cómo sabía él lo que era un pulgar hacia arriba? Nadie más lo sabía. Mya, lo miraste como si fuera un extraterrestre. Dijo que había visto a Ruby hacerlo antes. ¿Cómo? —el Doctor esperó un momento; Lori comenzó a temblar y a temblar—. Porque lo había visto antes, pero no a través de sus ojos—se giró para mirar a Fala, que sonrió y se derrumbó sobre sí misma. Mya jadeó y corrió hacia lo que quedaba de su hermana.

Lori volvió a tropezar.

—Oh, Doctor, no podías dejarlo así. Nunca puedes dejarlo así. Bebe el agua y sigue olvidándolo.

Mya volvió a jadear; parecía como si hubiera visto un fantasma. De pie donde había estado Lori estaba Fala. Con cada paso amenazador hacia el Doctor, “Lori” volvía a fallar, convirtiéndose en los tres justicieros enmascaradas Bia, luego en Bia Chey y luego en Mo.

—¿Cómo es posible? —Nazari dio un paso atrás, perdiendo el equilibrio por el impacto.

—Cuando los Bia y los yewanos mueren, se convierten en cristal—dijo el Doctor, esperando que eso hiciera funcionar los engranajes en los cerebros de su audiencia.

—¡Este grupo se ha derrumbado sobre sí mismo! —se dio cuenta Ruby.

—¡Tú, Ruby Sunday, estás muy enchufada! —el Doctor se volvió hacia Lori y, por primera vez en mucho tiempo, no había ni un rastro de diversión o intriga en su rostro—. ¿Quién eres? ¿Quién eres realmente?

Lori continuó pasando por diferentes formas: un Espectro Oscuro, Mo nuevamente y luego regresó a Fala.

—Oh, cariño, esto se está volviendo aburrido—dijo el Doctor—. Elige una y quédate con ella, me estás dando náuseas.

Lori se detuvo como una amalgama impía de todo lo que había sido, una criatura tipo monstruo de Frankenstein. El rostro de Lori, con el torso de un Espectro, las piernas de tres Bia y la voz de todos ellos.

—Nuestro nombre se ha desvanecido en la nada. Tú y yo somos muy parecidos, Doctor. Sin nombre... Pero vi dentro del alma de Ruby Sunday y me vi a mí mismo en su mente. Y la tuya, Doctor. Una palabra tan dulce que miles de millones han ardido en tu

nombre...

—Vamos, sigue adelante —dijo el Doctor, chasqueando los dedos con impaciencia.

IMPERIO.

La palabra se instaló telepáticamente en la conciencia de todos los presentes y provocó un doloroso escalofrío en la columna de Ruby.

El Doctor sonrió.

—Ah, una entidad gestalt que puede generar varias formas a la vez, amplificadas por el cristal del anillo. Pero apuesto a que ahora estás completamente loco.

A partir de la amalgama de seres, Imperio comenzó a dividirse nuevamente. De su cuerpo, uno por uno, las réplicas de los justicieros Bia, los miembros de los Marcados a Fuego y los Espectros formaron un pequeño ejército detrás de Lori.

—Una vez fuimos la forma de vida nativa original de Yewa. ¡Kubuntu nos creó primero! Nacimos del polvo y la suciedad, y ella nos consideró un error—susurró Lori.

—Como una tortita, la primera siempre sale un poco mal—bromeó el Doctor—. No es el momento... lo siento.

—Entonces creó a Yewa y a Bia a partir de su forma de luz y cristal y consideró que Yewa y Bia eran perfectas—señaló el orbe—. Los amó, los cuidó. ¡Kubuntu nos dejó marchitarnos, pero no morimos! La ira que sentíamos, la frustración y el resentimiento nos alimentaron... nos unieron.

—Se convirtieron en ti—dijo el Doctor en voz baja.

—Nos alimentamos de ello. Nos alimentamos unos de otros, hasta que no quedó nada. Y luego nos absorbemos mutuamente y nos convertimos en muchos en uno. Luego tratamos de alimentarnos de la disidencia de los antepasados, de su frustración, pero había muy poco. Cuando dejaron que los Bia construyeran el complejo turístico, hubo suficiente diferencia para generar resentimiento, y el resentimiento fue suficiente para que nos volviéramos más fuertes. Pero necesitábamos más. Imperio necesitaba más. Así que ideamos un plan. Nos convertiríamos en todos ellos.

—Así que te has quedado aquí sentado como una araña que se atiborra de todas las moscas que hay a su alrededor —dijo el Doctor—. Manipulando a todos los bandos, adoptando diferentes formas para poner a todos a la defensiva, controlando las defensas,

matando a gente inocente.

Imperio dejó de ser Lori y se convirtió en Nazari.

—Sí, y ahora es el momento de desatar el máximo conflicto—había adoptado su imagen, pero no podía captar del todo su voz melódica; su imitación era demasiado áspera y tenía ecos de Lori debajo—. Arrasaremos este jardín hasta los cimientos y los absorberemos a todos. Planeé usar este lugar como un bufé libre, pero este juego, esta narrativa, se está volviendo aburrida. Tal vez inicie una guerra con los Bia en nombre de nuestra pérdida y luego use mi poder para expandirme y conquistar nuevos mundos. ¡Un verdadero Imperio! Y podría comenzar con la Tierra—Imperio se rio y con cada carcajada, alternaba entre Lori y Nazari.

Nazari, la verdadera Nazari, se dirigió hacia él, pero Mya lo detuvo.

—¡Te atreves a usar mi imagen para semejante sacrilegio! Juro por mis antepasados que...

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó Mya—. ¿Dónde está Fala?

—Oh, Fala. La conocí en una parte sórdida del mercado. Se había dado cuenta de que algo andaba mal con el suministro de agua y reunió a una banda de lunáticos ambientales para filtrar mis ingredientes especiales. La consumí y tomé su forma. No tardé mucho en adaptar la misión de los Marcados a Fuego a mi agenda personal. La absorbí, como hice con sus antepasados—Imperio cerró los ojos como si estuviera abrumado por la felicidad—. Su resentimiento era tan dulce, no podía tener suficiente. Por lo general, tengo algo de autocontrol, no puedo seguir alimentándolos si están muertos, pero oh... tan dulce—Imperio se encogió de hombros—. Además, no podía tener *doppelgängers* caminando por ahí.

Una furia se apoderó de Mya, tan candente que la paralizó, tanto que lo único que pudo hacer fue llorar en silencio.

Imperio inhaló y se estabilizó como Lori por un momento.

—Se está alimentando, Mya —dijo el Doctor—. Lo siento mucho. Entiendo tu ira, de verdad que la entiendo, pero Imperio se está alimentando de esa ira. Te absorberá si te entregas a todo ese odio—el Doctor se volvió hacia Lori—. Por eso puedes mantener tus formas. Son parte de ti.

—¿Dónde está el príncipe Lori? —intervino Bia Tatu—. Tú... quiero decir, se fue con

nosotros.

—Oh, él era el más dulce, tenía tanta esperanza en él. Había estado leyendo y aprendiendo, y odiaba que los Bia se hubieran estado aprovechando de la gente yewana. Quería hacer un cambio. Quería ayudar a su gente sin explotar a los yewanos. Grandes planes para destruir el complejo turístico—las muchas formas de Empire se lamieron los dedos mientras Se movieron, mientras cada uno señalaba la piedra lunar que una vez estuvo en su dedo—. No podía permitir eso. Este lugar era un símbolo de opresión y necesitaba alimentarme.

—Estás enfermo—dijo Ruby.

—Somos inexorables —respondió Imperio.

—No, quiero decir que tienes aspecto enfermo.

Realmente lo tenían, todos ellos. Todo el ejército parecía febril, sudoroso y débil. La representación de Fala temblaba, Mo había caído de rodillas y los múltiples justicieros de Bia y miembros de los Marcados a Fuego se retorcían de dolor.

—Necesito esa piedra lunar de vuelta—dijeron con una amenaza colectiva sin aliento.

—Ya sabes, lo que pasa con los imperios es que al final todos caen —dijo el Doctor—. Y tú has cometido un error. Le has dado a un grupo de seres telépatas un enemigo común y un objetivo compartido en el amplificador de energía más poderoso del universo conocido—dio una palmada—. La gente trabaja mejor cuando trabaja junta. La unidad es mucho más poderosa que el miedo o la disidencia. Y sin esa piedra lunar para aprovechar tu poder, creo que tus días están contados.

Las manifestaciones de Imperio, al unísono, miraron sus manos temblorosas.

—Has sido tú —dijo Nazari—. El antepasado nos lo ha mostrado. Robaste la piedra lunar, luego te hiciste pasar por los Bia y masacraste reencarnación tras reencarnación. Infligiste tanto dolor que las ljoas tuvieron que detenerse. La memoria se convirtió en algo extraño a lo largo de las generaciones; toda nuestra gente recordaba Era un dolor terrible y no querían revivirlo. Nadie podía recordar lo que habías hecho.

—Pero para los Bia, Imperio necesitaba un enfoque diferente —dijo el Doctor—. Hizo que los Bia bebieran agua mezclada con una poción potente del río Ratehs. Esto los hizo tan apáticos que incluso si vieran algo o tuvieran una pista de la verdad, no les

importaría. Hizo que fuera más fácil para ellos olvidar. Imperio, creaste incomodidad para alimentarte de su dolor, y ahora está envenenando tu suministro de alimentos porque todos los Bia y los yewanos están conectados. Has absorbido parte de ellos. Parte de ellos vive en ti, y si pueden acceder a eso y traer luz y unidad, entonces...

Uno por uno, los miembros del ejército fueron reabsorbidos en la forma de Espectro Oscuro. Una niebla surgió de Imperio y agarró al Doctor por el cuello.

—Te convertiste en un Espectro para distraerme cada vez que me acercaba a una respuesta —jadeó el Doctor—. Hacías comentarios maliciosos para mantener a Nazari y Mya separadas porque sabías que su amor era tan fuerte que te consumiría en segundos —les hizo un guiño cómplice a Mya y Nazari.

Imperio ahora estaba solo, una imponente figura de oscuridad, con el Doctor cautivo bajo su brazo, apretando su cuello, estrangulándolo. La niebla de Imperio se extendió y agarró a Bia Chey, Bia Tatu, Ruby y luego a Fran, uno por uno. Sus gritos llenaron el aire cuando Imperio comenzó a absorber sus fuerzas vitales, succionándolos hacia su forma sombría. Sus cuerpos se volvieron flácidos y sin vida mientras eran arrastrados hacia la oscuridad, fusionándose con la entidad maligna.

La siniestra criatura entonces volvió su mirada hacia Mya y Nazari, quienes se encontraban a poca distancia, protegidas por el resplandor radiante de los antepasados.

Imperio se acercó a ellas con una lentitud amenazante, saboreando el miedo que percibía emanar de ellas. El Doctor, todavía cautivo, podía sentir que Imperio absorbía todas las emociones negativas que había sentido en su vida: ira, desesperación, culpa. La criatura se alimentaba de esta negatividad y se hacía más fuerte con cada momento que pasaba.

Los ancestros, parpadeando como velas en una tormenta, lucharon valientemente para proteger a Nazari y Mya, pero su energía estaba menguando. En un intento desesperado por fortalecer sus defensas, Nazari agarró la mano de Mya, con la esperanza de darle más poder a la antigua reliquia.

Pero no fue suficiente.

En un momento de claridad, Nazari y Mya se miraron. Mya respiró profundamente y se inclinó para besarla. Una luz intensa surgió de su conexión, lo que provocó que los Espectros de Luz se multiplicaran e intensificaran. Esta energía recién descubierta se lanzó hacia adelante, atacando la forma Espectro Oscuro de Imperio con renovado vigor.

Comenzaron a aparecer agujeros en su figura sombría a medida que la luz los atravesaba.

Imperio aulló de agonía y su control sobre el Doctor y los demás se aflojó.

—¡Sí! —gritó el Doctor mientras la entidad oscura lo liberaba a él, a Ruby y a los demás. Sus cuerpos cayeron al suelo mientras el Imperio comenzaba a encogerse.

La embestida de luz continuó sin cesar, desgarrando la oscuridad hasta que Imperio quedó reducido a una simple mota. Los Espectros de Luz rodearon la mota, la contuvieron y evitaron que recuperara su fuerza.

La mota quedó suspendida en la luz.

Y su último y lastimero grito se prolongó una y otra vez.

CAPÍTULO DOCE

Enredado en innumerables cables, con un destornillador sónico entre los dientes y el relé de seguridad en las manos, el Doctor estaba trasteando con la pantalla de Mya.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Ruby desde su posición elevada en el mostrador de recepción del vestíbulo.

Antes de que pudiera responder, Bia Toh y los restos de la Alta Corte aparecieron con su equipaje. Fran los seguía arrastrando los pies. Parecía destrozado por la culpa, sostenido solo por la fuerza de Bia Tatu.

—Gracias, Doctor —dijo Bia Toh—. Todavía tengo un ligero dolor de cabeza por culpa tuya. Estas oraciones siguen llegando y la falta de uso ha provocado que mi cerebro se atrofie. Definitivamente no es tan fuerte como antes, pero estoy agradecido de poder volver a servir a mi gente. Hay mucho trabajo por hacer en Bia. Debemos regresar rápidamente.

—El placer es todo mío —respondió el Doctor—. Ah, y de ella —añadió, mientras Mya salía del ascensor de cristal con Nazari—. Los sistemas del complejo se construyeron un siglo antes de que llegaras tú. Esas oraciones respaldadas estuvieron en el vacío dentro del campo psicotelepático durante siglos.

—Me está volviendo a la memoria—le dijo Bia Toh—. Bia Chey, Bia Ugon y Lori se fueron primero; Tatu y yo teníamos trabajo para completar—Bia Tatu había asumido una vez más su actitud estoica y silenciosa y simplemente asintió con la cabeza en acuerdo.

—Deben haber sido consumidos por Imperio antes de que llegaras —dijo el Doctor—. Lamentamos tu pérdida.

Bia Toh asintió con tristeza.

—Debemos asumir la responsabilidad. No somos muy diferentes de Imperio. Antes de venir, sabíamos que nos deleitaríamos a costa de nuestro planeta hermano. No podemos culpar únicamente al río Ratehs por nuestra falta de cuidado. Hemos tomado de ellos. Siempre ha sido así, pero ya no. Tenemos una deuda que nunca podremos pagar. Pero eso no significa que no lo intentemos.

—¿Y qué pasa con Imperio? —preguntó Fran.

—Lo dejaremos en el Jardín. Los descendientes de Kubuntu lo tienen cubierto ahora que la verdad ha salido a la luz—dijo Mya—. La paz fluirá y él no podrá alimentarse.

—Gracias, Doctor —dijo Nazari. Se volvió hacia Bia Toh y extendió la palma de la mano hacia la de él. Él la miró y luego levantó la suya. Envolvieron sus pulgares uno alrededor del otro y sonrieron.

—Gracias por vuestra hospitalidad, Nazari, heredera de Kubuntu, y Mya, guardiana de sus jardines. Ha sido un placer ser vuestros invitados de honor. Ahora regresaremos a Bia y no os molestaremos más.

Nazari dio un paso atrás y se paró al lado de Mya una vez más.

—Bia Toh, siempre serás bienvenido aquí. Me doy cuenta de que nunca he conocido al verdadero Lori; parecía maravilloso. Su memoria siempre será honrada aquí. Por favor, vuelve con nosotros si necesitas algo.

Bia Toh asintió y le tendió la mano a Fran. Después de eso, Bia salió de los jardines por el vestíbulo.

Ruby se bajó del escritorio de Mya.

—Entonces, ¿qué pasa con vosotras dos ahora? —preguntó con un aire de insinuación que captó la atención del Doctor. Él dejó de jugar y se puso de pie tan erguido como le permitieron los cables enredados, esperando una respuesta.

Mya sonrió.

—Continuaremos con el buen trabajo de Kubuntu. Replantaremos por toda la ciudad y desmantelaremos el balneario cristal por cristal.

Ruby había pensado en una relación más íntima, pero pensó que, con todo lo que había pasado, el romance no era una opción en ese momento. Aun así, brillaban, sus tatuajes tenían un brillo cálido y constante. Bajó la mirada y vio que el dedo meñique de Mya rodeaba el de Nazari, y sabía a vainilla y canela.

—Bien, he desmantelado los sistemas del complejo —dijo el Doctor, desenredándose del lío de cables.

Mientras hablaba, unos Espectros de Luz se levantaron del suelo y brillaron a su alrededor, sus formas etéreas pulsando con una libertad recién descubierta.

—Las manifestaciones físicas de vuestros antepasados ya no se limitan a los

Jardines —continuó el Doctor—. Los Bia construyeron el hotel e Imperio los consumió, haciéndose pasar por ellos. Debieron sentir que no podían irse. Se quedaron para luchar contra sus impostores. Ahora, liberados, pueden caminar entre la gente de Yewa como lo hacían antes.

Ruby observó cómo los Espectros se desplazaban por el aire y se dispersaban hacia la ciudad. Una sensación de paz se apoderó de ella. La presencia de los ancestros simbolizaba un nuevo amanecer para el pueblo Yewa, uno en el que el dolor del pasado podía transformarse en una fuente de fuerza y unidad.

—Sinceramente, no podemos agradecerlos lo suficiente—dijo Nazari—. Nos encantaría ofreceros nuestra habitación premium antes de derribar el complejo y devolverle a los jardines su función principal.

El Doctor y Ruby se giraron para mirarse y hablaron al unísono.

—¡Oh, sí!

Una hora después, en la piscina de olas de la suite premium, el Doctor chapoteaba con una variedad de juguetes inflables modelados a partir de varios animales nativos de Yewa: un pollo de nieve, un perro polar y una jirafa ártica. Salió de la piscina para sentarse junto a Ruby, que estaba tomando sol bajo la claraboya.

Ambos exhalaban un suspiro de alivio simultáneo. Pasaron unos momentos de maravilloso silencio; no se dijo nada, pero todo parecía entenderse. Al final...

—Doctor...

—Ruby...

—Estoy aburrido.

—Gracias a Dios. Haz las maletas lo más rápido que puedas. Hay una nebulosa en el distrito Kratarian que, al parecer, está siendo acechada por fantasmas cibernéticos.

Los dos amigos se pusieron de pie de un salto y comenzaron a hacer las maletas con sus cosas.

—No creo ser una persona de vacaciones—dijo Ruby mientras se dirigía directamente a uno de los baños.

—A mí me lo dices. Tengo la peor suerte con ellas. ¿Orphan 55? Un desastre. ¿Paradise Towers? ¡Estresante! Y ni me hables del planeta Medianoche... —se estremeció—. El eco todavía me da escalofríos. Nunca confíes en que en un planeta cristalino no ocurran cosas raras.

Entró al baño y encontró a Ruby metiendo todos los artículos de tocador en su bolso: toallas, jabones, cremas hidratantes y champús.

—¡Ruby Sunday! —el Doctor puso cara de preocupación—. ¿Qué estás haciendo?

Ella se detuvo y lo miró.

—Vamos, Doctor. ¿Quién no aprovecha los regalos del hotel? Especialmente cuando salvas el hotel y un par de planetas de paso.

El Doctor sonrió.

—¡Tienes razón! —empezó a guardar todo lo que pudo en sus bolsillos.

—Hay una cosa que no entiendo—dijo Ruby—. Imperio podría haberme matado en muchos momentos. ¿Qué estaba esperando?

—Hay una delgada línea entre el miedo y la violencia. ¿Qué hace un animal herido? Gruñe. Ves una araña que da miedo y, aunque es diminuta, el primer instinto de la mayoría de la gente es “agarrar una zapatilla”. La gente asustada hace cosas que dan miedo. Si tu dieta es la disidencia, ¿qué haces?

—Crear miedo.

—Exactamente, Ruby. Si se deja que ese miedo madure, se convertirá en rabia, y esa rabia creará violencia, y esa violencia creará más violencia, que creará más miedo, y *voilà*: buffet libre.

—Ooh—Ruby se agarró el estómago mientras éste retumbaba—. ¿Buffet?

—No hace falta que me lo pidas dos veces—dijo el Doctor con una sonrisa radiante—. ¡Ves, esa es una dieta que puedo apoyar!

AGRADECIMIENTOS

Gracias a los pueblos indígenas de Hawái y Jamaica, que sirvieron como inspiración original para esta historia. Rezo para que recuperen sus playas.

Aunque la mayor parte del trabajo duro lo hice yo sola, estoy infinitamente agradecida a mi infinita comunidad. A mis amigos, espero que reconozcan el legado de su amor y amistad entretejido a lo largo de esta narración. Espero que escuchen nuestras frases hechas, vean nuestros gestos y se rían de los ecos de nuestros preciados chistes internos.

Un agradecimiento especial a mis musas: Effie, Cassiopeia, Taiwo y Faith. Son mi recordatorio diario de que el amor lo puede todo.